

LEONARDO CASTELLANI

SIETE
CONFERENCIAS
SOBRE EL
APOCALIPSIS

**Disertaciones del Padre Castellani pronunciadas
entre el 6 de junio y el 18 de julio de 1969,
en el salón de actos de la Iglesia del Socorro
de la Ciudad de Buenos Aires.**

Edición electrónica: Abril 2013

<http://www.laeditorialvirtual.com.ar>

OTRAS OBRAS RECOMENDADAS

Leonardo Castellani

Semblanza del Padre Castellani
El Apokalipsis de San Juan

Jaime Balmes

De la Certeza
Ética

Hilaire Belloc

Las Grandes Herejías

Gilbert K. Chesterton

Herejes
Ortodoxia
Santo Tomás de Aquino

Josef Pieper

La Imagen Cristiana del Hombre

Santo Tomás de Aquino

Escritos Políticos

Meister Eckart

Obras Alemanas

ÍNDICE

Primera Conferencia.

El conocer profético: estado actual — “Los Signos” — Testimonios contemporáneos — Sucesos contemporáneos — La Guerra — El Capitalismo — La “Era Atómica” — El porvenir del mundo: alternativa.

Segunda Conferencia.

Jesucristo — San Pedro y San Pablo — San Juan
Apokaleta — Carácter de las predicciones — El
alegorismo — Predicciones que parecen
cumplirse ahora — La apostasía.

Tercera Conferencia.

El apocalipsis: su carácter — Evolución de su
exégesis — La exégesis moderna — Obras de
arte apocalípticas — Exageraciones y evasivas

Cuarta Conferencia.

Los Septenarios o Series de 7 de la profecía —
Las siete iglesias - Carácter de los otros
Septenarios — Los Cuatro Caballos simbólicos:
Monarquía Cristiana, Guerra, Hambre y
Persecución — Las siete plagas

Quinta Conferencia.

El Anticristo — Su leyenda — El número 666 —
Exégesis — Aplicación a nuestros tiempos: Josef
Pieper, Nehddlin, Selma Lagerloef — El relato
de Soloviev — El Papa San Pío X y la apostasía
en Francia

Sexta Conferencia.

Destino de Israel — La profecía de San Pablo —
La ubicación de la profecía — Opinión del
Cardenal Billot — La "cuestión judía".

Séptima Conferencia.

Rey de Reyes — Resumen de todo lo dicho — La
última lucha — Modo de la Parusía —
Trasposiciones actuales del Milenio — Karl
Marx, Teilhard de Chardin — Condorcet, Víctor
Hugo — El "progresismo".

Primera Conferencia

(6 de Junio de 1969)

**El conocer profético: estado actual — “Los Signos” —
Testimonios contemporáneos — Sucesos
contemporáneos — La Guerra — El Capitalismo — La
“Era Atómica” — El porvenir del mundo: alternativa.**

Vamos a hacer un recorrido llano y nada técnico sobre las profecías mayores del fin del tiempo. Profecías mayores son las llamadas canónicas, o sea las que están en la Sagrada Escritura. “Fin del tiempo” es la palabra que usa la Escritura para la cercanía de la Parusía o Segunda Venida de Cristo. Nunca jamás dice la Escritura “fin del mundo” porque el mundo no va a tener fin. Lo que va a tener fin va a ser la historia del ciclo adámico. La historia que empezó con Adán. Ésa va a tener fin.

En una audiencia general del 16 de abril, el Sumo Pontífice recomendó como “misión ineludible del hombre de hoy” — dijo — “escrutar los signos de los tiempos”. Esa palabra “signo de los tiempos” ha sido traída hoy a significar vulgarmente cualquier peculiaridad de la época. Pero Jesucristo la usa en el sentido de *signos de los tiempos últimos* y en ese sentido el Papa y el Concilio la usan seis veces.

Las profecías han atraído siempre la curiosidad de la gente, sobre todo en los tiempos turbados. Basta recordar las muchedumbres que se agolparon en Fátima de Portugal y en nuestros días en Garabandal de España. La gente se pregunta hoy día adónde va a parar este mundo.

Desde 1914 esa pregunta se ha vuelto ansiosa. Los Testigos de

Jehová, que son un grupo curioso protestante, sostienen que en 1914 se acabó el tiempo de las naciones y comenzaron los tiempos parusíacos. Se apoyan en un cálculo profético bastante discutible que dice que los tiempos de las naciones van a durar 2.320 años y entonces se han acabado en 1914. ¿Por qué? Claro, porque sitúan el comienzo donde les parece y entonces los hacen terminar en 1914. Pero, en fin, no es descaminado decir que desde 1914 estamos en una nueva época.

Pero no es la curiosidad lo más importante. Hay otra cosa más importante en las profecías, y es la esperanza. Créase o no, las profecías, tanto privadas como canónicas, han sido hechas para consuelo; como dice San Pablo: “*ad consolationem*”. Con esa intención hablo yo ahora, y no para satisfacer una vana curiosidad.

Parece mentira, porque las profecías suelen anunciar calamidades, y las profecías canónicas, la mayor calamidad, la calamidad por excelencia, la mayor tribulación que ha habido en el mundo desde el Diluvio para acá, dijo Cristo. O sea, como la agonía de este mundo, con todo lo que está dentro de él. Y sin embargo, Cristo termina su predicción, que está en Mateo, capítulo 24, diciendo que cuando veamos que se cumplen esas cosas – cosas pavorosas por cierto – levantemos las cabezas e incluso nos alegremos.

La razón es que las congojas que nos aquejan ahora, y han aquejado también en otros tiempos a los hombres, están descritas de antemano como pasaje a un estado feliz del hombre. Definitivo. Y esta persuasión de la esperanza es el fuste de la religión cristiana como fue el fuste de la hebraica. O sea que los últimos dolores, que serán los más grandes de todos, no son agonía sino parto. Y esta metáfora del parto la usan literalmente tanto Jesucristo como su discípulo Juan, el apokaleta.

Así, pues, contra el miedo recurrimos aquí al único remedio que hay, que es la profecía. Me dirán que los que tienen

miedo son unos cuantos locos, que la masa de la gente negocia, junta plata, se casa, se divierte, farrea, va al cine, contempla televisión y compra revistas descocadas. Y eso lo hacen, preguntaré yo, ¿con tranquilidad o con afán? Lo hacen con fiebre y afán, para aturdirse, porque tienen miedo. Necesitan aturdirse. La especie de fiebre de diversiones, placeres, pamplinas y liviandades que sufren hoy día las masas probablemente tienen detrás el temor y obedecen a la necesidad de aturdirse. No hay más que ver una cancha de fútbol o un ring de box para ver el estado de febrilidad en que está la gente; en un estado febricitante y no en un estado de tranquilidad, ni de diversión, ni de alegría, ni de gozo, ni de júbilo.

La realidad es que hoy día la más grande emoción aislada que domina nuestra vida es el temor, dice David Lawrence, en *"USA News & World Report"*, octubre de 1965, una de las principales revistas de Estados Unidos. Podría multiplicar frases como ésta, pronunciadas en U.S.A. por gente de gran predicamento. "Una plaga de desafuero y violencia está arrasando ahora el globo" dice el principal diario de los Estados Unidos, *"Times"*, 6 de junio de 1968; es decir hace un año justo, hoy. "Ahora surgen la discordia y la violencia de un extremo del orbe al otro", dice el mismo día la revista arriba dicha, o sea *"USA News & World Report"*. "Más de cien millones de americanos morirían en caso de un ataque nuclear soviético. Si llegase a incluir los grandes centros urbanos, el número de muertos sería de 149 millones" dijo el ministro de defensa yanqui en 1965. He aquí la causa principal del miedo: la bomba. Muchas otras frases de terror como ésta trae la revista protestante *"Despertar"* del mes pasado, de la cual hablaremos otro día.

Lo notable es que los yanquis, y los argentinos, que no creen ni quieren creer nada de las profecías, pasan de un extremo de pesimismo a un extremo de optimismo, como el autor del libro *Nuestro Futuro Nuclear*, del ingeniero nuclear Teller, que después de anunciar el pavoroso poder y los pavorosos efectos de las bombas que él está ayudando a fabricar,

concluye prediciendo, en bajo, que eso conducirá a una vida más feliz de toda la humanidad aunque sea, dice él, a costa de la vida de unos cuantos inocentes. ¿Cuántos inocentes, más o menos? ¿149 millones? .

Y este es otro de los efectos del miedo actual: imaginaciones desaforadas de un futuro paradisiaco de la humanidad al cual no hay que hacerle caso; logrado con las solas fuerzas del hombre, no se sabe cómo y sin el menor fundamento. Que Cristo va a dar un futuro paradisiaco a la humanidad es otra cosa; eso lo creemos, pero esas predicciones de progreso indefinido y de grandes alcances, grandes adquisiciones de los hombres nada más que con sus fuerzas naturales y sin pensar en Dios — incluso rechazando a Dios — eso no hay que darle la menor entrada en el alma porque es un error, es una herejía actual.

Obtener el isótopo 238 del uranio, durante la Gran Guerra Segunda, costó 2.000 millones de dólares. Los gastos ya no se cuentan por centenares ni por millares, ni por millones, sino por millares de millones, es decir por billones como dicen los norteamericanos. Lo cual, unido a los gastados para mandar esos cohetes, o balas huecas con hombres adentro, a la luna da una suma no imaginable. Lo bastante para regalar un millón de dólares a cada uno de los hambrientos de los Estados Unidos, calcula la revista *Time*. Y sobra.

Existe hoy la novela de fantaciencia, que le dicen, o ciencia ficción; un género nuevo que se puede llamar de creación yanqui, aunque sus inventores fueron un francés y un inglés, el cual, si examinan, verán que se divide en dos netas partes contrarias de profecías falsas: una que predice horrores y desastres sin medida y otra felicidades y ventajas sin medida. Todo por medio de la ciencia, o sea de la técnica. Estas novelas desaforadas y dementes algunas, bien escritas muchas, se pueden llamar literatura religiosa porque pertenecen a la actual idolatría de la Ciencia, una religión mala, por supuesto. Es más pavorosa que las religiones de los antiguos y también más prometedora que las religiones de

los antiguos de Fenicia o de Grecia. Pero es una herejía, una herejía cristiana que parodia la esjatología cristiana.

La esjatología cristiana que es la ciencia de los últimos tiempos o de las últimas cosas — eso significa “esjatología”— predice una agonía o un parto muy difícil como he dicho antes, y después un estado de resolución total – de solución total de los problemas humanos y de una nueva humanidad a la cual espero perteneceremos – hecha por obra de Dios. Y esto es al revés: predicen, o grandes destrucciones y desastres que pone los pelos de punta, o bien grandes felicidades; conseguido todo sin Dios, sin ninguna clase de Dios. Al contrario: yendo contra los mandamientos de Dios. Es una especie de esjatología especial, actual y herética.

Y estos libros de los cuales he leído una cantidad, pero ni siquiera la centésima parte de los que hay, son los más se leen en Norteamérica, más que las novelas policiales. Y son libros religiosos en el fondo porque exigen una Fe e intentan dar lo que da la profecía católica, o sea la Esperanza; o lo que da la predicación católica del infierno, por ejemplo, o sea temor. Intentan hacer eso. Toda esta desmesura intelectual, esta especie de locura — de hecho algunos de estos fantaciencios son locos – tiene el desprecio de las profecías verdaderas cuyo vacío se llena con profecías falsas.

Despreciando estas profecías supersticiosas e idolátricas, nacidas de la idolatría de la Ciencia, descansemos en las serias, en las dignas de ser examinadas. Ellas son de tres clases: profecías naturales, profecías privadas y profecías canónicas. Estas últimas se reducen a profecías de Cristo, profecías de Pedro y Pablo, y profecías del Apocalipsis. O sea en total: el Nuevo Testamento, el cual corona las profecías del Antiguo Testamento.

Primero, profecías naturales. Son las que no proceden de lo sobrenatural, ni son milagrosas, mas proceden de las facultades cognitivas del hombre, o sea de su razón, su conocimiento de la historia y una especie de intuición poética

que los lleva a figurarse el futuro porque están empapadas del pasado, del cual prolongan las líneas de fuerza. Así vemos que muchos grandes talentos han predicho el advenimiento de suceso próximos que de hecho han venido. Por ejemplo, Donoso Cortés predijo en 1850, más o menos, la caída del Imperio Inglés, el surgir de Rusia y también la Guerra Mundial que estaba a más de cincuenta años de distancia. La cual también predijo por su parte predijo Federico Nietzsche. Y Belloc en su libro *El Estado Servil*, predijo el estado actual del neo-capitalismo o neo-liberalismo solapadamente esclavizador: la restauración del Estado Servil, o sea del estado de esclavitud de otra manera. El mundo cristiano y apóstata, dijo Belloc que es una cosa que iba a venir. Lo dijo hace mucho tiempo; más de 38 años.

Y vino. Porque hoy día, como dice un amigo mío, los argentinos no aspiran a otra cosa más que a una esclavitud confortable. Y esclavitud tenemos bastante. Esa esclavitud la proporciona hoy día el llamado neoliberalismo o progresismo. Por lo menos la promete; a veces no la proporciona nada. “No queremos tanto desarrollo, queremos más libertad y más tranquilidad”, dice la gente pobre y lo dice Raimundo Ongaro ahí en este papel. ¿Y no tienen la libertad para ir a las canchas de fútbol, a las tabernas, al cine y al lupanar; para romper incluso las leyes de la familia si se les antoja? Y las leyes de la Ciudad, también. Y van a ver la cantidad de autos y televisores y de átomos para la paz que va a fabricar Krieger-Vassena dentro de poco.

Esclavitud confortable, libertad para los vicios, completa falta de tranquilidad. "Y en ese tiempo andarán los hombres angustiados por los ruidos del mar y de sus ondas", dijo Cristo. El mar en la Sagrada Escritura significa el Mundo en contraposición a la Religión que es significada por la tierra firme. Y las ondas del mar son los grandes sucesos del mundo.

Además de los tres hombres geniales que dije arriba, Donoso Cortés, Belloc y Nietzsche, suelen citar como profetas

naturales a San Agustín, Nicolás de Cusa, Savonarola, Juan Bautista Vico, Kierkegaard, Soloviev, incluso al poeta Heine y a Rousseau. Aquí mismo un amigo me decía anoche que Ramón Doll fue una especie de profeta en la Argentina porque escribió artículos de crítica hace 30 o 40 años que usted los lee hoy y se ha verificado lo que dijo. Lo que dijo Doll por ejemplo acerca de la carrera de Borges: Doll profetizó la obra de Borges y se cumplió así como él lo había dicho hace como 30 años ya. Es decir, son solamente predicciones, no son profecías. Es la agudeza natural de la cabeza de algunos que llega a ver adelante porque conocen mucho de lo de atrás. Es decir, prolonga lo de atrás y ve lo que va a pasar adelante.

Segundo: profecías privadas. Las conocemos. Hoy día hay muchas. Siempre las ha habido. Éstas son de índole sobrenatural, cuando no son falsas. De cada cien visiones o revelaciones privadas, una sola es auténtica, dijo San Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas. Es exagerado, evidentemente ¿no? Demasiado poco. Pero la verdad es que de las modernas la Iglesia solamente ha aprobado las de Lourdes y Fátima; y eso indirectamente. Y alguna otra que en Bélgica fue aprobada por los obispos diocesanos. Estas profecías son proferidas para consolar al pueblo cristiano en una coyuntura dada, o para prevenirlo, o para amonestarlo. Son parciales y locales. Si no tienen nada contra la Fe, la Iglesia suele guardar reserva y no pronunciarse. Algunas se revelan como fraudes, tal los escritos de la Madre Raffo que se propagaban mucho cuando yo era muchacho. Otras como engaños subjetivos, tal como los prodigios del Cristo de Limpias en España; otras de dudosa autenticidad como la profecía de los Papas de San Malaquías, otras caen pronto en el olvido sin pena ni gloria, como La Saleta, tan ruidosa en su tiempo. Nadie está obligado a creer una revelación privada, aunque estemos obligados a no despreciarlas. “No despreciéis las profecías” como dice San Pablo. Y cuando las creemos, las creemos con Fe humana, no con Fe divina.

Y con esto llegamos a las profecías de Fe divina. Para los

cristianos, las profecías de las Escrituras son de Fe y por tanto, indefectibles. Bien sé que hay hoy muchos llamados cristianos que niegan las profecías, como los racionalistas y los cristianos protestantes liberales y los modernistas. Pero estos son heréticos, no son cristianos, aunque se incluya entre ellos el celeberrimo comentador del Apocalipsis, Padre Ernesto Alló – al cual nombraremos muchas veces porque es el libro más visto hoy día por los que quieren enterarse de algo acerca del Apocalipsis – el cual niega el carácter profético del libro cuyo mismo nombre es “Profecía” o “Revelación”. Y lo convierte impiamente en un poema filosófico acerca de las persecuciones de la Iglesia: son palabras textuales del P. Alló. Lo mismo se diga de su discípulo, el judeo-cristiano Padre Bonsirven.

Los cristianos creemos que las profecías de las Escrituras son nada menos que palabras de Dios. Pero la dificultad está en la interpretación, en la cual uno se ve arrojado a una selva intrincada de opiniones diversas, de donde muchos sacerdotes, incluso sabios, optan por dejarlas a un lado.

Un sacerdote – sino sabio, al menos muy erudito – me dijo un día al verme escribir un comentario sobre el Apocalipsis: “¡Deje eso! Todos los que han comentado el Apocalipsis se han vuelto locos o heréticos.”. Lo contrario es verdad. Aunque si uno quisiera leer todos los comentarios del Apocalipsis – es físicamente imposible porque son centenares – claro que se volvería loco. Bastaría que comenzara con Isaac Newton, el obispo Pastorini y Ruthenford, el actual cabeza de los Testigos de Jehová. Cito tres ejemplos, de los más extravagantes que hay; de los comentarios más extravagantes.

La interpretación de las profecías canónicas ha ido progresando lentamente desde los tiempos en que San Jerónimo decía “es un libro que tiene tantos enigmas como palabras” hasta nuestros días en que las grandes leyes de la interpretación están firmemente fijadas. Las cuales son principalmente tres: primero, toda profecía es oscura;

segundo, toda profecía tiene dos sentidos, el *typo* y el *anti-typo*, es decir, un suceso próximo y un suceso mucho más lejano que es el más importante; tercero, las profecías se aclaran al aproximarse su cumplimiento.

Además, respecto del Apocalipsis tenemos las dos reglas de la recapitulación y la historicidad, que vienen desde los primeros intérpretes: San Justino Mártir, siglo II; Tyconio, siglo III; San Agustín siglo IV; de los cuales hablaremos más adelante.

“Recapitulación” quiere decir que el libro del Apocalipsis no está escrito en línea recta como un relato o una crónica histórica, sino que es un relato que llega a un momento se para, vuelve atrás, y empieza de nuevo. Es la recapitulación que veremos más tarde.

La "historicidad" significa que probablemente el Apocalipsis es una profecía de todo el tiempo de la Iglesia, desde la Ascensión de Cristo hasta los últimos tiempos, pero con una referencia constante a los últimos tiempos, como si uno se pusiese ya en el final y desde allá mirase todo el recorrido de la Iglesia hasta ese punto. Eso se llama la historicidad que comienza en el s. XIII, más o menos. Pero ya San Agustín había dicho: “todo el tiempo que este libro encierra, comienza desde la Primera Venida de Cristo hasta el Fin de los Tiempos que será su Segunda Venida”.

Yo me puse a escribir hace seis años un comentario del Apocalipsis, principalmente para mi propio provecho a riesgo de ser tomado por herético, o loco, apoyándome en toda la tradición de 19 siglos, justamente porque encontré en la Iglesia actual una vehemente y extensa sospecha y esperanza de que el fin del tiempo está próximo. Innúmeros nombres, algunos de la mayor autoridad, formulan esa sospecha o esperanza: San Pío X, Paul Claudel, Belloc, Dawson, Frank-Duquesne, Maritain joven, Straubinger y más atrás, Newman, Soloviev, Donoso Cortés, Josef Pieper, y entre los artistas, Selma Lagerloef, Roberto Hugo Benson,

Antonio Bouchet, Metri y entre nosotros Gustavo Martínez Zuviría en su novela “666”; y entre los videntes Ana Catalina Emmerich y las niñas de Garabandal y otros muchos menores que éstos.

Hay dos iglesias protestantes — no sectas, ahora no hay que llamarlas más sectas, hay que llamarlas “iglesias” pero es que... (risas) de todas maneras, sí son sectas, siguen siendo sectas aunque ustedes las llamen iglesias — que predicán permanentemente la cercanía del fin del mundo y casi ninguna otra cosa: los Adventistas y los Testigos de Jehová. La razón por qué todos éstos estiman próximos los últimos tiempos es porque ven, o creen poder ver, los signos cumpliéndose; unos ven unos y otros ven otros. Pues saben ustedes que Jesucristo dejó notados unos siete signos de su Segunda Venida, y mandó estuviésemos atentos a ellos. Los signos que a mí me parece ver más claramente cumpliéndose son la guerra, el capitalismo y la era atómica.

La guerra: “oiréis guerras y rumores de guerra”, dijo Jesucristo. Pero ¿no se ha oído eso siempre en toda la historia de la humanidad? Sí pero como ahora, nunca. Desde la Guerra del ‘14 hasta ahora ha habido en el mundo cuarenta guerras chicas y una grande. El Papa Benedicto XV en 1917 durante la Primera Guerra Mundial dijo: “Jamás hasta ahora se había visto en el mundo la guerra como institución permanente de toda la humanidad”. Y eso es verdad. Y esa es la gran diferencia, de los rumores de guerra que hay hoy en día. ¿Qué diría ahora?

En 1945, al acabar la Segunda Gran Guerra, el gran estratega inglés Capitán Lidell Hart escribió que vendría otra Tercera Gran Guerra Mundial. ¿Por qué? La razón que él dio: esta tragedia tendrá tres actos. Este segundo acto que acaba de terminar dejó pendientes todos los problemas que lo provocaron y algunos empeorados, por cierto. Y el intervalo será más o menos de veinte años, el tiempo necesario de los Estados Mayores para aprovisionarse de nafta y para rellenar de odio los cráneos de la nueva generación; porque la vieja

generación que ya hizo una guerra no hace otra, pero a los jóvenes hay que lanzarlos a eso. Se equivocó Lidell Hart en el tiempo del intervalo, porque han pasado los veinte años ya, pero que una tercera guerra está pendiente ¿quién no lo ve? Dios nos pille confesados. Menos mal que Cristo añadió en seguida: “pero esto todavía no es el fin sino el comienzo de los dolores de parto”. Usó la palabra griega *oudinón* que significa dolores de parto.

Segundo, el capitalismo. El capitalismo es un monstruoso fenómeno actual que nos quiebra los ojos. Y en el Apocalipsis está descrito el capitalismo de un modo que también quiebra los ojos. San Juan describe en forma inequívoca el derrumbe desastroso de la ciudad capitalista a la cual llama “la Gran Ramera” que puede ser, o bien una gran ciudad cabeza del capitalismo – por ejemplo Nueva York o Londres o Roma – o bien muchas urbes de Europa y de América, como creen el Cardenal Newman y Paul Claudel. O bien simplemente el mismo sistema actual capitalista considerado simbólicamente como una mujer, una mala mujer. No es que yo crea que esa Gran Ramera es solamente la ciudad cabeza del capitalismo. Para mí es principalmente la cabeza de una religión falsa, o bien la actual religión adulterada que apoya, o es apoyada por, el capitalismo. Porque del texto sacro está claro que esa gran ramera, que está sentada encima de un dragón rojo, propaga una falsa religión. “Está borracha con la sangre de los mártires”, dice San Juan.

Tercero, la era atómica. Visitando en San Juan al Dr. Alberto Graffigna poco después de los desastres de Nagasaki e Hiroshima me dijo: “La bomba atómica está en el Apocalipsis”. “No creo” le dije yo, “¿dónde?”. Pero reflexionando bien pronto la encontré. San Juan dice que el Anticristo tendrá poder para hacer caer sobre sus enemigos “fuego desde el cielo”. La gran bola de fuego de un kilómetro y medio en Hiroshima (actualmente calculan que tendría un diámetro mucho mayor; una legua por lo menos). Estados Unidos tiene almacenadas cuarenta mil bombas nucleares más poderosas que las dos primeras. Rusia, no sabemos

cuántas. China ya tiene sus seis o siete bombones de muerte. En su libro sobre la bomba atómica, dice el filósofo alemán Carlos Jaspers, “hay que hacer que la humanidad esté atenta a lo que la situación actual tiene de monstruoso: millares de voces debieran, a su modo cada una, renovar sin cesar este llamado. No es hora de dormir. La rapidez de relámpago con que se suceden desde pocos años ha los descubrimientos científicos, el misterio que nos rodea, la fabricación de bombas ante las cuales la de Hiroshima es un juguete de niños — la Bomba H tiene un poder un millón de veces mayor que la bomba clásica — el cálculo de los desastres que podrían producir, los peligros de sus ensayos han creado una tensión, una psicosis, que es peculiar de nuestro tiempo”. Pero éste es uno de los que se ilusionan con falsas esperanzas porque él dice que hay que arreglar todo eso, que hay que arreglarlo, y para arreglarlo dice que hay que ser razonables y tener gobernantes razonables. Conseguir que haya gobernantes razonables. ¿Y cómo vamos a conseguir gobernantes razonables si no se encuentran ni en el mercado ni en ninguna parte? Entonces ¿qué vamos a hacer? Si todos se vuelven razonables por supuesto que no va haber ningún peligro para la humanidad. Pero ahí está la cosa: que desde que el mundo es mundo los hombres no han sido todos razonables. Ni siquiera la mayoría.

Estos signos a mí me parecen claros. Otros, veremos más adelante. Los sucesos contemporáneos muestran claramente una faz apocalíptica. Cada día leemos en los diarios acontecimientos de miedo. Por ejemplo, la bomba atómica, amenaza de la Tercera Gran Guerra, viajes espaciales que se dirigen en el fondo a la guerra, el movimiento “Unimundista” que quiere hacer una sola nación de toda la humanidad, crisis en la Iglesia, crisis de Fe y de autoridad, agitaciones internas en las naciones, sediciones, tumultos, revoluciones, guerras civiles, hambre. Después de la Segunda Gran Guerra hubo la mayor escasez mundial de alimentos, dice la enciclopedia *World Book*, en 1966. El temor de la explosión, la famosa explosión demográfica que llaman, la indisciplina de las costumbres, crueldad, descontento general,

descomposición de la filosofía y de las bellas artes, etc. El director de la F.B.I., la policía federal yanqui, Edgar Hoover, el hermano del ex-presidente – dice un telegrama de Washington el 31 de mayo del año pasado – arremetió hoy contra los que argumentan que hay que reducir al mínimo el problema de la delincuencia en la nación, achacándolo al gran aumento de la población juvenil y a las tabulaciones más completas de la policía. Dijo Hoover que los que tratan de eliminar con explicaciones la verdad tan alarmante y tan desagradable que traen las estadísticas de criminalidad van al fracaso.

Yo no he venido para predicar la proximidad del fin del mundo como hizo San Vicente Ferrer en el s. XIV y se equivocó. Vengo solamente a traer a los males actuales la consolación del Hno. Bartfield, el cual en *El Salvador* pidió permiso para ir a la enfermería a visitar a un enfermo y le dijeron, “Sí, pero no lo aflija más, dígle palabras de consuelo”. “Osté deja eso por cuenta mí” dijo el alemán. Y en efecto, al llegar al moribundo le dijo: “No hay que desafligirse ni tomar poca pena porque todo lo que está pasando no pasará y cosas peores vendrán”. (risas)

Así cuando las revistas argentinas laicas me dicen “la Iglesia está en crisis, está por zozobrar”, yo respondo: Cristo dijo “cuando yo vuelva, ¿creéis que hallaré Fe en la tierra?”. Cuando me escriben “¿qué pasa con los sacerdotes? ¿qué me dice del obispo peruano Cornejo?” yo respondo: “según San Pablo algún día debe venir una gran apostasía”. Cuando me dicen “¿están locos los hombres que todavía piensan en otra guerra?” respondo: “Cristo dijo que todo eso sucederá, pero todavía no es el fin, sino más bien el comienzo de algo que será arduo, pero al fin y al cabo feliz”. Y así sucesivamente. O sea: no hay que desafligirse ni tomar poca pena porque todo lo que está pasando no pasará y cosas peores vendrán. (risas)

Todos estos males están predichos por Cristo, el cual, después de haberlos enunciado, concluyó sorprendentemente con estas palabras: “De la higuera aprended una

comparación. Cuando veis que retoña y veis las hojitas verdes decís «Cerca está el verano». Así, cuando veáis todas estas cosas comenzando a suceder levantad vuestras cabezas porque vuestra salvación está cerca”.

A esta luz debemos mirar la crisis hodierna y ver que ella plantea una alternativa: pues o se resuelve, o no. Si no se resuelve, ¡bien! entonces dije el imperativo de Cristo: “levantad las cabezas” porque los signos se cumplen. Así como está ahora, esta crisis es la más grave que ha habido en la humanidad; tanto en la extensión pues es mundial, como en la intensidad pues afecta no sólo al mundo civil, sino a la Iglesia, la política y la religión, la muerte corporal, la apostasía y la desesperación del alma. No vivimos en tiempos comunes. Esto nunca se ha visto. La moralidad en que hemos crecido está siendo desechada. “Dios ha sido destronado, el sexo ha sido deificado”, dice un diario de Australia en 1964. Muchos se contentarían con que las cosas quedaran así como ahora, pero no es posible: las cosas se mueven necesariamente. Y ahora se mueven para abajo. Los acontecimientos se precipitan, como decía un viejo loco que había en mi pueblo cuando era muchacho, en tiempos de la Guerra del '14. “Vivimos en una nación tilinga”, me dijo un amigo el 25 de mayo, “pero aceptémosla, porque aquí nos hizo nacer Dios y al fin de cuentas no encontraremos otra mejor”.

La otra alternativa es que el mundo se arregle. Muchas crisis ha pasado el mundo que se han arreglado cuando la gente creía que no se podían arreglar, como en el s. XIV por ejemplo. La más conocida es la del s. XIV cuando San Vicente Ferrer, como está dicho, predijo desde Valencia a Irlanda, en toda Europa, que se venía el fin del siglo y que venía el Anticristo.

Para que esto suceda, es decir, para la solución de la crisis actual, es necesaria la conversión de Europa, en la cual tanto esperaron Belloc y su amigo Chesterton, que trabajaron tanto para traerla. Hay que decir que este inmenso suceso feliz no

contradice las profecías del Apocalipsis. Es decir: puede arreglarse la crisis actual y no sería contrario a las profecías del Apocalipsis porque en él hay un pasaje algo oscuro, o bastante oscuro, que parece predecir un período de paz y de calma, de corta duración, antes de la aparición del Anticristo, o sea antes del Séptimo Sello. Esta alternativa la pone Belloc, gran historiador católico, en dos de sus libros: *Las Grandes Herejías y Sobrevivientes y Recién Llegados*. En “*Sobrevivientes y Recién Llegados*” Belloc acentúa la posibilidad de una salida diciendo: “Vivimos en un estado no solamente de confusión, desesperación e iracundia, sino también en un momento de oportunidad para la Fe. Todavía no ha aparecido la contra-religión, o sea la última herejía que se está aproximando. Y en este momento surge la oportunidad para la Fe, de tomar la iniciativa, después de su largo cerco de trescientos años. Pero otro evento posible entre estos dos, o sea entre la conversión de Europa y el advenimiento del Anticristo, yo no veo”, dice Belloc con el peso de su inmensa autoridad de historiador.

En el otro libro, *Las Grandes Herejías*, el acento está puesto más bien en la otra eventualidad. De estas dos cosas, dice, una tiene que ocurrir. Uno de dos resultados tiene que definirse en el mundo actual y no muy lejos. Pero escribe largamente sobre la última herejía que llama “El ataque moderno” a falta de nombre mejor. Propone varios nombres, como por ejemplo, el “modernismo” – pero es diferente, es más virulento que el modernismo del siglo pasado – propone el nombre de “alogos”, “aloguismo”, que significa contra la razón o sinrazón, y otros nombres, pero la cuestión es que este progresismo vago que nos está rodeado y que tiene tantas formas diferentes, no tiene nombre propio todavía. Posiblemente el dragón está esperando que aparezca un genio religioso maligno que convierta en una religión universal todas estas tendencias heréticas que hay por todas partes hoy día y eso también está profetizado en el Apocalipsis y se llama la Segunda Bestia, o sea el Pseudoprofeta.

El ataque moderno, a falta de nombre mejor, es lo que en el siglo pasado se llamó cristianismo liberal, protestantismo liberal y modernismo, herejía en la cual Newman, y más atrás el P. Lacunza, vieron a la religión del Anticristo. Su fondo es el naturalismo religioso que es tan viejo como la Iglesia, o casi. El naturalismo religioso consiste en borrar el pecado original y todo lo sobrenatural y apropiarse de todo lo bueno que trajo la Iglesia a Europa a la cual civilizó, como moralidad, como progreso y como comodidades temporales. Consiste en apropiarse de todo eso y atribuirlo al talento del hombre, a la cabeza del hombre. Y lo que pasa es que el hombre lo echa a perder apenas lo dejan solo.

Belloc termina con las palabras con que quiero terminar yo mi disertación: “Los hombres equivocados e ignorantes que hablan ahora vagamente de »iglesias« están empleando un lenguaje hueco. La anterior generación podía hablar, por lo menos en los países protestantes, de »iglesias«. La actual generación no puede hacerlo: no hay muchas »iglesias«. Hay una sola. Está por un lado la Iglesia Católica y por otro, su mortal enemigo. El campo está cerrado.

Estamos así ante el problema más trascendental que haya surgido nunca ante el espíritu del hombre. Estamos pues en la bifurcación de caminos por donde pasará todo el futuro de nuestra raza.”

Nada más, muchas gracias.

Segunda Conferencia

13 de Junio de 1969

Jesucristo — San Pedro y San Pablo — San Juan

Apokaleta – Carácter de las predicciones – El alegorismo – Predicciones que parecen cumplirse ahora – La apostasía.

Señoras y Señores:

Desafiamos al frío, a la lluvia y a la gripe. Incluso a la C.G.T. que le da por hacer paros los viernes. Es decir, los felicito por la valentía. Hoy vamos a hablar de las profecías mayores, es decir: de las de Jesucristo y de sus Apóstoles.

Hoy es el día del Sagrado Corazón de Jesús que, para los católicos, es la fiesta de amor de Jesucristo a los hombres; o sea del amor divino-humano de Jesucristo. Y este amor divino-humano dijo el recitado que está, o los tres recitados que están, en el capítulo XXIV de San Mateo, que encierran cosas tremendas, o por lo menos cosas sumamente serias. De manera que la debilidad de nuestros tiempos se acobarda ante eso, ante esos anuncios; pero esos mismos anuncios proceden del amor de Jesucristo. Todo lo que dijo Jesucristo procede del amor de Jesucristo.

No es extraño que haya misterio en la revelación del Dios verdadero. Lo raro sería que el Dios verdadero revelase su naturaleza y les revelase el futuro a los hombres y que no hubiese misterios allí. Eso sería imposible: entonces Dios sería igual que nosotros. Los que quieren eliminar las cosas duras que hay en la religión cristiana o en la revelación de Cristo, lo que desean en el fondo es que Dios sea lo mismo que nosotros, igual que nosotros; y no es igual que nosotros. Desean que no haya pecado, que no haya muerte, que no haya la maldad del hombre y ni la maldad del demonio — que supriman eso y entonces se van a poder suprimir las consecuencias de todo eso. ¡No se pueden suprimir! Dios no puede suprimir esas cosas sin destruir el albedrío del hombre y el albedrío del demonio. Y no destruye Dios las cosas que creó, dice la Escritura: Dios no aniquila nada de las cosas

que creó. Pero el amor de Él lo que hace es ayudarnos o enseñarnos cómo evitar esas cosas. Es decir: podemos elegir. De manera que Él nos ha puesto por delante todo lo que hay en la realidad de la vida humana natural y sobrenatural para que nosotros elijamos nuestra suerte; nosotros mismos.

Estas clases son un poco espinosas porque es materia muy difícil y no debo dar mis propias conjeturas y mis propias hipótesis – como hice en el libro sobre el Apocalipsis que escribí – sino que debo dar estrictamente los hechos; o, si doy conjeturas debo advertir que son conjeturas, o que son hipótesis. Por ejemplo, yo no sé cuándo será el fin del mundo, o el fin del tiempo, porque “fin del mundo” está mal dicho. *Finimondo*, dicen los italianos. Cuando pasa cualquier cosa desastrosa dicen: es un *ifinimondo*!. Pero no es el fin del mundo, es el fin del tiempo, o fin del siglo, como dicen los profetas.

Y en esto digo lo mismo que decía Mahoma, al cual una vez le preguntaron cuando sería el fin del mundo y él dijo “Cuando se muera mi mujer, parecerá el fin del mundo, pero cuando me muera yo va a ser el fin del mundo de veras para mí” (risas). Lo cual concuerda con lo que dijo Benito Mussolini, según cuentan, que también una vez dijo: “Todos preguntan qué será de Italia cuando se muera Mussolini, pero lo que a mí me preocupa no es qué será de Italia cuando se muera Mussolini. Lo que a mí me preocupa es qué será de Mussolini cuando se muera Mussolini”. “Debo andar por los setenta, mejor no hacer la cuenta” dice un español conocido mío.

Por lo tanto, las profecías esjatológicas de Cristo nacieron de su corazón, no sólo porque al prevenirnos de la Gran Apostasía y de la Gran Tribulación les quiebra el aguijón que es el miedo, sino porque hay en ellas dos cosas singularmente paternas: una, el enseñar a los fieles a huir de Jerusalén antes de su horrenda destrucción; otra el decir que caerían si fuera posible hasta los mismos escogidos ante los milagros del Anticristo, hablando ya del fin del mundo. Y ese “si fuera posible” es un inciso de una gran dulzura porque quiere decir

que no es posible que caigan los escogidos. Y los escogidos son simplemente los que escogen. Como hemos dicho: está en nuestras manos nuestro destino. De manera que los que escogen ser fieles no pueden caer aunque se desencadene toda la potencia del diablo y todos los milagros del Anticristo. Y añade más: por amor a los escogidos serán acortados aquellos días – los días de la tribulación – que serán, según veremos más tarde, tres años y medio.

Las profecías mayores acerca del fin del tiempo son las del Nuevo Testamento: Jesucristo, Pedro, Pablo y Juan Evangelista que escribió el Apocalipsis que significa justamente “revelación” o “profecía”.

El fenómeno del profetismo se halla no solamente en la religión cristiana y la hebrea sino en casi todas las otras religiones: hinduismo, mazdeísmo, mahometismo, señaladamente en la religión greco-romana, la mitología greco-romana con sus augures, sus arúspices, sus pitonisas y sus *sybilas* que llenaban hasta con exceso la vida del hombre romano. Aristóteles escribió un tratadito acerca de las profecías o predicciones que se pueden sacar de los sueños. Es un anticipo de Freud.

El Apocalipsis lo veremos especialmente en las próximas clases. Las profecías que Pedro y Pablo agregaron a las de su Maestro son sencillas. San Pablo añade la profecía de la conversión de los judíos y la descripción del Anticristo, cosas que no están sino indicadas en los Evangelios. Jesucristo no nombró al Anticristo, no se dignó nombrarlo. Parece que aludió a él en una frase que le dijo a los judíos en sus últimos días cuando se oponían. Discutía acerbamente con ellos y les dijo “Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me habéis recibido; vendrá otro en su propio nombre y lo recibiréis”, pero no es seguro que se refiera al Anticristo porque puede referirse a la cantidad de falsos cristos que aparecieron después de su muerte y antes de la destrucción de Jerusalén, dice Santo Tomás. Dice: no es seguro que Cristo se refiriese con este “otro” al Anticristo. Sin embargo, puede ser.

Además, San Pablo alude continuamente a la Segunda Venida, llegando hasta jurar por ella: “Os conjuro” – dice – “por la Venida del Señor y nuestra futura conjunción con Él”. San Pablo nombra 22 veces a la Parusía con diferentes términos: “el día del Señor”, “la aparición del Señor”, “los últimos tiempos”, o simplemente “Parusía”. Y en dos pasajes difíciles acerca de la Resurrección, San Pablo dice que seremos “levantados vivientes hacia Cristo en los aires” – nosotros, “que vivimos”. Pues San Pablo parece creer que la Parusía está próxima y que él quizá estará aun vivo cuando llegue. No es que crea eso como cosa de Fe o revelada, sino que eso podría ser.

Y efectivamente eso podía ser: no sabemos el día ni la hora. Pero cuando los Tesalonicenses dejaron caer los brazos y dejaron de trabajar a causa del próximo fin del mundo, los reprendió gravemente diciéndoles que la gran señal del apartamiento del Obstáculo todavía no se había dado y repitiendo la palabra del Señor: “no sabemos el día ni la hora”. El Obstáculo ¿qué es? Lo veremos en otro lugar. Y termina esta exhortación haciendo una descripción del Anticristo, hablando dos veces del Obstáculo – una cosa que no sabemos qué es, una cosa que impide que el Anticristo aparezca – y finalmente diciéndoles: “el que no trabaja que no coma”. Lo cual no lo inventó Perón, como ven ustedes (risas).

En cuanto a San Pedro, dice lo mismo que San Pablo y que Jesucristo: que cuando se aproxime el tiempo “entonces los hombres no querrán creer y negarán obstinadamente que Cristo haya de volver”. Y ése es otro de los signos. Mas Cristo dijo diez veces, por lo menos, que Él iba a volver. Su larga profecía acerca de su retorno llena un capítulo entero de San Mateo – el XXIV – antes de dos Parábolas que versan sobre eso mismo: las Diez Doncellas, o las Diez Vírgenes, y los Cinco Talentos, seguida de la Parábola del Último Juicio. Y después sigue su pasión y muerte en el capítulo XXVI.

Este capítulo XXIV debemos considerar ahora, el cual se

repite abreviado en los otros dos evangelios sinópticos de San Marcos y San Lucas.

La Parusía está situada como en el centro de la prédica de Cristo. Y lo que hay que anotar primero es que, después de anunciar cosas tremendas, Cristo dice que levantemos las cabezas porque nuestra salvación está cerca. Después de decir que habrá una tribulación, la mayor desde el diluvio y aun desde que el mundo es mundo, empieza a hablar de la primavera, cuando la higuera reverdece. Y después de decir que de aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo sino sólo el Padre, dice que notemos los signos que para eso los dio. Parece contradictorio, pero no lo es, porque una cosa es saber exactamente la fecha y otra cosa su proximidad.

El Concilio del Florencia prohibió que se fijase el año de la Venida de Cristo, porque muchos lo hicieron. Muchos ilusos fijaron el tiempo de la Venida de Cristo. Por ejemplo Holzhauser, un gran comentador del Apocalipsis, que dijo que el Anticristo iba venir el año 1911. Después, los Adventistas. Por ejemplo, el fundador de los Adventistas – que me parece se llamaba Brown – fijó para 1843 el fin del mundo. Después vio que no pasaba el fin del mundo, y entonces lo postergó a 1857. Y así lo han ido postergando hasta ahora los Adventistas que son, lo mismo que los Testigos de Jehová, los que más predicán acerca de los Últimos Tiempos. Casi no predicán más que acerca de eso.

La proximidad sí, y respecto de esa proximidad, Cristo repite una y otra vez que estemos vigilantes, cautelosos y preparados, porque si el dueño de la casa supiese cuando iba a venir el ladrón estaría despierto y no dejaría saquear su casa. “Y así vosotros estad despiertos y con luces en las manos y ceñido el cinturón porque no sabéis la hora en que el Hijo del Hombre ha de volver”. Porque su vuelta será en cierto modo repentina y total, como el relámpago que en un instante cruza todo el ámbito del cielo, de oriente a occidente. Lo cual, creo, ha de entenderse así: para los no-creyentes en

la Parusía, será una sorpresa absoluta, un rayo en el cielo sereno; para los creyentes que estarán atentos a los signos, será sorpresiva de todos modos, por lo instantánea y lo súbita. Lo mismo que en los días antes del Diluvio, dice Cristo, los hombres comían y bebían, se casaban y daban sus hijas en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el Arca y no lo conocieron hasta que vino la gran riada y barrió con todo. Así será la venida del Hijo del Hombre.

El llamado “Sermón Esjatológico”, lo habéis leído, o podéis leerlo. No puedo explicarlo palabra por palabra porque no hay tiempo, pero voy a dar el núcleo de él distribuido ordenadamente.

Tres cosas hay que notar acerca de él, que son una cosa sola.

Primera: Cristo predice a la vez dos sucesos análogos separados por un largo intersticio, el fin de Jerusalén, próximo y el Fin del Siglo, más lejos — lo cual llaman el *typo* y el *anti-typo* los teólogos actuales y es propio de toda la literatura profética. Así, por ejemplo, San Juan en el Apocalipsis da el *typo* que está describiendo él allí: es la persecución de Nerón y de Domiciano, y el *anti-typo* es el fin del mundo. Y Jeremías y Zacarías, por ejemplo, predicen la redención del hombre por medio de la vuelta del pueblo de Israel del cautiverio de Babilonia. Predicen la liberación del pueblo hebreo que estaba próximo y en esa predicción encierran una cosa mucho más grande, que uno ve que queda enteramente ancha, que es la redención del mundo por Jesucristo. Y así también Isaías, a su vez prediciendo la vida de Cristo, la Pasión, los dolores de Cristo y la Resurrección, predice el triunfo de Cristo en el fin del mundo — engloba en esa predicción una cosa mucho más lejana que es el *anti-typo*. Toda la literatura profética es así. Los apóstoles le preguntaron a Cristo las dos cosas juntas, y Él respondió las dos cosas juntas: “Dinos cuándo serán estas cosas y cuál es el signo de Tu llegada y de la consumación del siglo”. Estaban sentados en el bordo que domina Jerusalén, el Monte Oliveto, y era su último viaje a la Ciudad Sagrada

que había de ser, esa misma semana, la ciudad deicida. Y mirando el espléndido Templo edificado por Salomón y reedificado por Esdras se lo mostraron diciendo “Señor, mira qué piedras y qué fábrica” y Él respondió tristemente: “En verdad os digo que no quedará de eso piedra sobre piedra”. Y ellos que creían que el Templo de Jerusalén había de durar hasta el Fin del Siglo, le hicieron la pregunta que dije antes: “¿Cuándo será eso y cuál será el signo?”.

La segunda observación es que los dos sucesos capitales están indicados con claridad indudable en las palabras de Cristo, de modo que es calumnioso decir que Cristo produjo un sermón máximamente confuso. Porque dice a los fieles que huyan cuando vean a Jerusalén cercada por segunda vez, como de hecho hicieron sus fieles después del cerco abierto de Vespasiano, antes del cerco cerrado de Tito. Les dijo:

“cuando veáis la ciudad cercada huid cuanto antes: si uno está en el campo que no venga a buscar sus cosas, si uno está en la azotea que no baje a hacer las valijas, si uno está en la casa ajena, que no vaya a su casa. Cuanto antes huid”. Y efectivamente, hubo un cerco, abierto, del general Vespasiano durante el cual se podía huir, y entonces huyeron los cristianos – los judíos convertidos al cristianismo – y se refugiaron en la región montañosa de Pella. Cristo les había dicho: los que están en Jerusalén que huyan a las montañas.

Y después lo llamaron a Vespasiano a Roma para hacerlo Emperador y mandó a su hijo Tito. Tito hizo un cerco durísimo y circundó por medio de una valla – “*romanum vallu*” – toda Jerusalén de manera que no podía escaparse nadie. Y empezaron a suceder todas esas cosas atroces que narra Josefo, el historiador judío, en el libro *De bello judaico* (*De la guerra judaica*), que son increíbles, como dice San Agustín. ¡Las atrocidades que pasaron allí, la matanza, la masacre que hubo, la destrucción del Templo y de toda Jerusalén! De manera que realmente se verificó ya en figura lo que dijo Jesucristo que iba a ser la tribulación más grande que ha habido desde el Diluvio acá, esa destrucción de Jerusalén.

Después del cerco abierto de Vespasiano, antes del cerco cerrado de Tito — y con eso indicó nuevamente la ruina de Jerusalén, el *typo*. Y después dijo que la ira vendría sobre los judíos infieles y serían pasados a cuchillo y serían llevados cautivos por todo el mundo y Jerusalén sería pisada por los extranjeros hasta que se cumpla el tiempo del Juicio de las Naciones, lo cual indica el *anti-typo*. Después de destruida Jerusalén, Jesucristo sigue diciendo cuál será la suerte del pueblo judío. Y esto está en el texto resumido de Lucas, en el capítulo XXI. De modo que uno de los rasgos de la profecía se cumpliría solamente en el *typo* y sólo figuradamente en el *anti-typo*.

Y viceversa; otro de los rasgos, los signos en el sol, en la luna y en las estrellas se cumplirían más bien en el *anti-typo*; igual que la predicación del Evangelio por todo el mundo y muchos otros signos. De tal manera que los Santo Padres que he estado repasando hoy, en general se dan cuenta de que hay dos predicciones juntas acá. Algunos más simples a los cuales San Remigio llama “lo simples” dicen: “No. Todo esto se refiere a la caída de Jerusalén. Ya se ha cumplido”. Pero San Remigio les dice: “Es demasiado ancha, hay muchas cosas que coinciden, pero otras no coinciden con la caída de Jerusalén”. Y San Agustín dice claramente que la predicción indica las dos cosas, solamente que el acento en el principio está puesto en una cosa que es la caída de Jerusalén y en el final está puesto en otra cosa que es el fin de los tiempos. Y algunos Padres como San Crisóstomo dividen este sermón en dos partes: hasta el versículo 29, dicen: “hasta aquí se refiere a la caída de Jerusalén y desde el 29 hasta el fin se refiere al fin de los tiempos”; pero no es así. En realidad todo se refiere a la caída de Jerusalén y todo se refiere al fin de los tiempos de acuerdo al estilo profético.

Tercera observación: esto resuelve sencillamente la gran dificultad que tuvo perplejos a los intérpretes y fue ocasión de muchas blasfemias. El versículo final ¿qué dice? “En verdad os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto sea hecho”. Esto llevó a algunos de los Santos Padres a decir

que toda esta predicción se refería solamente a la caída de Jerusalén – como San Hilario de Poitiers, por ejemplo. Y se verificó, por tanto, en el año 70. Pero entonces ¿cómo se entenderían las palabras que siguen en San Lucas?: “tened pues cuidado vosotros, que no se entorpezcan vuestros corazones, en la crápula y en la ebriedad y en las curas de esta vida, no sea que sobrevenga sobre vosotros repentino aquel día, porque caerá como una red sobre todos los que habitan toda la faz de la tierra”. Lo cual evidentemente no se puede referir a los judíos y a Jerusalén, sino a una destrucción universal y posterior sobre toda la faz de la tierra.

Sobre este versículo enigmático edificaron los impíos actuales una escuela de interpretación llamada “Esjatológica”. Hay como seis escuelas racionalistas diferentes en Alemania, encarnizadas en interpretar toda la Escritura en forma natural de manera que no queden ni rastro ni de milagro, ni de profecía, ni de nada por el estilo. Y la última, y la peor, es en la cual el más conocido es el famoso Alberto Schweitzer, el santón de Lambarené al cual celebran tanto los pazguatos de hoy en día porque fue un santo ateo, tan santo como yo, o menos.

Estas escuelas pretendían enseñar que Cristo se equivocó: y por tanto que fue tan profeta, tan Mesías y tan Dios, como yo y usted. Pues, según ellos, Cristo creyó que el Fin del Siglo era inminente y vendría durante su vida; o bien, poco después de su muerte. Y adornan esto con una cantidad de disparates que no hay para qué demorar en ellos. Baste decir que hay lo menos diez textos de los Evangelios que demuestran que Cristo sabía que pasarían muchos siglos después de su muerte y antes de su Parusía. Y si no, ¿por qué fundó su Iglesia?, ¿por qué aludió a ella en la Parábola del Grano de Mostaza y el Trigo y la Cizaña? El grano de mostaza es un árbol que va creciendo lentamente hasta convertirse en el mayor de los árboles. Y en la del Trigo y la Cizaña donde dice que el tiempo de la mies, después que el trigo y la cizaña han crecido todo lo posible, es el tiempo la consumación del

siglo. “Y este Evangelio del Reino será predicado en todo el universo y después vendrá el fin”.

¡Estamos locos! La predicación en todo el universo no se puede hacer en tres o cuatro años. Pide siglos, como en efecto, se hizo. No. La generación que escuchaba a Cristo vio el cumplimiento de la profecía en el *typo*. Es decir: los Apóstoles y los discípulos que estaban con Cristo vieron la destrucción de Jerusalén en el año 70. Y la generación a la que pertenecemos nosotros, la estirpe cristiana – pues la palabra usada por Cristo significa también “estirpe” – verá el cumplimiento del *anti-typo*. Estirpe, porque ahí estaban los apóstoles que representaban a la Iglesia de la cual somos nosotros, de manera que era una estirpe nueva que nacía y así la llama San Pablo “*generatio nova*”, una generación nueva nacía entonces. Y de esa estirpe también puede decirse que verá todas estas cosas. “No pasará esta estirpe hasta que todas estas cosas sean hechas”, dice Jesucristo. Pero, no es tan seguro eso. Lo que es seguro es que la destrucción de Jerusalén la vieron los Apóstoles que estaban allí presentes. Santo Tomás dice que al fin y al cabo nosotros somos la generación cristiana que empezó con Cristo. Y los Santos Padres no se preocupaban de esta dificultad racionalista. No se preocupaban mucho porque simplemente decían “y... la estirpe cristiana va a ver el fin de todos los tiempos”. Pero esta dificultad fue suscitada en los tiempos modernos con gran fuerza por estos sabiazos alemanes que saben mucho en el campo de la erudición y la lingüística pero están enteramente torcidos en su mente por la impiedad, por el ateísmo.

Ahora bien, ¿cuáles son los signos de este gran suceso dual? Primeramente hay un pre-signo, o signo remoto que son “guerras y rumores de guerra”, en San Lucas; o como dice San Mateo “se levantará gente contra gente y reino contra reino y habrá sediciones y revoluciones”. Ya hablé de esto en la conferencia anterior poniéndolo como ejemplo de los signos que muchos ven cumpliéndose ahora, en nuestros días. Y añadió Cristo, “pero todavía no es el fin, mas es el

comienzo de los dolores”. Es el comienzo de la parturición, dice San Jerónimo.

Eso siempre ha habido en el mundo, guerra y rumores de guerra, pero como ahora nunca, como hemos dicho. No lo digo yo, sino el Papa Benedicto XV durante la Gran Guerra Primera: notó que como nunca antes en el mundo, la guerra se había convertido en institución permanente de toda la humanidad. Que después de dos guerras mundiales, viene el rearme, el desarme, la conferencia del desarme y la mar de conferencias por la paz. “Paz, paz,” y no hay paz. Desde la guerra del ’14 ha habido cuarenta guerritas y una guerraza en el mundo, con lo cual yo creo que ese signo se ha cumplido y conmigo muchos que valen más que yo y que ya nombré.

Después añade “y habrá terremotos, pestilencias y hambre” lo cual no falta tampoco hoy día, y en proporción mayor que nunca en el mundo. En la riquísima República Argentina, tan provista de recursos, hay hambre; hambre en varias manchas que hay en la Argentina: en el norte de Córdoba, en Santiago del Estero. Hay hambre permanente, hay desnutrición de los chicos, mortalidad infantil y hambre permanente desde hace mucho tiempo. Y los sabiondos nos amenazan ahora con la explosión demográfica que, según ellos, nos va a traer un hambre universal antes de treinta años, sobre todo en América Latina. Que el diablo sea sordo, es decir que no los oiga. Menos mal si es, como dijo Cristo, solamente “el comienzo de los dolores”.

Siguen los signos propiamente dichos, que son tres: un montón de pseudo-profetas o sea maestros y propagadores del error, lo cual corresponde a la Gran Apostasía que predice San Pablo. Segundo, el Evangelio habrá sido predicado en todo el mundo. Tercero, sobrevendrá una gran persecución sobre los fieles, la cual también anota San Juan Apokaleta.

Si eso corresponde a los sucesos actuales, corresponde a cada uno creerlo o no, porque en eso no tengo “palabra del Señor”

como dice San Pablo; es decir yo no lo sé de cierto. Una cosa es cierta y es que si ha de venir una gran apostasía, un universal receso, una infición de malas doctrinas en todo el mundo, ella invadirá la Iglesia Establecida o procederá de ella, porque es del todo inconcebible que si la Iglesia Ecuménica permanece fiel, firme y fuerte en la Fe, se produzca una apostasía tan grande en el mundo. Aquí yerra, según creo, Roberto Hugo Benson, en su *Señor del Mundo*, la novela en que describió el Reino del Anticristo, donde pinta una Iglesia firme y ferviente, aunque muy raleada, en medio de un mundo que sigue la herejía del Anticristo: el filosofismo, o humanitarismo, o la adoración del hombre. No puede darse eso si no hay al mismo tiempo el auge de una religión falsa o nuestra misma religión adulterada, a cargo de la Segunda Bestia o Pseudoprofeta que es un jefe religioso y quizá un genio religioso, del cual veremos en la clase próxima más detalladamente. Porque, dice San Juan: “se parece al Cordero, pero habla como el Dragón”, el cual ayuda a triunfar al Gran Emperador Plebeyo.

Josef Pieper, filósofo alemán que escribió un librito muy bueno sobre *El Fin del Tiempo*, que lo han traducido hace poco al español, dice que eso será la propaganda sacerdotal, a la orden del Anticristo, a semejanza de la propaganda de los sacerdotes en tiempos de San Juan: evangelistas que fueron el medio de propaganda de religión del “*Divus*”, César, o “el Divino César”, el Emperador de Roma, por todo el Imperio. Pero nada impide que haya claudicación de muchos sacerdotes que se pongan al servicio de la propaganda del Anticristo y al mismo tiempo haya uno que los dirija. Al contrario, eso es indispensable.

Es lo mismo que en el caso del Anticristo colectivo o el Anticristo personal. La discusión ésa que se lleva a cabo muy fuertemente desde el tiempo de los protestantes: si el Anticristo va a ser un cuerpo colectivo – por ejemplo el comunismo como dice Selma Lagerloef, la masonería o lo que sea – o va a ser un hombre. ¡Va a ser las dos cosas! Porque es imposible que un gran movimiento no suscite de su seno

un hombre que lo dirija, como el nacionalismo italiano suscitó a Mussolini antes que a Mussolini y después el gran hombre le imprime su sello al movimiento y lo endereza y lo dirige. Eso es obvio, es una ley de la historia. De manera que es vana esa discusión actual sobre si será una colectividad o si será un hombre personal. El teólogo Suárez dice que es de Fe que será un hombre personal, tanto el Anticristo como el Pseudoprofeta, o Segunda Bestia.

Aquí puedo hacer un paréntesis acerca de los Testigos de Jehová, porque tengo tiempo. Los Testigos de Jehová, recién los nombré, son una secta protestante aunque ellos dicen que no son protestantes, que son muy fuertes y trabajan mucho acá. Predican esto mismo que dije acerca de los signos, es decir: ellos dicen que se han cumplido los signos de la guerra mundial, universal, y del capitalismo. Que la descripción que hace San Juan en el Apocalipsis no se parece para nada al incipiente y elemental capitalismo romano, sino que es un capitalismo muchísimo más perverso y fuerte y que en los dos capítulos en los cuales describe la Babilonia, o la Gran Ramera, San Juan describe un capitalismo tremendo que oprime a todo el mundo y tiene un poder grandísimo y está colmado de riquezas. Y lo tercero es la era atómica. Dicen lo mismo que he dicho sobre los signos aunque con mezcla de grandes disparates en otros puntos. Soy muy fuertes aquí en la Argentina y en Norteamérica no digamos.

Al publicar ese libro, en 1963, que se llama *Babylon the great is fallen, God's Kingdom rules*, “Babilonia la grande ha caído, el Reino de Dios reina”, o dirige. Es una especie de Biblia de ellos, o de enciclopedia, donde se contiene toda la doctrina de ellos y se ve la interpretación completa del Apocalipsis. Dicen que en 1963, cuando salió este libro, tenían ya un millón veintiocho mil adeptos en todo el mundo.

Ese nombre, “Testigos de Jehová”, está tomado de las profecías de Isaías. Fue adoptado en 1931 en una de sus asambleas multitudinarias. Este libro, que es una especie de Biblia o enciclopedia religiosa, se difundió en una de estas

asambleas, en Nueva York, en 1953, donde había 258.000 asistentes y 126 estaciones transmisoras de radio, porque los yanquis hacen todas las cosas en una medida colosal, siempre. Se hizo una primera edición de un millón de copias regiamente impresas, — que es ésta — se vendía a un dólar el ejemplar, ¡y ganaron plata! No de balde son yanquis. Muchos de ustedes quizá los conocen porque van a las casas personalmente a anunciar “la Salvación” y muchos les hacen caso. Viven austeramente — o por lo menos proclaman que se debe vivir austeramente — demasiado austeramente, porque no dejan ni fumar, no digamos nada de tomar mate, y en eso parece que mi médico homeópata está adherido a ellos, porque es enteramente enemigo del mate. Y me son simpáticos a causa de una sinceridad infantil, una gran piedad y algunos grandes aciertos exegeticos.

Ellos protestan que no son protestantes, aunque ciertamente lo son, pero están en contra de todas las otras sectas, que las llaman “denominaciones”. También contra la Iglesia Católica y todas las otras religiones en general. La única religión verdadera son ellos, que han existido desde el principio del mundo, pues Adán, Noé, Henoch, Elías, etc., eran de su entrega, es decir, eran Testigos de Jehová. Y ahora son muchos más que la religión verdadera porque son los 144.000 varones vírgenes que en el cielo siguen al Cordero “doquiera va” (la visión XII), son “la Mujer Águila” (la visión X), son los que van a resucitar primero en el Milenio (la visión XVIII) y en suma, son la Jerusalén Celestial.

Según ellos, en 1914, se acabó “el tiempo de las Naciones”. Es decir: eso que dice San Lucas que Jerusalén sería pisoteada por los extranjeros hasta que llegue el tiempo del juicio de las naciones, ellos dicen que el tiempo del juicio de las naciones se acabó en 1914 y que en 1914 comienza una nueva era en el mundo. El tiempo de las naciones duró 2320 años desde la caída de Babilonia. En 1919 cayó la Gran Ramera, o sea la Ciudad Capitalista. No sé cómo lo sacan eso, de dónde lo sacan. Y en 1975 va a suceder algún gran zafarrancho, que no sabemos qué va a ser. Y en el año 2000 viene la resurrección

primera. No la voy a ver entonces yo, a no ser desde el cielo, espero.

El Anticristo, no se imaginan ustedes quién es. El Anticristo es la “Sociedad de las Naciones”, las Naciones Unidas, la O.N.U. Y la Séptima Cabeza del Dragón, de donde sale el Anticristo — sale un pequeño cuerno que después se hace grande, dice Daniel y se convierte en el Anticristo — es el séptimo imperio anticristiano y el mayor de todos, o sea Inglaterra y Estados Unidos. O sea, el imperio dual de la raza anglosajona. Y las siete cabezas del infernal dragón han sido: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y Macedonia, Roma y el imperio dual anglo-sajón que emerge en 1763.

Todas las sectas protestantes, según Chesterton, tienen estos dos caracteres comunes: anticlericalismo y ultranacionalismo — es decir anti-catolicismo o anti-sacerdotalismo y patriotismo — o sea, son iglesias nacionales. Pero éstos aunque abundan en la primera nota — o sea, anti-catolicismo, porque abominan de todos los clérigos, católicos o no, — no son iglesia nacional como los americanos, ni son patrioteristas yanquis como los Metodistas. Al contrario, aborrecen a los yanquis, son cosmopolitas y en eso se parecen a los judíos; y también en que guardan el Sábado y no el Domingo, y re-bautizan a los que se les adhieren, con el bautismo judío de inmersión, el que usó San Juan Bautista — que también fue Testigo de Jehová, por supuesto (risas).

Me he desviado a este paréntesis porque estos Testigos de Jehová perciben como cumplidos los tres signos que dije la clase pasada — la guerra, el capitalismo y la era atómica — lo cual no impide que tergiversen el Apocalipsis como veremos en la clase próxima.

El capitalismo descrito por San Juan, ya lo dije, es enteramente superior, mucho más amplio y más terrible, que el pequeño capitalismo elemental que más bien era una plutocracia despótica que existía en Roma en el tiempo de

San Juan.

Estábamos hablando, pues, del signo de la Gran Apostasía y los pseudo-profetas y afirmé no se puede dar esa apostasía general sin una corrupción o aflojamiento de la Iglesia Católica. Y esta afirmación hace rechinar los dientes a muchos ministros del Señor, incluso jerarcas algunos, que por eso quizá no quieren que se conozca, o se comente, el Apocalipsis. Y al que lo comenta, si pueden, lo excomulgan.

Hay muchos que dicen que la Iglesia Católica está hoy mejor que nunca, que nunca ha estado tan bien como ahora y que ha ido creciendo en santidad desde Jesucristo hasta nuestros días. Y otros dicen que no, que la Iglesia ha tenido una especie de gran cúspide cuando Jesucristo y los Apóstoles y después ha ido decayendo hasta nuestros días. Y eso no le hace ninguna gracia a los que gobiernan a la Iglesia hoy día porque es decir que ellos son decadentes. Es decir que están gobernando mal, o anda mal la cosa, y no se dan cuenta. Entonces se enojan muchísimo contra los que dicen que la Iglesia hoy día no está mejor, no está mejor que en ningún tiempo.

Ni está mejor ni peor que en ningún tiempo, sino que está un poco mejor y un poco peor, porque en el mundo el bien y el mal llevan paralelamente esta carrera que va aumentando el mal y va aumentando el bien progresivamente a medida que aumenta el mundo hasta que llegue la gran lucha decisiva y se acabe, se liquide, esta gran lucha secular que empezó con la Caída de los Ángeles desde el cielo. De manera que, eso es lo que dice el profeta Daniel, que le pregunta al Ángel cuándo serán estas cosas. Hace una profecía del Anticristo y le pregunta al Ángel cuándo serán estas cosas, y el Ángel le dice: está cerrado eso, sellado, que el malo se haga más malo y que el bueno se haga más bueno, que el perverso se haga más perverso hasta que llegue el momento de la decisión.

Después sigue el Supersigno o signo definitivo que Cristo llama “la Abominación de la Desolación”, tomando una

palabra de Daniel el profeta. Daniel designa así el sacrilegio del rey Antíoco Epifanes que profanó el Templo de Jerusalén y quiso hacerse adorar como dios. Y San Pablo dice que el Anticristo se sentará en el Templo de Dios haciéndose dios. Antes de la destrucción de Jerusalén los romanos profanaron el Templo, introdujeron las águilas romanas que eran ídolos en Judea. Los Santos Padres dan una cantidad de profanaciones diversas – como una estatua de Venus que Adriano hizo poner en el Templo de Jerusalén. Relatan una cantidad de profanaciones del Templo, pero resulta que no tenían cuidado con la cronología y todas esas profanaciones sucedieron después que los cristianos huyeron de Jerusalén a Pella.

Porque la señal que les dio Jesucristo es: cuando venga "la abominación de la desolación" – que es una palabra hebrea que en criollo podríamos decir "cuando venga la mayor porquería" – entonces huyan. No hubieran podido huir con esas otras profanaciones que vinieron después, cuando Jerusalén ya estaba cercada y ya no se podía huir. De manera que la profanación a que alude Cristo es que las águilas romanas que eran ídolos a los cuales hacían sacrificios todos los días los soldados romanos, entraron en el territorio de Judea y entraron en Jerusalén. Esa fue la abominación de la desolación. "Cuando viereis lo abominable en el lugar que no debe estar como lo dijo Daniel profeta, entonces, los que están en el campo que no vayan a Jerusalén, los que están en Jerusalén que huyan a la montaña, los que están en la azotea de su casa que no bajen a hacerse la valija" — todo eso dijo Cristo.

Todavía hay otro signo que dan San Pedro y San Pablo, y que está comprendido en los Falsos Profetas y en la Gran Apostasía, que es la incredulidad de los hombres ante los signos.

San Pablo dice: "cuando digan »paz y seguridad« de golpe vendrá sobre ellos la ira como los dolores de la preñada". Jesucristo dijo: "como en los tiempos del diluvio, los

hombres comerán, beberán, se divertirán, se casarán y entonces, inopinado, vendrá sobre ellos el día del Señor”. Y el primer Papa, San Pedro, en su encíclica segunda, dice textualmente: “El Fin está próximo hermanos”, capítulo primero. Capítulo segundo: “Han venido falsos profetas en el pueblo, maestros embusteros que han introducido sectas de perdición”. Y después en el capítulo tercero, dice: “Esta segunda epístola os escribo, carísimos, para que recordéis las palabras de los santos profetas, porque bien es que sepáis que vendrán en los últimos días engañadores en mentira que andan según sus concupiscencias diciendo »¿Dónde está su promesa y su venida? Desde que murieron los antiguos, todas las cosas perseveran iguales, desde el principio del mundo«. Los que esto querrían ignoran que primero hubo la tierra y el agua, y el agua mantenida por el verbo de Dios, y aquél mundo pereció inundado de agua. Así también los cielos de ahora, la tierra que ahora es, en el mismo verbo se mantienen, reservados para el día del juicio y la perdición de los hombres impíos. No se les esconda una cosa que digo, que ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día. No demora el Señor su promesa como algunos creen, sino que obra con paciencia por amor de vosotros no queriendo que nadie perezca sino que todos se conviertan. Pues vendrá el día del Señor como ladrón, en el cual los cielos pasarán con grande ímpetu, los elementos se desintegrarán con el calor de la tierra y todas sus obras serán incendiadas.”

Los que hoy no creen esto son los que dicen que la tierra durará exactamente hasta el año 13.960, como dice el padre jesuita Bujanda. Todavía más de 12.000 años dice que va a durar; y de dónde lo saca, nadie sabe. O bien, los que dicen que se acabará por enfriamiento paulatino, como la luna o Venus, en quién sabe cuánto tiempo, como dice Renán. O que durará todavía millones de años, como dice el P. Alló. O que no acabará nunca sino que irá progresivamente evolucionando de bien en mejor, y de mejor en óptimo, hasta convertirse en un paraíso, o simplemente convertirse en Dios mismo – nada menos – como dice Theilard de Chardin.

Estos son ignorantes, dice San Pedro, o son ilusos embusteros: “vendrán ilusos con mentiras”.

Así que he hecho hoy una clase más pesimista que un artículo de “Azul y Blanco” (risas). *Altro qué chiste*, como dice un oyente, que tengo que poner para hacerme ameno. El único chiste que hay es que sea este cura el órgano de anuncio o información de una parte importante de la Revelación cristiana que nadie predica. A las bibliotecas yanquis que me piden les envíe gratis la revista “*Jauja*”, yo les contesto: no tengo mensaje para Nueva York. No he sido enviado sino a los que perecieron de la Cuenca del Plata y Río Grande do Sul. Pero es un mensaje de esperanza, no de crueldad. Nuestro gran Borges, en una poesía, trata de “cruel, atroz y truculento” a San Juan Evangelista. Y en otro lugar dice que todos quienes creen en el infierno carecen de religión, o sea que millones y millones de hombres, los más preclaros del universo, carecen de la religión que resplandece en Borges. (risas) Pero tiene razón, por desgracia, porque las profecías parusíacas son un mensaje de esperanza para los que creen, mas para los que no creen, son realmente crueles, atroces y truculentos. Los escritores sacros no son periodistas ni locutores para andar adulando y lambeteando a la gente. Borges está acostumbrado a que lo lamban, por todas partes, (risas) pero Dios no lame a nadie. En mi tierra dicen “lamber” y no “lamer” y es mucho más latino que lamer porque en latín es “*lambere*”...

Dios profiere promesas dulcísimas y terribles amenazas en el presupuesto de que el hombre elige; de que yo elijo mi suerte definitiva. Al despedirse de la humanidad – no definitivamente – al irse al cielo, dijo Jesucristo: “el que crea y sea bautizado se salvará, el que no crea, se condenará. Cuando veis el horizonte turbio y las nubes sanguinolentas, decís, »mañana tormenta«. ¡Miopes! Sabéis conocer los signos del clima y no conocéis los signos del Reino. Cuando veis retoñar la higuera y sus hojitas verdes, decís »ya viene la Primavera«. Pues bien, cuando veáis que estas cosas comienzan acontecer, levantad las cabezas, porque está cerca

la salvación, está cerca vuestra primavera eterna”.

Tercera Conferencia

21 de Junio de 1969

**El apocalipsis: su carácter — Evolución de su
exégesis — La exégesis moderna — Obras de arte
apocalípticas — Exageraciones y evasivas**

Venerables sacerdotes, señoras y señores:

Hoy vamos a festejar el día del aniversario de la muerte de Belgrano, el creador de la bandera argentina, contemplando el Apocalipsis del cual fue muy devoto Belgrano, cosa que no se sabe mucho. Después de la creación de la bandera y la batalla de Salta y la de Tucumán, poco tiempo después, se fue a Londres y allí hizo una edición del libro más importante que se ha escrito en los tiempos modernos sobre el Apocalipsis, que es el libro de Manuel Lacunza, *La venida del Mesías en Gloria y Majestad*. Es la mejor edición que se ha hecho y la segunda en el tiempo, porque primero hicieron una edición en Cádiz que Belgrano conocía; y en el prólogo que le puso a esta edición suya dice que era malísima, que era tan defectuosa que valía más que no hubiera salido y le atribuían cosas del Anticristo a Cristo y cosas de Cristo se la atribuían al Anticristo.

Belgrano hace un prólogo donde no descubre su nombre, solamente se ve que es argentino porque dice: “la Capital, Buenos Aires, de nuestra amada patria”. Lo dedica a los americanos y tiene mucho patriotismo americano, como

tenían en ese tiempo que no consideraban a la Argentina tanto como una cosa separada sino como una parte del Imperio Español, americano. Dice, por ejemplo, que los americanos tienen más talento que los españoles. Y para que se vea que aquí hay gente de más talento que los españoles edita ese libro de Lacunza. Y lo dice sobre todo de un diputado de la Junta de Cádiz – esa famosa junta de la Isla de León que gobernaba España durante la invasión napoleónica – que una vez preguntó qué clase de animales eran esos americanos y con quiénes se podían clasificarlos. Así dice Belgrano en su prólogo que les leeré un día de estos, porque tenemos que hablar en otra clase de la obra de Lacunza, que es importantísima.

Belgrano era milenista – también tenemos que ver qué es eso – y San Martín también porque él lo indujo a San Martín por carta. Y además Juan Ignacio Gorriti, el que bendijo la bandera argentina en Jujuy y muchísimos sacerdotes argentinos: Bartolomé Muñoz que era Alcalde General del Ejército y muchísimos sacerdotes argentinos. Belgrano mandó el libro de Lacunza que había hecho editar él – en Londres, a expensas propias siendo pobre y siendo una edición cara, de buen papel – y mandó todos los cajones aquí. Quedaron cuatro ejemplares que el editor en Londres los vendió después en una suma fabulosa de francos a los que se los pedían de Francia. Vendió en no sé cuántos miles de francos, los cuatro ejemplares que le habían quedado.

Belgrano mandó aquí todos los cajones. Se ve que los repartieron entre iglesias, conventos, colegios, parroquias; por todas partes. ¡Y después los quemaron! Los quemaron casi todos, poco a poco los fueron quemando. ¿Por qué? Por fanatismo. Yo no entiendo por qué los quemaron, pero por fanatismo los quemaron. De manera que yo dudo de que en esa exposición de las donaciones de Belgrano a la Biblioteca Nacional aquí, esté un ejemplar de Lacunza. Es rarísima ya. Es una curiosidad bibliográfica. En Londres lo vendían a 50 guineas el ejemplar cuando vi un catálogo de bibliófilos, una vez hace mucho; pero ahora a lo mejor cuesta mucho más.

Cincuenta guineas son una libra esterlina más un chelín, y la libra esterlina está a más de 800 pesos ahora; de manera que figúrese los miles de pesos que quemaron una cantidad de gente fanática sin saber lo que hacía. La obra de Lacunza. En fin, ya hablaremos más de él, de Lacunza.

Un oyente me dijo que leyera los textos que voy a explicando, que no presumiera que todos los tienen presentes. Así que traduciré la profecía de Jesucristo, de la cual hablé en la clase anterior, la más autorizada de todas, de San Lucas, donde está más breve. En la clase anterior hablé de la de San Mateo.

San Lucas empieza con el aviso contra los pseudocristos y pseudoprofetas, sólo que lo pone una vez y no dos veces como San Mateo. Probablemente San Mateo indica las dos tandas de pseudocristos y pseudoprofetas que iban a aparecer, los que aparecieron antes de la destrucción de Jerusalén – que consta que aparecieron muchos diciendo que eran el Mesías y precipitaron a los judíos a su perdición – y los que aparecerán antes del Fin del Mundo o en el Fin del Siglo, para hablar exactamente. Después pone lo de guerras y rumores de guerras: “el principio de los dolores”. Anuncia después una gran persecución que se cumplió ya antes de la caída de Jerusalén, pero no en forma tan extrema como será en el Fin del Siglo.

Antes de la caída Jerusalén ya había pasado la persecución de Nerón en Roma. “Seréis entregados por los padres y los hermanos y parientes y amigos y os darán la muerte algunos y seréis odiados de todos a causa de mi nombre; pero un cabello de vuestra cabeza no perecerá; en la paciencia poseeréis vuestras vidas. Cuando veáis a Jerusalén cercada por un ejército, sabed que se aproxima su devastación. Entonces, los que están en Judea que huyan a las montañas, porque habrá aprieto grande y grande ira sobre la tierra de este pueblo y caerán al filo de la espada”.

Como se ve, está hablando de los judíos y no de todo el

mundo.

“Y serán llevados cautivos entre las naciones y Jerusalén será pisada por los extranjeros hasta que se cumplan los tiempos de las naciones”.

Es decir, Jesucristo habla aquí principalmente de la caída de Jerusalén. Distingue entre las dos grandes catástrofes, el *typo* y el *antitypo*. Y distingue el largo intersticio hasta que llegue el tiempo del juicio de las naciones.

Sigue San Lucas ya con los últimos tiempos: “Y habrá señales en el sol, la luna y en las estrellas, y en las tierras, aprietos de las gentes” –habla ya de las gentes, de los gentiles, es decir ya no habla de los judíos – “por la turbación del ruido del mar y de sus olas”.

El mar en la Escritura significa el mundo, sus olas las tempestades del mundo, la tierra firme significa la Religión.

“Por la turbación del ruido del mar y sus olas, secándose los hombres por el temor y la expectación que caerá sobre el mundo universo porque se agitarán las virtudes del cielo”.

O sea, en el texto, griego: "se desintegrarán las fuerzas uránicas". Es curioso. Yo no sé si Cristo quiso predecir el tiempo en el que van a desintegrar el uranio y lo van a convertir en bombas mortíferas que tienen a los hombres secos de angustia, pero la verdad es que en griego, en el idioma en que fueron escritos los Evangelios, dice “uránicas”, “las fuerzas uránicas”. No dice “las virtudes del cielo”. Al cielo lo llamaban “uranio” los griegos. No dice “las virtudes” en el sentido de fuerzas, de manera que algunos traducen al español “las fuerzas cósmicas”. De todas maneras, eso es más o menos lo que está pasando ahora.

“Y entonces verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube, con grande potestad y majestad, pero cuando todo esto comienza a hacerse, mirad, levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra liberación”. Sigue después la

Parábola de la higuera retoñada que ya conocemos.

Y ahora pasamos al Apocalipsis, a la introducción al Apocalipsis o a la parte externa del Apocalipsis; que no suelen ser divertidas las introducciones pero hay que hacerlas. Es la profecía más importante acerca del Fin del Tiempo.

Apocalipsis es el último libro de la Escritura. Significa “Revelación”. Las lenguas nórdicas, inglés, alemán, danés, lo llaman el Libro de la Revelación, traduciendo así la palabra griega que las lenguas latinas, español, italiano y francés han dejado tal cual: “apo-kalipsis”: desde lo escondido o “de lo escondido” o sea, revelación.

El libro procede de San Juan Evangelista y desde las primeras palabras el autor anuncia que va a profetizar y llama a su escrito, o recitado, “profecía”. Se ve que San Juan, antes de escribirlo, lo recitó muchas veces en su Iglesia. Y lo escribió desterrado en la isla de Patmos, donde lo habían mandado a trabajar en las minas, que era un suplicio de los Romanos – casi peor que la muerte; suplicio tremendo – del cual se libró por Providencia, porque lo derribaron a Domiciano y el Emperador siguiente declaró nulos todos los decretos del tirano prófugo (risas). [1] Así que San Juan salió gracias a eso.

El título completo es: “Revelación de Jesucristo, que se la dio Dios Poderoso a mostrar a los siervos suyos las cosas que se deben cumplir pronto y las significó mandando al ángel suyo a su siervo Juan, el que testimonió el Verbo de Dios, y el testimonio de Jesús el Cristo, cosas que él mismo ha visto”. Inmediatamente añade: “Dichoso el que lee y oye la palabra de esta profecía y guarda lo que en ella está escrito, pues el tiempo está cerca”. Estas dos cosas – que el libro es profecía y que el tiempo está cerca – se repiten unas siete veces en el poema. Hacia el final, “Vengo pronto” dice Cristo dos o tres veces a San Juan.

El carácter de este libro es el siguiente: es una profecía. Es difícil, no es incomprensible. La actitud vulgar y grosera de muchos – incluso de sacerdotes, incluso de profesores – es dejar de lado esta profecía, como si fuese incomprensible, y por tanto del todo inútil. Como si Dios iba a dejar a su Iglesia un mensaje que nadie pudiera entender: “éstos no serán dichosos” dice San Juan. Así lo hace, por ejemplo el tan repicado Nuevo Catecismo Holandés para Adultos. Lo deja a un lado al Apocalipsis diciendo que son cosas calenturientas. Según los ingleses, que son vecinos de los holandeses, no hay ningún holandés que sea adulto (risas). Dicen una cosa bastante peor en un refrán que tienen; pero en fin, viene a significar eso: que los holandeses no son adultos.

En efecto, el libro es oscuro, como lo es toda profecía, y más ésta que versa sobre sucesos lejanísimos cuando se escribió; de nosotros mucho más cercanos, por cierto. Y sucesos descomunales, los más grandes y graves de todos. Estos tres caracteres son ignorados por algunos: que sean comprensibles, de algún modo, por los que los dejan a un lado; que sean oscuros, por los que se lanzan a interpretarlos en crudo pronunciado innúmeros disparates – no hay ningún libro en el mundo que haya dado ocasión a tantos disparates como éste, como veremos luego en algunos ejemplos de exégesis – y lo más grave de todo, los que niegan así y asá que sea profecía. Hoy día éstos abundan, y forman parte de la herejía contemporánea, o del progresismo si quieren llamarlo así, pues la exégesis del rompecabezas ha ido caminando durante 19 siglos hasta llegar al estado actual en que, o bien se acepta que es una predicción acerca de los Últimos Tiempos, o bien se niega rotundamente que sea predicción alguna, contra la mismísima letra del texto.

No voy a exponer aquí el vericuelo que es este camino evolutivo de la inteligencia del libro, pues sería aburrir a ustedes sin gran provecho. Es un camino lleno de tanteos, marcha atrás, tropiezos y aviajes, pues sin duda alguna la inteligencia progresó a fuerza de resbaladas y aun tumbos. Voy a tocar solamente las grandes viarazas o mojones del

camino; eso sí es útil. O sea: primero, los Santos Padres Antiguos; segundo, el Medioevo; tercero, la entrada del método histórico; cuarto los Protestantes; quinto, Lacunza; sexto, los exégetas actuales.

Entre los Santos Padres Antiguos y los exégetas actuales hay un gran camino hecho, con un seto de espinas a ambos lados; o sea, de errores. El tiempo ha hecho buenas dos observaciones marginales del gran Bossuet, a saber: que las profecías se aclaran al aproximarse su cumplimiento; segunda, que esta profecía puede tener un significado más profundo que el que le dio él; o sea: el derrumbe del Imperio Romano y las Primeras Persecuciones.

En efecto, el ejército de 200 millones de jinetes que los Padres consideraron imposible – decían que era, o bien una alegoría, o bien un ejército de demonios – es hoy perfectamente posible, de chinos y rusos, o de chinos solos.

Segundo, los monstruosos caballos de acero y fuego corresponden con notable exactitud a los actuales tanques artillados. Y no se ve cómo un vidente del siglo primero podría describir mejor los tanques actuales, los tanques de guerra, que como los describe San Juan allí: como jinetes de color acero que despiden humo, fuego, azufre y matan por la cabeza y por la cola. Fue el párroco chileno Eyzaguirre el primero que enunció esta coincidencia, el primero que vio esto. Es un comentador de Lacunza, o mejor dicho, es un traductor al latín del libro de Lacunza, con lo cual consiguió que lo aprobaran en Roma, porque el libro de Lacunza estuvo en el Índice mucho tiempo; hasta ahora que ha desaparecido el Índice.

Tercero, el desecamiento del río Éufrates, barrera entre el Imperio y la barbarie, para dejar pasar una invasión del Oriente — está en la Sexta Plaga, si no me equivoco — en que los ángeles secan el Éufrates para que puedan pasar los Reyes de Oriente, que era como decir en aquel tiempo que el Oriente iba a poder invadir el Occidente. Porque eso era

inconcebible para San Irineo o San Hipólito, pues allí velaban las invencibles águilas romanas. Y ahora tal invasión es posible, y aun inminente porque, cuando se les ocurra, los chinos van a invadir a Rusia.

Los dos milagros del Anticristo que parecían pura magia negra son posibles hoy gracias a la negra técnica, o sea: hacer bajar fuego del cielo y hacerse oír y ver en todo el mundo. Eso se puede hacer por medio de la bomba nuclear y la televisión satelital. Y así otros varios ejemplos como el Capitalismo sistemado internacional, el Estado Totalitario, la persecución a los enemigos del gobierno sin grieta alguna para emigrar, etc. De manera que esto le da razón a Bossuet cuando dijo que una profecía se va aclarando a medida que se aproxima su cumplimiento.

En los intérpretes antiguos – pongamos hasta el siglo XII – existen todas las tendencias posibles. Las que existen hoy que son cuatro o cinco: el alegorismo, la interpretación espiritual e incluso el historicismo, formulado en el siglo IV por San Agustín en esta forma: todo el tiempo que el libro este abraza, es decir desde la Primera Venida de Cristo hasta el Fin del Siglo que será su Segunda Venida. Está en *La Ciudad de Dios*, capítulo XX, idea solamente indicada que después van a desenvolver otros, desde el siglo XIII.

Pero la tendencia general de los Padres Antiguos es esjatológica, es decir que lo tienen como predicción del Fin del Siglo. Interpretan las visiones de Patmos literalmente y referidas al Fin del Siglo y sobre todo al Anticristo, que es su más vivo interés desde el siglo I.

Es increíble la cantidad de libros que escribieron los Santos Padres sobre el Anticristo. Todas las demás tendencias están en forma de semilla solamente, menos el alegorismo que cunde en el Oriente por obra sobre todo de Orígenes de Alejandría, contradicho firmemente por Andrés de Cesarea y San Basilio, orientales también. El alegorismo consiste en interpretar figuradamente, o poéticamente, las visiones de

San Juan, lo cual abunda hoy en día a pesar de que el Papa Pío duodécimo si no lo prohibió, lo *desrecomendó*. Dijo: “interpreten literalmente, busquen el sentido literal”. Pero siguen nomás, haciendo alegorías.

Alegoría es diverso que símbolo. Símbolo es una cosa concreta que significa otra cosa concreta, como la espada significa la guerra. Está lleno de símbolos el Apocalipsis, pero no es una alegoría. Alegoría es una cosa concreta que significa una cosa abstracta, como una barquilla puede significar la vida humana en Lope de Vega: “*Pobre barquilla mía / entre peñascos rota / sin velas desvelada / y entre las olas sola*” y prosigue representando su vida con sus peripecias en la descripción de una barquilla. Eso es alegoría. En su libro de exégesis del Génesis, el Hexamerón, San Basilio, llamado el Grande, reacciona burlonamente contra el alegorismo de su tiempo, el cual era cultivado incluso por su hermano San Gregorio Nazianceno, y los compara a los intérpretes de sueños, que serían los freudianos de aquellos días.

El principal comentarista antiguo es San Irineo de Lyon a fin del Siglo II. *Adversus haereses, Contra las Herejías*. Es el primero que aproxima el Apocalipsis a las profecías de Daniel. San Justino Mártir, antes que él, atribuye el milenismo al Apóstol San Juan. Y el mártir Hipólito, después de él, escribió un comentario del Apocalipsis, quizás el primero que ha existido, que se ha perdido, pero tenemos fragmentos en sus otras obras.

Casi todos los primeros padres son milenistas. Milenistas significa los que creen que después de la Segunda Venida de Cristo va a haber un período de paz y prosperidad sobre la tierra por mil años — o por una gran cantidad de años quizá, porque “mil” puede estar puesto por una gran cantidad, indeterminada, de años. Ésos se llaman milenistas. Y contra éstos se suscita hoy una escuela furiosísima — que no quiere que ni se nombre el milenismo, o milenarismo como le llaman ellos, — que dice que la venida de Cristo va a ser

simultánea con el Juicio Universal y va a ser todo en un día y se acabó: no hay mil años de prosperidad.

Casi todos los primeros Padres son milenistas. Entre muchos otros, los principales comentadores son San Victorino, obispo y mártir; Lactancio, maestro de San Agustín; el donatista Tyconio en el siglo IV que es importantísimo y al cual siguieron muchos católicos posteriores, como San Beda el Venerable, siglo VII, el cual aplica las siete reglas de interpretación que dejó Tyconio, donatista. El cisma de Donato era una herejía del tiempo de San Agustín, del siglo IV. Tyconio redactó con exactitud la regla de la recapitulación que ya había apuntado Tertuliano en el siglo III. Siguen después San Jerónimo y San Agustín y se acaba la unanimidad del milenismo entre los Padres, porque San Jerónimo fue anti-milenista encarnizado y San Agustín fue persuadido por San Jerónimo de que dejase esa opinión judaica y que hiciese otra interpretación que no tuviese peligro para los católicos. Entonces San Agustín inventó, o mejor dicho copió de Tyconio, una interpretación alegórica del capítulo XX del Apocalipsis, que veremos otro día.

En la Edad Media decae el interés por el Apocalipsis: los doctores se encarnizan con los Evangelios. El Fin del Mundo parecía muy lejano a la gente de la Edad Media. La Iglesia iba ganando pueblo tras pueblo y nación tras nación; “las iglesias están llenas” decía San Agustín. De manera que a ellos lo que les convenía era adoctrinar en la Fe a todos esos nuevos cristianos que venían de todas partes y que a veces eran enteramente bárbaros: enseñar el latín, enseñar los Evangelios. De manera que el Apocalipsis se les pierde de vista y lo que hacen es simplemente repetir lo que dijeron los intérpretes antiguos. Santo Tomás no pone de su parte nada nuevo en sus comentarios, sino que repite lo que ya está hecho en estos antiguos que ya les he nombrado antes. Ni tampoco Santo Tomás escribió ningún libro sobre el Apocalipsis. Un comentario al Apocalipsis que corre como de Santo Tomás y que está entre las obras de Santo Tomás es una equivocación pues fue de otro Tomás, llamado “el

inglés”, discípulo del de Aquino, que escribió bastante tiempo después de la muerte de Santo Tomás un comentario del Apocalipsis que vale muy poco. Todos repiten, excepto el español beato de Liébana, monje benedictino que creía próximo el Fin del Mundo e interpreta todo el Apocalipsis a esa luz.

En este tiempo toman gran auge los comentario espirituales – como los del falso Tomás del cual les acabo de hablar – que interpretan todo moralmente, alegóricamente, de manera que si hay tres ángeles, son la Fe, la esperanza y la caridad; si hay un caballo blanco, es la castidad; si hay una espada, es la guerra. De manera que no sirve. Yo leí seis o siete páginas y no pude seguir adelante. San Alberto el Magno, maestro de Santo Tomás – que también fue muy alegorista pero no del todo – tiene cosas en que interpreta literalmente el Apocalipsis, por ejemplo el capítulo de las Siete Iglesias que es el primer septenario que hay en el Apocalipsis, el cual él lo interpreta como que fuesen siete etapas de la historia de la Iglesia; y muchos otros lo interpretan así.

¿Qué dice el Gran Doctor Común Santo Tomás? No comentó el Apocalipsis; comentó a San Mateo en clase. No cayó en la vulgaridad de aplicar el capítulo XXIV solamente a la destrucción de Jerusalén, sino que lo dividió hasta el versículo 23 en el que se trata principalmente de eso y, desde el versículo 23, principalmente del Fin del Siglo. De modo que anticipa la teoría moderna del *typo* y del *anti-typo*, la cual, entre paréntesis no es ya teoría sino certeza. También comentó la Epístola a los Tesalonicenses de San Pablo donde se habla del Anticristo. En todos estos comentarios, no hace, como he dicho, más que vehicular lo que habían dicho los Padres Antiguos.

Aquí en el siglo XIII viene una gran viaraza: Joaquín de Floris, el abate Joaquín, seguido de Nicolás de Lira, en el siglo XIV. Es el método histórico, o sea, adjuntar al Apocalipsis la historia profana, considerándolo

prácticamente como una historia seguida de la Iglesia, pero simbólica. Por ejemplo, Nicolás de Lira dice que los Siete Sellos es desde Jesucristo hasta Juliano el Apóstata; las Siete Trompetas desde Juliano hasta Mahoma; las Siete Fialas o Redomas desde Carlomagno a Enrique IV de Germania, etc. Interpreta todo hasta su tiempo: Inocencio III y las Cruzadas. Pero advierte que el final del libro pueden ser sucesos aún no cumplidos y por tanto él no lo sabe pues no es profeta.

El pintoresco abad Joaquín de Floris, o de Fiore, o de Fiori, – que murió con fama de santo y de profeta, y después de muerto fue condenado por causa más bien de sus discípulos – interpreta en forma todavía más disparatada, excepto que recogió aquella frase clave de San Agustín: que el Apocalipsis comprendía toda la historia de la Iglesia. Solamente que lo consideran como una crónica seguida, lo cual no es el Apocalipsis, que es un libro profético en estilo apocalíptico-profético, de manera que no es una crónica seguida y éstos toman el libro como si fuese una crónica seguida y agarran la historia y se ponen a interpretar todo seguido: esto significa tal cosa, esto significa tal otra.

En eso cayó incluso un intérprete moderno que también murió en olor de santidad – el Padre Holzhauser, alemán, – que hizo una interpretación así y llegó un momento en que no pudo seguir adelante porque no podía acomodar la historia de los tiempos modernos al libro del Apocalipsis. Escribió dos libros sobre el Apocalipsis que la Iglesia condenó después de su muerte, pero se probó que habían sido corrompidos por sus discípulos a uno de los cuales, al franciscano Fray Gerardo, el Rey de Francia lo metió en la cárcel hasta la muerte. Nada más que por haber corrompido un libro sagrado. ¡Pobre Frondizi entonces, que se copió un libro de Gilson! ¡Si lo llegan a agarrar en aquel tiempo! (risas) El P. Alló califica estas obras de fantasmagoría. Sin embargo hay que hacerles justicia, ya que contienen cosas notables. Por ejemplo, en estos libros hay una descripción de la vida y de las costumbres de ese tiempo, el siglo XIV, que es notabilísima, es digna de un gran novelista, hecha por este

abad que iba aplicando minuciosamente todas las cosas de la historia al Apocalipsis.

Los protestantes del siglo XVI adhirieron con fervor a la dirección joaquinita, sobre todo desde que un discípulo del abad Joaquín, Pedro Juan Oliva, anunció que el Anticristo era el Papado.

Hay pilas de comentadores que siguen después el método histórico, pero los que interesan son los españoles Ribeira, Pereyra, Alcázar, y sobre todo el gran Juan de Mariana, jesuitas todos, los cuales combinan lo esjatológico con lo histórico dando en la clave, pues eso es lo que hay que hacer. Es que el Apocalipsis es una profecía de todo el tiempo de la Iglesia, sobre todo de las persecuciones con referencia continua a la última persecución. El foco es la última persecución; esa es mi definición, pero no mía solamente: coincide con San Agustín. Baltasar de Alcázar es una mezcolanza de alegoría, de historia y de esjatología que es difícil aguantarlo al leer. Por ejemplo por ahí define al Apocalipsis como una colección de adivinanzas sacras inventadas por Dios para enseñarnos los dogmas. Mucho más rápido es enseñar los dogmas sin adivinanzas, pero él inspiró al protestante Grotius, siglo XVII, y al católico Bossuet que escribió para refutar a Grotius, o Grossio como decimos los españoles. Bossuet fue seguido por toda una fila de sucesores católicos como Calmet y Robert de Bercé, y no católicos como Renán.

Digamos dos palabras: Bossuet tiene al Apocalipsis por una profecía cumplida en la caída del Imperio Romano. Y tomando la historia Romana empieza a hacer concordar minuciosamente los hechos pasados con los símbolos de San Juan sin arredrarse ante ningún disparate. Por ejemplo, el ejército de 200 millones de jinetes viene a reducirse, en la interpretación de Bossuet, a una modestísima y ya olvidada incursión de los jinetes Partios a través del Éufrates que rechazaron en seguida los ejércitos romanos. Es decir, le queda grande a la caída del Imperio Romano — le queda

enormemente grande el libro del Apocalipsis – de manera que al final, Bossuet salvó la ropa diciendo: "yo no niego que este libro puede tener algún otro significado más arcano, algún significado escondido del cual yo no me ocupo".

Así que a Renán le bastó suprimir esta advertencia de Bossuet para hacer su comentario *El Anticristo*, racionalista y ateo. En efecto, interpreta todo el libro del Apocalipsis como cosas ya cumplidas y además delirantes del Apóstol San Juan, que las sabía algunas y otras las conjeturaba, y otras simplemente las soñaba. Mas lo que hizo Bossuet fue simplemente poner en limpio el *typo* de la profecía de San Juan. Sólo que lo puso, lo mismo que Grotius, demasiado en limpio. Buscó demasiados detalles en la profecía, quiso interpretar hasta el último pelo. Bossuet es importante porque es la raíz de una cantidad de bicharracos – aunque los bicharracos no tienen raíces, digamos el nido de una cantidad de bicharracos – que son los que ante dije que niegan el carácter profético del libro. Que es lo que hace Bossuet: si es solamente una profecía de lo que iba a pasar en el Imperio Romano, fácilmente un hombre un poco soñador y listo podía prever muchísimos acontecimientos poniéndolos junto con los que ya habían pasado. Así que, de esa manera, niegan el carácter profético del Apocalipsis.

Los negadores son de tres clases: primero, los que niegan que sea profecía, porque niegan que haya profecía, porque niegan que haya milagros, porque niegan que haya Dios. Como el ya nombrado Renán y todos los exégetas racionalistas y ateos que pulularon en Alemania el pasado siglo y cuya última cría, o digamos rama, es el tan mentado Schweitzer, el santón de Lambarené. En puridad, Renán no niega que Dios exista, pero es como si lo negara porque dice que todo es Dios, como Teilhard de Chardin, o mejor dicho que todo llegará a ser Dios. El capítulo XVII de *L'Antechrist* titulado "La fortuna de este libro", dice lo siguiente: "El Anticristo es el segundo tomo de una gran historia crítica de la Iglesia primitiva", de *Los orígenes del cristianismo*, que tiene cinco tomos. El primero es la ya famosa *Vida de Jesús*,

el segundo es del *Anticristo* — y el único que vale y que hoy se puede leer es el último, que es *Marco Aurelio*, uno de los últimos perseguidores de la Iglesia.

En el final de este libro del Anticristo — al cual el gran novelista Robert Louis Stevenson, ahora me acuerdo, lo calificó de “demente”, dice “Renán es un demente”; en realidad es una novela, novela bastante truculenta — dice lo siguiente: “Entre las nieblas de un universo en embrión, contemplamos las leyes del progreso de la vida, la conciencia del ser creciendo y ampliando sus fines, y la posibilidad de un estado final en que todo seremos sumergidos en un Ser definitivo, Dios, igual que los innúmeros brotes y yemas del árbol en el árbol, igual que las miríadas de células del organismo viviente en el viviente. Estado en el que hallará finiquito la vida universal; y todos los seres individuos que han sido, viviremos de nuevo en la vida de Dios, veremos en Él, gozaremos en Él y cantaremos en Él un eterno Aleluya”.

No quisiera cantar el “Aleluya” que puede a estas horas estar cantando Renán. (risas) “Cualquiera sea la forma en que concibáis el futuro adviento de lo Absoluto”, no de Cristo, “el Apocalipsis no puede dejar de regocijarnos, pues simbólicamente expresa el principio fundamental de que Dios no tanto «es», sino que «llegará a ser»”.

Esta gansada impía tiene el nombre de panteísmo evolutivo: “no te preocupes de ellos: mira y pasa”. La exégesis racionalista caracterizada por el ateísmo se divide en seis escuelas, cuyo estudio es inútil para nosotros. La peor de todas es la escuela Babilónica, encabezada por Gunkel, 1903, que es una verdadera Babel.

En la moderna escuela católica está la obra del P. Manuel Lacunza, autor de una obra monumental titulada *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad* con el pseudónimo de Juan Josafat Ben-Er, escrita en 1793. Fue editada en Cádiz en 1815 y en Londres, por Belgrano, en 1816. Él murió en 1801, de manera que no vio nunca su libro impreso, pero había venido

el manuscrito aquí, a la Argentina, en muchísimas copias – defectuosísimas dice Belgrano – que corrieron muchísimo y dieron origen a una refutación airada de Vélez Sarsfield Baigorria, el padre de Vélez Sarsfield, el padre del autor del Código.

Lacunza se puede llamar argentino aunque nació en Chile, porque estudió en Córdoba. Lacunza es, sin disputa, el mejor comentador del Apocalipsis en los tiempos modernos, como atestigua el gran Menéndez y Pelayo, no obstante algunos defectos de sus obras. Grandes defectos si se quiere, como son los defectos del genio. Llamarlos “defectos” es una atenuación porque algunas opiniones del chileno son simplezas o meros disparates, pero son balanceados por notables intuiciones. Lacunza parece saber toda la Sagrada Escritura de memoria. Retrocede hasta los primeros siglos, saltando por encima de San Agustín, San Jerónimo e incluso Tyconio donatista, hasta San Irineo de Lyon y desde allí interpreta directamente y literalmente la Escritura aprovechando por supuesto los aportes de todos los intérpretes mejores. Es superior, a mi juicio, a Newman, y por tanto a todos los modernos. Newman, interpretó solamente los textos relativos al Anticristo, como veremos en otra conferencia.

Las obras de arte apocalíptica son innumerables. Dejando de lado a los plásticos, como Alberto Durero y a los escritores antiguos como Malvenda o Maluenda, cuyo enorme volumen sobre el Anticristo es más una novela teológica que una hermeneusis, mencionaremos sólo a los principales entre los actuales: el poeta español Gabriel García de Tassara, muerto en 1875, Rubén Darío, muerto en 1916, Donoso Cortés y los novelistas Martínez Zuviría, Roberto Hugo Benson, Selma Lagerloef y el ruso Vladimir Soloviev, el francés Eduardo Bouchet, el austríaco Koenel Lerig y un inglés cuyo nombre se me escapa ahora que publicó en la antigua biblioteca de “La Nación”. Debe haber muchos otros que yo no conozco, pero estos son los principales. Hablaré hoy solamente de los dos primeros.

Hugo Wast – Gustavo Martínez Zuviría – después de haber dado a luz un notable ensayo sobre las profecías, *El Sexto Sello*, publicó una novela apocalíptica en dos volúmenes, o bien, dos novelas: *666* y *Juana Tabor* en las que, tomando el material del Apocalipsis, lo sitúa en nuestros tiempos con su exuberante inventiva, talento de narrador y un conocimiento excepcional de la vida religiosa actual. Esa narración copiosísima está aún enteramente viva. En “La Nación” diario, salió una crítica acerba de esta novela, creo que era de Alfonso de LaFerrere, que es injusta, porque las cualidades de esta obra de arte son muy superiores a sus defectos, los cuales son además disculpables por la amplitud del tema, el cual rumió el novelista durante muchos años. Es obra que honra a la literatura argentina.

Monseñor Roberto Hugo Benson escribió *Señor del Mundo*, (*Lord of the World*), que creo es la mejor de todas las obras enumeradas, exceptuando a Soloviev que puede ponerse al lado.

Roberto Hugo Benson fue hijo del arzobispo anglicano de Canterbury, Edgardo Benson White, que escribió un comentario del Apocalipsis. Su hijo menor se convirtió al catolicismo, se ordenó sacerdote y se apartó de su padre incluso en el estudio del Apocalipsis que interpretó literalmente y no alegóricamente como su padre. Y fue perseguido en forma acre por su padre y sobre todo por su hermano mayor Edward que era también novelista, inferior al cura. Fue un gran sacudón para los protestantes ingleses que el hijo de su Arzobispo se volviese católico, que se volviese Monseñor del Papa y un gran talento genial. Hasta hoy no se lo han perdonado. Murió muy joven durante la Guerra del '14. Escribió una docena de novelas, todas buenas, algunas excelentes, pero *Señor del Mundo* es una obra maestra.

A esta obra debo mi iniciación en el pensamiento religioso. La leí a los 16 años en una traducción mala, de un Juan Mateos, presbítero, de Barcelona, que continúa siendo

reeditada en Barcelona y también en Chile y en México. Por lástima al pobre Roberto Hugo y por amor al arte, tomé el texto inglés no hace muchos años, y lo traduje mejor, según creo, *Señor del Mundo* en vez de *El Amo del Mundo*. Cuando estuve en Londres en 1956 busqué por todas partes un ejemplar mejor que el que yo tengo, sin conseguirlo; tengo un ejemplar muy desgraciado. Incluso en la librería de viejo mayor del mundo, la de Wilkes, que son varias manzanas llenas de estanterías con libros usados — hay millones y millones de libros usados — no estaba. La busqué en otras librerías. En una librería me dijeron “No lo va encontrar en ninguna parte, no existe más esa obra acá. A lo mejor en una biblioteca católica tengan dos ejemplares y le vendan uno”. El ambiente protestante de Gran Bretaña se tragó todos los libros de Benson, como está tragando los de Chesterton y Belloc, pero existen traducciones buenas en español o argentino, en francés y en italiano. No se perderá.

Benson toma acertadamente sólo un aspecto del Apocalipsis — quizá el defecto de Hugo Wast estuvo en querer tomarlos todos juntos — y levanta un cuadro impresionante de los últimos tiempos, prolongando las líneas de fuerza de su tiempo, o sea, a principios de este siglo.

Juliano Felsenburg, un yanqui, llega a ser Presidente de Europa y Emperador del mundo y es el nuevo salvador del mundo, después de haber atajado con su enorme personalidad la Guerra de los Continentes. La Iglesia perseguida por todos lados, física y moralmente, se mantiene firme en grupos reducidos, como rocas en medio de un mar tempestuoso, en medio de una universal apostasía. El último Papa, Silvestre II, un sacerdote inglés llamado Percy Franklin, antes de ser elegido medio milagrosamente por tres cardenales que quedan — quedan vivos después que el Anticristo ha hecho volar a Roma por medio de bombas (bastante parecidas a las atómicas, Benson parece que olió la bomba atómica) — Percy Franklin, el héroe de la novela, escondido en Tierra Santa, funda una nueva orden, “de Cristo Crucificado”, y hace frente a la destrucción de Nazareth, la

cual debe seguir a la destrucción total de Roma. Él está en Nazareth con su pequeña corte. Los cardenales y unos cuantos están distribuidos por el mundo y escondidos; los fieles no se dejan conocer como cristianos. Entonces, por la traición de un cardenal ruso, el Anticristo, o sea Felsenburg, se entera de que existe todavía la Iglesia Católica que él creía que se había acabado, y decide convocar a todas las naciones del mundo para que manden una flota de aéreos para destruir a Nazareth adónde el Papa había hecho llamar a todos los cardenales del mundo que se reunieran, porque había tenido una revelación de que venía el fin de todo. Entonces Felsenburg se dirige a destruir, del todo y definitivamente, a la Iglesia y Dios interviene sobrenaturalmente en el momento apical y así este mundo pasó y toda la gloria de él. Termina la novela en un final misterioso e impresionante, parecido a la muerte corporal de un hombre, que algunos han estimado oscuro, y a mí me parece magistral, pues no se pueden poner demasiado claros sucesos de tanta envergadura que sobrepasan la imaginación del hombre. Toda la novela es de una seriedad y una elevación que roza lo sublime.

La última pregunta de este cuestionario: “evasivas y tergiversaciones”. La trataré brevemente para no ser largo. Una clase entera y aun un libro entero podrían consagrarse a las tergiversaciones de este libro sagrado, el que más tergiversado ha sido en el mundo.

Tengo aquí cuatro libros de exégesis, llamemos “cimarrona”, de los que me limitaré a leer los juicios que estampé en las tapas. Son libros editados y vendidos aquí. Hay centenas y centenas de libros como éstos en lengua inglesa y hay muchos en lengua castellana de esa editorial Adventista que está en Florida — ha editado dos docenas de libros más o menos sobre la religión en general, varios sobre el Apocalipsis.

Comentarios sobre el Apocalipsis por Carlos Elenir, El Paso, Texas, segunda edición. Algunos están editados en México y

enviados aquí a la “Librería Aurora” que está en la calle Corrientes. *Discurso sobre el Apocalipsis* por G. M. Lear, Librería “Editorial Cristiana”, Adventista, Buenos Aires, 1954. *La Segunda Venida de Nuestro Señor Jesucristo, una búsqueda de la verdad*, por Jorge Murray, presbiteriano, publicado en México y en Buenos Aires, Librería “Editorial Aurora”, Corrientes 728. *El Milenio: lo que es y lo que no es*, por Jorge Fletscher, México y Buenos Aires, la misma editorial; *Defensores Latinoamericanos de una Gran Esperanza*, por Daniel Hammerly Dupuy, Editora Sudamericana, Florida, Pcia. de Buenos Aires, adventista.

Estos libros tienen valor desigual, pero todos son tergiversaciones del Apocalipsis. Aquí está el libro del que les hablé la clase anterior que es una especie de enciclopedia de los Testigos de Jehová, que contiene una interpretación total del Apocalipsis. Yo escribí acá en la “*fly leaf*”, como dicen los ingleses, es decir, en esta página en blanco: “Es una exégesis demasiado simple de todo el Apocalipsis que tiene algunos aciertos notables, entre mucha simplonería. Da fechas precisas para los sucesos postrimeros: 1914, 1919, 1975 y 2000 en el cual año se acaba el mundo”. La Resurrección Primera – pues son milenistas – contiene además mechada toda la doctrina de los Testigos de Jehová, que es simplona: por ejemplo, todas las cosas excelsas y sublimes que hay en la profecía representan a los mismísimos Testigos de Jehová! Son heterodoxos y judaizantes. Basta decir que rechazan la divinidad de Cristo, al cual nombran siempre “Jesús” o “Redentor” y entre dientes “Hijo de Dios”, pero no “Dios”. La posición de ellos no es la de Arrio sino la de Nestorio, Patriarca de Constantinopla, condenado en el concilio de Éfeso con la proclamación de la “Teotokos”, la Madre de Dios. Arrio dijo que Jesucristo era un personaje excelso, una especie de super-ángel, pero creado por Dios — no era Dios. Y Nestorio dijo un poco bastante menos, que fue un hombre, nacido hijo de María; que fue Jesús hasta que se bautizó; que cuando se bautizó Dios lo llenó con su Santo Espíritu y se convirtió en un hijo de Dios en cierto modo. Es decir: en un santo más privilegiado que todos los otros

santos. Y ésta es más o menos la posición de éstos. El autor del libro parece ser Rutherford, el jefe de los Testigos en 1963. Sabe muchísima Historia Sagrada y escribe bien, estilísticamente bien. La primera edición fue de un millón de ejemplares, no sé si hubo otra. También hicieron una traducción completa de la Biblia que vendieron también en cantidades colosales.

Éste es *Comentarios sobre el Apocalipsis* de Charles Elenir, bautista, El Paso, Texas. Yo lo único que puse en la tapa fue: “No hay nada aprovechable. Es un pobre gil, muy ignorante, temerario y macaneador” (risas). Después abajo, puse: “Hay algo aprovechable: el número 666 es aplicado al Papa en latín y griego, página 190.” Es decir el número del Anticristo – esto es con “666” – poniéndolo en letras latinas y griegas, uno puede formar la frase “*Romano Pontifex*”, por ejemplo. Pero claro, se pueden formar muchísimos otros nombres. Incluso se puede formar el nombre de Lutero como lo hizo Belarmino. Melancton, un compañero de Lutero, un amigo de Lutero, por un tiempo amigo, interpretó el número 666 haciéndolo decir “Pontífice de Roma”. Entonces el Cardenal Belarmino, por broma, del número 666 sacó sin hacer ninguna trampa “el Sajón”, que era el sobrenombre de Lutero. Y no hay nada más que decir de este libro. Es un perfecto bárbaro el autor.

Éste es *Discurso sobre el Apocalipsis* por G. M. J. Lear. El autor es adventista, jefe de una comunidad adventista en Córdoba, predicador. “El autor expone el libro del Apocalipsis del principio al fin, interpretando ya literalmente, ya alegóricamente, conforme al libre examen, cayendo en lugares confusos y también en disparates risibles como el que los 4 Caballos de los Siete Sellos representan a Napoleón Bonaparte! También tiene sentidos justos y razonables tomados de la exégesis tradicional o de la letra del texto. Parece haber leído a Lacunza y haberlo saqueado bastante. Por ejemplo, dice que la Redoma o Fiala Tercera representa el envenenamiento de la cultura y la Quinta, las tinieblas o confusión en la política” — que es lo que digo yo en

mi libro sobre el Apocalipsis, lo que me pareció más probable fue eso. "Hay un afán continuo de hacer tiros contra el catolicismo, por supuesto que la Gran Ramera del capítulo XVII es la Iglesia de Roma, conforme a la tradición de las sectas protestantes desde Lutero acá. La nota general del estilo y de la doctrina del autor es la simplonería que a veces roza la imbecilidad". Me dirán que por lo menos es piadoso. Ojalá; pero yo rememoro las palabras de San Pablo: "Tened cuidado pues en los últimos tiempos vendrán hombres peligrosos que tendrán la apariencia de la piedad pero no el meollo de ella".

Jorge Murray, *La Segunda Venida de Nuestro Señor Jesucristo, una búsqueda de la verdad*. "Refutación bastante seria del milenarismo que él llama "Dispensación", a saber, del milenarismo carnal, que no distingue muy bien del espiritual, pero él se va al otro extremo, al alegorismo."

El primero que confundió el milenarismo espiritual de los Santos Padres con el milenarismo carnal del hereje judío Kerinthos – que se llama "Quiliasmo" por verdadero nombre – fue San Jerónimo. San Jerónimo hizo una gran macana confundiendo las dos cosas: una cosa que habían defendido los Santos Padres antiguos y otra cosa que había surgido de un heresiarca judío converso – en tiempos de San Juan Evangelista ya había surgido – y estaba haciendo muchísimo daño en el Oriente, de tal manera que lo ofuscó a San Jerónimo. Lo ofuscó y no distinguió eso del otro milenarismo de los Santos Padres. Sin embargo, dijo: "no me atrevo a condenarlo, porque hay muchísimos santos y mártires antiguos que lo han profesado". Pero a veces le parece que es lo mismo el de Kerinthos que el de los Padres antiguos. Ya veremos eso.

Este doctor de Boston refuta con eficacia por cierto una secta que llama "Dispensación" o "Pre-milenio" – este término es confuso – muy propagada en los Estados Unidos, según dice, por una especie de Biblia comentada por un tal Dr. Scoffield. Es simplemente una especie de milenarismo carnal, esta

secta de la “Dispensación”, la cual fue refutada en el siglo IV por San Agustín y San Jerónimo. Extraña reviviscencia. No interesa mucho la fácil refutación de esa secta, perfectamente extravagante, mas el autor para refutarla se va al otro extremo: al a-milenarismo, como él dice, o sea al alegorismo. Ignora que puede existir – y existió de hecho, existe y existirá – un milenismo espiritual, el de los Santos Padres. Al final, por una salvedad de paso, reconoce que el milenismo de los Padres no es lo mismo que esta “Dispensación” judaizante que le da tanto cuidado. Era una distinción capital que debiera haber hecho desde el principio. Pero a semejanza de casi todos los alegoristas, espera hacer caer todo milenismo atacando al milenarismo carnal, que es un herejía, es decir, una falsificación. El libro es docto y es instructivo para ver el estado miserable de la teología protestante en Norteamérica. Error capital de este Murray es interpretar las profecías ignorando que ellas pueden y deben tener dos sentidos subordinados, el *typo* y el *anti-typo*. Esto ha sido probado concluyentemente por el Cardenal Billot a principios de siglo. Por ejemplo, Murray rehace, con respecto a San Mateo XXIV, el trabajo de Bossuet, al cual parece ignorar, de constatación del *typo*. Pero Bossuet advierte que «mi interpretación no excluye un sentido más arcano» y éste no sabe nada de eso, con lo cual el sermón esjatológico de Cristo deja de designar el Fin del Siglo, lo que es absurdo, y este suceso capital se va a la lejanía, se pierde en las brumas, se envuelve en incertidumbre, con lo cual se pueden escamotear de él sus rasgos, incluso esenciales, como el rasgo de la Gran Tribulación, la cual ya se verificó en la ruina de Jerusalén. Se verificó ciertamente como bosquejo de la otra. Esto lo publicó la editorial Aurora de la calle Corrientes.

El Milenio: lo que es y lo que no es, por Jorge V. Fletscher. Exacto como el libro de Lear, ésta es un refutación de lo que llaman ellos «dispensación», que es el milenismo carnal resucitado en Estados Unidos por el Dr. Scofield y sus numerosos secuaces. A saber: mil años de prosperidad después de la Parusía con el dominio mundial de la raza judía y la restauración del Templo y los sacrificios. O sea: la

antigua y condenada herejía de Kerinthos. No tiene interés aquí. El autor pecha una puerta abierta, es bautista, no tiene la inquina habitual contra la Iglesia y sabe bastante, pero anuncia que vendrá en el mundo un gobierno espléndido del mundo de la raza anglo-sajona, lo cual en el fondo es la misma idea que él refuta. Refuta la idea del dominio de la raza judía y predica el dominio de la raza anglo-sajona, que es lo mismo. Es hacer una raza elegida como hacen los otros, con menos fundamento que los otros; sustituye a los judíos por los yanquis. Quien se dedique a leer con atención la exégesis protestante del Apocalipsis, se volvería loco, o por lo menos tarumba (risas).

Éste es *Defensores Latinoamericanos de una Gran Esperanza*, se llama el autor Daniel Hammerly Dupuy, y está editado acá por esa editorial protestante de Florida, de la Provincia de Buenos Aires, y es muy interesante el libro. Es un hombre que sabe mucho y que parece argentino o chileno, que ha escrito varios libros sobre temas muy modernos como *El mundo futuro*, *La era atómica*, *Gestación y nacimiento de un mundo mejor*.

Este autor argentino o chileno parece haber publicado varios libros esjatológicos. Hasta la mitad del libro parece un católico porque no tiene la ojeriza protestante común contra Roma y alaba grandemente a sacerdotes y próceres argentinos y españoles, sobre todo a Manuel Belgrano.

Por este libro he sabido que Manuel Belgrano, San Martín, Juan Ignacio Gorriti, Bartolomé Muñoz y otros próceres argentinos fueron milenistas, tuvieron la opinión milenista espiritual. Y después también supe que Menéndez y Pelayo fue probablemente milenista. García Tassara, Donoso Cortés y algún otro gran español de ese tiempo fueron milenistas. Cuando yo andaba averiguando – por inferencias y ayudado de Ernesto Palacio – quién fue el argentino que hizo en Londres la segunda y mejor edición del libro de Lacunza, éste ya sabía que fue Belgrano directamente por sus Memorias. Por el prólogo se saca que es un argentino y del año 1816 —

de ahí sacamos con Ernesto Palacio y Julio Irazusta que tenía que ser Manuel Belgrano. Pero resulta que ya lo sabía éste y lo sabía el P. Furlong y está en las Memorias de Belgrano. Dupuy dice “la tercera edición”, pero es dudoso. Hay una edición hecha en Cádiz en 1815 en tres tomos y una sin fecha en un tomo de 876 páginas. Que la de Belgrano es la mejor edición, no tiene duda.

Al final se declara adventista, publica un notable credo de su iglesia o secta y tres ensayos sobre tres puntos principales de esa doctrina, de ese credo: sobre el deber de celebrar el día del reposo del sábado y lo horrible que es celebrarlo el domingo; segundo, sobre las setenta semanas de Daniel y su ubicación en los 2.300 años que ellos dicen es el tiempo de las naciones; y tercero, sobre este mismo tiempo, que terminó en 1944, mientras que según los Testigos de Jehová terminó en 1914. Y ahora dicen los adventistas que terminó en 1948, cuatro años más tarde, no sé por qué.

El credo adventista es notable... dice lo siguiente: «Creo en un Dios personal...» (éste dice que lo usan en la iglesia Adventista Argentina)... «Creo en un Dios personal, creador del universo cuyos miembros lo llaman ‘Padre Nuestro que estás en los cielos’ y cuya voluntad acatan como sagrada norma de conducta. Creo en Jesús como Hijo de Dios, en su Encarnación, en la Bienaventurada Virgen María, en la vida inmaculada, en la muerte, resurrección y Ascensión de Aquél a quien aceptan como Salvador, único mediador, amigo supremo, Señor y Rey. En el Espíritu Santo como tercera persona de la Santísima Trinidad, representante de Cristo en la tierra, consolador y guía. En la divina inspiración de las Sagradas Escrituras que constituyen su regla de Fe y conducta» (de los adventistas). Y en materia de doctrina, su autoridad final: «En la vigencia de la Ley de Dios, los Diez Mandamientos según se registran en el capítulo XX del Libro del Éxodo y se magnifican en la vida y las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo como expresión del deber supremo hacia Dios y hacia el prójimo. En la santidad y observancia del séptimo día de la semana, el sábado, según la disposición

del Decálogo; en la creación del hombre a imagen de Dios, en su caída en el pecado y en la posibilidad de su redención; en la salvación de los hombres por la gracia de Dios que da a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él crea, no se pierda mas tenga vida eterna. En la conversión o transformación de la vida por la Fe en Cristo, mediante el arrepentimiento del pecado, la aceptación del perdón y la recepción del Espíritu Santo. En la realidad y validez de una religión práctica basada en el amor, que se manifiesta en la vida cotidiana mediante la veracidad en las palabras, la honradez en los trabajos y negocios, el servicio abnegado en favor del prójimo, en la lealtad a los principios de la verdad, en el amor y en la justicia. Que las leyes de la naturaleza fueron establecidas por el Creador y que el cristiano debe obedecerlas para conservar la salud y pureza de su cuerpo y por lo tanto debe evitar todo vicio y abstenerse del uso de bebidas alcohólicas, tabaco, infusiones que contiene alcaloide (como el mate) y todo otro narcótico, comida y bebida que perjudique la salud. En un culto espiritual que se dirige a la facultad de la mente y consiste en la lectura y explicación de la Sagrada Escritura. En la mayordomía cristiana que reconoce a Dios como dueño de cuanto existe e inspira al creyente a administrar todas las cosas para la gloria de la Divinidad, para la grandeza de la patria y para el bien del semejante. En la Iglesia guiada por el Espíritu Santo y dirigida por los pastores, ancianos y diáconos, hombres casados, elegidos por la congregación, quienes tienen la misión de dirigir el culto, guiar a los fieles y asistirlos. En los ritos del bautismo, la comunión o cena del Señor, la consagración del matrimonio, la imposición de las manos y el ungimiento de los enfermos, como solemnes ceremonias conmemorativas, o simbólicas de las gracias recibidas por la Fe. En el bautismo por inmersión, en el Segundo Advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo en gloria y majestad, en el estado inconsciente de los muertos y la resurrección de la carne, ocasión en que los piadosos recibirán la vida eterna y los impíos, después de juzgados, serán eliminados para siempre.»

Éstos no admiten el infierno, sino que dicen que Dios va a aniquilar a todas las almas de los malos. Que al fin de los tiempos Dios establecerá en este mundo un reino de justicia, paz, amor y gozo inefables, como morada de los redimidos, que el universo se verá libre para siempre de todo rastro de mal gracias al triunfo sempiterno del bien. Les llamo la atención sobre estas generalizaciones porque éstos introducen en el Apocalipsis sentidos raros, por ejemplo, encontrar allí al Sumo Pontífice.

Mucho más importante que las tergiversaciones, son las evasiones, porque se dan en autores católicos. La evasión del Apocalipsis consiste simplemente en sustraer su carácter profético, lo cual se puede hacer de tres maneras. Primera ya mencionada: los que niegan haya profecía, porque niegan haya milagros, porque niegan al Autor de los milagros. Dejémoslos, porque si las profecías son delirio, como dice el apóstata Alfred Loisy, entonces todas estas conferencias son palabras de loco. Entre nosotros salió hace poco un librito de esta laya: *El nuevo cristianismo* del sacerdote apóstata Miguel Machalino – o “Macanino” como dice Baldomero Sánchez – publicado por la revista “Siete Días” en su N° 94. Niega todos los milagros mayores de Cristo, dejando sólo los que se pueden hacer, según él, por sugestión, que son obra del amor. En consecuencia desaparece la concepción virginal de Cristo y su Resurrección. Y en consecuencia, el nuevo cristianismo que nos predica consiste en la desaparición del cristianismo.

La segunda manera es contender que el Apocalipsis es una profecía, pero una profecía ya cumplida. Hemos visto como el gran Bossuet se escapa raspando de esta impiedad, o digamos error; pero no escapa ni Grotius, ni Baltasar de Alcázar, a quien Grotius o Grossio siguió, ni Renán que estropeó a Bossuet, ni muchísimos otros comentadores actuales. En ese caso el Apocalipsis es un libro que a nosotros no nos sirve absolutamente de nada, pues ya pasó. Y los grandes doctores del pasado, como San Agustín y Santo Tomás, tendrían que haberlo visto y haberlo dejado

simplemente de lado.

La tercera manera, más peligrosa, es decir que es profecía, pero profecía en sentido amplio. ¿Y qué es profecía en sentido amplio? Es una profecía que no es profecía. Es, por ejemplo, un poema filosófico acerca de las persecuciones de la Iglesia, como define el Apocalipsis el P. Ernesto Alló, dominico, autor del comentario más considerable que existe, un libro muy científico, muy erudito y muy pernicioso, seguido por innumerables exégetas, entre otros, el poeta Claudel, el P. Bonsirven y el P. Martindale. En el *Gran Comentario Católico a la Sagrada Escritura*, le encargaron el comentario al Apocalipsis al P. Martindale que era un famoso jesuita, pero famoso como ensayista y novelista, no es exégeta; y hace una interpretación enteramente aburrida e inaceptable del Apocalipsis. El resumen de este mamotreto empachado y dañino — es decir, me refiero al libro del P. Alló — es hacer al Apocalipsis una *timeless prophecy*, una profecía intemporal, profecía sin tiempo, o sea abstracta, o sea una especie de poesía filosófica y extravagante de la persecución en general y en abstracto. Y eso para conservar del libro, dice él, su carácter profético. Hace todo lo contrario: Renán es más lógico al decir que son delirios.

Como en otro lugar hemos de hablar de Alló, mencionemos a su mayor discípulo, el P. Josef Bonsirven S.J.

Bonsirven es un judío converso muy docto en antigüedades judaicas, que publicó en 1951 un comentario del Apocalipsis en la colección católica Verbum Salutis, de París. Cuando leí el libro me quedé helado viendo que tenía la aprobación eclesiástica del Rector del Instituto Bíblico de Roma, siendo que es un libro que se debería prohibir, lejos de aprobar. Saquea a Alló y a Bossuet, entremezcla disparates propios, es incoherente y para colmo es oscuro; interpreta alegóricamente o bien literalmente según se le antoja. Por ejemplo, las tres ranas del capítulo XVI son demonios. En fin, no hay tiempo; leeré mi nota en la tapa del libro y después de leerlo, como verán ustedes, una nota bien

desahogada:

“Este libro no es una disertación, es una diarrea (risas). El P. Alló, su maestro, tocado de racionalismo, evacúa al Apocalipsis de su carácter profético y lo convierte en una especie de gran poema alegórico sobre la filosofía de la historia, y nominalmente sobre las persecuciones de la Iglesia, así en general. Mas este desdichado lo convierte en un centón de enigmas extravagantes sin otro contenido que éste: la Iglesia es perseguida, los fieles serán premiados y los malos serán castigados. ¡Valiente revelación! Y el título del libro es “Revelación de Jesucristo”. Y estos enigmas estrafularios del libro, para mejor, son incoherentes, son inconsistentes, son contradictorios entre sí. El autor parece atacado de fiebre y su exégesis es un sueño de enfermo. Si este método, o ausencia total de método, aprobado por el rector del Instituto Bíblico, fuese lícito, ¿en qué deviene la Sagrada Escritura? Un libro ininteligible, al cual se le puede hacer decir lo que se quiera, un libro in-importante donde no se puede conseguir ninguna certidumbre, un libro de literatura fantasmagórica e incluso amente (“Ezequiel fue un demente” dice Carlos Jaspers); en suma, una lección de fábulas que ni para los niños sirve.”

El Cardenal Newman dijo sensatamente que si la Escritura Sacra tiene cien significados, entonces no tiene ningún significado. Que es lo que dice de otro modo el Papa Pío XII en su encíclica *Divino Afflante Spiritu* donde recomienda se abandone la interpretación alegórica y se busque primero de todo el sentido literal, como dice San Agustín también y Santo Tomás.

Basten estos dos ejemplos de los “evasivos”, o sea de los que despojan al libro de la Revelación, de lo más importante, o digamos, de lo único que tiene. En el libro, hay una maldición contra éstos, al final. Al principio, hay una bendición: “Bienaventurados los que leen y oyen las palabras de esta profecía y cumplen lo que de ellas se desprende”. Mas al final San Juan dice: “Ninguno sea osado en añadir ni

quitar nada de la profecía de este libro. Si alguno añadiere algo, añadirá Dios sobre él todas las plagas que están aquí escritas. Y si alguien quita de las palabras de libro de esta profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa que están descritos en este libro”.

Y respecto de éstos, no hace falta añadir más nada.

Cuarta Conferencia

28 de Junio de 1969

Los Septenarios o Series de 7 de la profecía – Las siete iglesias - Carácter de los otros Septenarios – Los Cuatro Caballos simbólicos: Monarquía Cristiana, Guerra, Hambre y Persecución – Las siete plagas

Señoras, Señores:

En la conferencia anterior hablamos de lo externo del Apocalipsis – *autour de*, como dicen los franceses, alrededor de – que es más fácil. Hoy hablaremos de lo interno, del contenido del Apocalipsis que es más difícil. Hablé sobre la evolución de la interpretación del Apocalipsis lo cual interesa más a los especialistas que a nosotros, pero puede servir para ir adelantando ya cosas del interior, o sea cosas del mismo texto del Apocalipsis. Después hablé de las desviaciones, de los tergiversadores, de los evasores, y también hablé del arte con respecto del Apocalipsis, las construcciones y creaciones artísticas con respecto al Apocalipsis — y son todas cosas alrededor del libro, no de adentro del libro.

Hablando de las realizaciones artísticas, me olvidé de hablar de una realización artística argentina, de Víctor Delhez que hizo una especie de planchas grandes de más de medio metro de alto sobre las escenas del Apocalipsis. Hizo por lo menos treinta planchas grandes que no las publicó hasta ahora. Son muy hermosas porque es un gran grabador, es decir xilógrafo. Las expuso en Mendoza y después las expuso aquí en Buenos Aires, después en Nueva York y no consiguió venderlas porque nadie quiso darle el dinero que él pretendía por esas obras. También hizo un contrato con Kraft para publicar una edición del Apocalipsis, de esas lujosas que hacen, pero al final no se llegó a nada por lo mismo, porque no convinieron en el precio.

A pesar de que la interpretación ha progresado mucho, todavía quedan muchas cosas oscuras. Por ejemplo, al llegar al Milenio — del cual hablaremos en la clase próxima — un gran doctor dice: “Lo que es el Milenio, lo sabremos cuando se cumpla”. Pero por lo menos podemos saber lo que no es el Milenio, porque ayer leí un libro muy campanudo, un libro lujosísimo editado hace pocos días, que habla del Milenio y dice un error fenomenal, dice lo contrario de lo que es el Milenio; dice “los milenistas dicen tal cosa” y lo que dicen los milenistas es lo contrario. Ya lo veremos más adelante.

El Apocalipsis es como la ampliación de la profecía de Cristo sobre su Segunda Venida, hecha no en estilo directo, sino simbólico. Por eso los Santos Padres llaman al capítulo XXIV de San Mateo “Apocalipsis abreviado”. Mejor se podría decir que el Apocalipsis es un San Mateo ampliado, es el discurso esjatológico ampliado. Ampliado y añadido.

El libro está dividido en 22 capítulos; una división reciente, del siglo XV, y artificial. San Beda el Venerable lo había dividido en siete partes. Yo conté simplemente las distintas visiones, o cuadros, o estampas, y después encontré que lo mismo había hecho un antiguo *Primatius Latinus*. Las visiones son las siguientes:

- Mensajes a las siete iglesias.
- Visión del libro y del Cordero.
- Visión de los siete sellos.
- Signación de los 144.000 elegidos.
- Visión de las siete tubas.
- Visión del librito devorado.
- Visión de la medición del Templo.
- Visión de los dos testigos.
- Visión de la séptima tuba, y
- Visión de la mujer coronada.

Estas diez primeras visiones son más históricas que eschatológicas, es decir, se refieren a sucesos que no son todavía el fin de los tiempos. Las siguientes son eschatológicas, es decir, referidas directamente a los Últimos tiempos, y son también diez:

- Visión de las dos fieras, o bestias.
- Visión de las vírgenes y el Cordero (de **los** vírgenes porque son varones)
- Visión del Evangelio eterno.
- Visión del segador sangriento.
- Visión de las siete fialas, o vocales.
- Visión de la gran ramera.
- Visión de su caída.
- Visión de reino milenario.
- Visión del juicio final, y
- Visión de la Jerusalén triunfante.

Ahora, para nuestra exposición de estas clases, conviene dividir el Apocalipsis en tres partes. Hay que ocuparse primero de los Septenarios, después ocuparse del Anticristo que es como un punto central y después ocuparse de las últimas grandes visiones que son netamente eschatológicas, es decir, que sin ninguna duda refieren a los Últimos tiempos.

Los Septenarios.

Son series de siete que se suceden con esta peculiaridad: que

el profeta relata hasta el número seis y allí se detiene. El séptimo es siempre la Parusía. La marcha del Apocalipsis es más bien espiraloide, no es directa y tampoco es concéntrica. Es como un espiral; va avanzando lentamente con avances y retrocesos. El séptimo es siempre la Parusía. Vuelve atrás: a eso llaman *recapitulación* que es peculiar de este libro y así fue notado desde el principio por Tertuliano, Tyconio y San Agustín. Se puede decir que San Juan da seis pasos y al llegar al séptimo retrocede cinco.

Voy a poner seguido, el significado de los cuatro Septenarios en nuestra interpretación. Y digo “nuestra” y no mía porque es la de los Santos Padres.

Las Siete Iglesias es el primer Septenario. Son siete tramos del camino de la Iglesia hasta su final. Esta interpretación es opinable, o probable solamente, pues muchos la rechazan entre los protestantes y entre los modernos.

Los siete sellos, que es el segundo Septenario, vienen después. Representan el auge del cristianismo y su caída, en el tiempo negro. “*Kali-yuga*” que dicen los hindúes, es decir “el descenso”. Hay un ascenso y un descenso; un descenso muy largo próximo a la Parusía, el tiempo negro. Esta exégesis me parece indudable, por los Santos Padres y por el texto mismo. Hay cosas que ya son seguras en el Apocalipsis, y hay cosas que son probables, y hay cosas que son conjeturas. Les voy a indicar la calificación de cada cosa que diga.

Después vienen las siete trompetas o tubas. Según todos los Santos Padres, son herejías. Ellos las aplican a las herejías de su tiempo, o hasta su tiempo; y nosotros también. Pero en nuestro tiempo ya han surgido muchas otras herejías nuevas que no existían en tiempos de San Agustín. Esto es discutible: no que sean herejías, porque no pueden ser otra cosa, sino que por ejemplo, que la tercera sea el Cisma Griego, que la cuarta el Protestantismo, la sexta la herejía actual o modernismo.

Las últimas son las siete plagas, el último Septenario. Son castigos de Dios o calamidades de los últimos tiempos. Estas son muchas más riesgosas, excepto la primera que es segura.

Ahora, voy a ir viendo, uno por uno, los cuatro Septenarios con la interpretación que yo les di en mi libro sobre el Apocalipsis, que a veces es segura y a veces es probable, solamente discursiva, argumentativa.

El primero son las Siete Iglesias. Son siete cartas de alabanza, admonición y amenaza que el profeta dirige a siete iglesias del Asia: Éfeso, Esmyrna, Pérgamo, Thyatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Probablemente San Juan Evangelista era el Primado de esas siete iglesias, el Arzobispo digamos, porque él residió en Éfeso con la Santísima Virgen, a la cual acogió después de la muerte de Cristo; y murió en Éfeso, a los setenta y dos años, según dice la tradición. Ahora bien, estas cartas son símbolo profético de la historia total de la Iglesia en siete épocas, dicen intérpretes tan grandes como Alberto el Magno, Hozhauser y Billot, y muchos otros. Pero otros los contradicen acerbamente, como Ramsey, Swift y Alló. Las dos partes defienden su opinión con argumentos fuertes. No me voy a meter a dirimir su disputa, que cada uno abunde en su sentir. Personalmente prefiero la primera opinión, y expuse mis razones, y la aplicación a las siete épocas de la Iglesia en mi libro sobre el Apocalipsis.

Por ejemplo – les voy a leer el texto, por lo menos los primeros párrafos para que vean cómo se pueden aplicar a una época de la Iglesia. Por ejemplo, “*Al ángel de la Iglesia de Éfeso, escríbele*”—es la primera iglesia:

*“Esto dice
El que tiene las siete estrellas en su diestra
Y anda en medio de los siete candelabros
De oro.”*

Primero viene siempre una alabanza de Cristo, unos epítetos o cualidades de Cristo.

*“Sé tus obras y tu labor y tu paciencia
Y no puedes aguantar a los malos
Y probaste a los que se dicen Apóstoles
Sin serlo
Y los encontraste embusteros.
Y tienes paciencia
Y aguantaste por el nombre mío
Y no defeccionaste.”*

Esa es la alabanza, y después viene el reproche.

*Pero tengo contra ti algo:
Que la caridad tuya de antes has dejado
Ten memoria pues de donde surgiste
(El texto griego dice “de donde decaíste”)
Y conviértete
Y haz de nuevo tus primeras obras.
Si no, yo vengo contra ti
A trasladar tu antorcha de su lugar
Si acaso no te conviertes.
Pero tienes en tu pro esto
Que odias las obras de los Nicolaítas
Como yo las odio.”*

Este sería el primer tiempo de la Iglesia, antes de las persecuciones romanas, la Iglesia más bien judía y griega. Y con todas las cosas que le dice, las obras, toda su labor y su paciencia — porque fue riquísima en obras la Iglesia primera de todas — *“no puedes aguantar a los malos y probaste a los que se dicen ser Apóstoles”*, porque aparecieron falsos apóstoles como Simón el Mago, *“los encontraste embusteros. Y tienes paciencia”*, porque habían dejado los martirios ya, *“Aguantaste por el nombre mío y no defeccionaste. Pero tengo contra ti algo: Que la caridad tuya de antes has dejado”*. Se resfrió la caridad. Primero los fieles ponían todos sus bienes en conjunto para que sirviesen a la comunidad, a la Iglesia, y después empezaron a aflojar en esto — ya se ve en el episodio de Ananías y Safira — ya se ve que ya empezaron a trampear y a quedarse con los bienes, la caridad eximia y

heroica de los primeros cristianos defeccionó rápidamente. *“Ten memoria, pues, de dónde decaíste”* — se cayó nada menos que de Cristo, porque la Iglesia fue fundada por Cristo y los apóstoles — *“Conviértete, y haz de nuevo tus primeras obras; si no, yo vengo contra ti a trasladar tu antorcha de su lugar, si acaso no te conviertes”*. Cuando una época se corrompe, decae — una iglesia como dice acá — Cristo le avisa, la amenaza, y después retira el candelabro y lo lleva a otra época. Deja que se pierda. Eso ha pasado continuamente en la historia de la Iglesia. Se han perdido regiones enteras de la Cristiandad y ha surgido el candelabro en otra parte.

“Pero tienes en tu pro esto, que odias las obras de los Nicolaítas como yo las odio.” Aquí se refiere a una herejía, la primera herejía, del diácono Nicolás, nombrado diácono por San Pedro para distribuir las limosnas. Fundó una herejía muy curiosa y en seguida aparecen en las obras de San Juan Evangelista donde van a ver que existen los Nicolaítas. *“El que tenga oídos oiga lo que el Espíritu dice a la Iglesia. Al vencedor le daré de comer del Árbol de la Vida que está en el Paraíso de Dios”*. Al final siempre hay una promesa al que vence, es decir al residuo de los que se conservan buenos cuando una iglesia decae.

La segunda es de Esmyrna. Cada uno de los nombres de las iglesias los ha interpretado el Cardenal Billot y realmente parecen significar una época de la Iglesia. Esmyrna significa “mirra”. La mirra es una sustancia amarga y desinfectante que la usaban para embalsamar y curar heridas. Y ésta es la época de las grandes persecuciones. Comienza con la de Nerón. *“He aquí lo que dice el Primero y el Último, el que fue muerto y revivió”*. Es la alabanza de Cristo. Después dice: *“Conozco tu tribulación y tu miseria, pero tú eres rica; conozco la blasfemia de los que se autodicen judíos y no lo son, mas son la Sinagoga de Satanás”*. Las grandes persecuciones romanas fueron instigadas, atizadas por los judíos. Posiblemente la primera persecución fue producida por una judía querida de Nerón que se llamaba Popea, sin la

cual probablemente Nerón ni se hubiera enterado de esa secta de los cristianos. Los romanos al principio creían que era una secta judía.

“Mira, no temas lo que habrás de sufrir: he aquí que arrojará el diablo a muchos de vosotros en prisión para que sufráis”. La prisión para los romanos significaba la muerte porque las cárceles romanas no tenían esa gran invención moderna de la sensibilidad moderna de la cárcel perpetua. No. Se entraba a una cárcel para ir a la muerte o para salir al poco tiempo. No había prisiones perpetuas, ni de quince años, ni de ocho años. Había las minas, una cosa terrible, eso sí, pero prisión no había, de manera que dice *“os echarán a la prisión”* y significa *“os matarán”*. *“Y tendréis tribulación por diez días”* o sea, diez persecuciones, las diez persecuciones romanas, porque si hubieran tenido una tribulación de diez días es una cosa ridícula, no tiene ningún sentido, no se la puede llamar tribulación siquiera. *“Hazte fiel hasta la muerte”*, ahí aparece la muerte, *“y te daré la corona de la vida. El que tenga oídos que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. El victorioso no será alcanzado por la muerte, la Segunda”* — por lo tanto los otros iban a ser alcanzados por la muerte Primera, que es la muerte corporal, la Segunda es el infierno.

Y así sucesivamente uno puede ir aplicando lo que dice a cada una de las siete iglesias, que no hay tiempo, a cada uno de los períodos de la Iglesia, y al llegar al final uno no sabe si está en el último o penúltimo eslabón. Los primeros son relativamente fáciles, pero cuando uno va acercándose a los tiempos actuales, entonces es cuando se presentan grandes dificultades. Lo malo de estas exposiciones es que todos sus defensores han creído que la edad en que estaban viviendo era la última y se equivocaron; lo cual prueba cuán oscuro es el asunto. Excepto el abad Joaquín de Floris que opinó que su edad era la quinta.

La segunda parte de la Septena, o los Septenarios, es la de los siete sellos. Los cuatro primeros sellos dan cuenta de un

caballo que surge del libro — porque es un libro sellado que el Cordero le dio. Jesucristo abre personalmente este libro porque ningún otro lo podía abrir. Lloraban en el cielo porque ninguno podía abrir el libro éste — que es el libro de la Historia del Mundo, la profecía de lo que iba a pasar en el mundo. Entonces, el Cordero rompe los cuatro primeros sellos y surge un caballo gigantesco que se pierde en la lejanía: los cuatro caballos simbólicos. En esta interpretación tengo el apoyo de casi todos los Santos Padres, de manera que se puede dar por segura, porque lo que todos los Santos Padres dicen — y no durante un año o pocos años, sino siempre, en mucho tiempo — ésa es la Tradición de la Iglesia.

La Iglesia, como se sabe, tiene por fuentes de la Revelación, la Sagrada Escritura y la Tradición. La Tradición la rechazan los protestantes. Quieren la Escritura sola. Pero la Tradición entendida de esa manera — que no es cualquier transmisión de conocimientos, sino que es una opinión que unánimemente los Santos Padres, o casi unánimemente, durante mucho tiempo enseñan — ahí no puede fallar. Es como la Sagrada Escritura, porque Dios no permite que la Iglesia se equivoque en una cosa de doctrina y se equivocaría toda la Iglesia en ese caso. Por eso la Iglesia, como se sabe, ha definido la Infalibilidad del Papa, la Asunción de María, la Inmaculada Concepción, que no están en la Escritura. Están en la Tradición. Y están definidas como cosa de Fe, como cosa revelada por Dios, porque siempre y en todas partes y por todos — *“quod semper, quod ubique et ab ómnibus”* — es la regla de la Tradición, esas tres cosas han sido enseñadas, han sido practicadas.

El Caballo Blanco representaría la propagación y auge del Evangelio, o sea un período larguísimo. El Caballo Rojo, las grandes guerras que siguen a la caída de la Cristiandad. El Caballo Negro representa la carestía, hambre y miseria. El Bayo o color cadáver, la última persecución de la Iglesia, junto con todas las otras calamidades de los otros caballos. Si leen el texto verán que es muy aparente. Después del Cuarto Caballo, el pálido o cadavérico, los dos sellos que siguen

apuntan claramente a la Parusía y el Séptimo liberta las Siete Tubas, o trompetas, o sea el tercer Septenario. La Quinta Tuba son los mártires que claman a Dios venganza desde debajo del altar y la Sexta es un gran terremoto, un gran clamor, que sacude los cielos, o sea, en la proximidad de la Parusía. Y la Séptima — ahí retrocede San Juan, en vez de decir la Séptima es la Parusía, vuelve atrás y aparecen las Siete Tubas o Siete Trompetas.

Los Santos Padres en su gran mayoría dicen que el Caballo Blanco representa la difusión del cristianismo, aporte que hizo por medio del dominio de la monarquía cristiana que duró diez siglos, o doce siglos en Europa. Sobre el Caballo Blanco se sienta un monarca, un monarca victorioso, “doblemente victorioso” o “siempre victorioso” — “sale vencedor y a vencer” dice el texto — y lleva en la mano un arco que alcanza lejos. Y la monarquía cristiana alcanzó “lejos”, porque llevó el Evangelio a Asia, a África y sobre todo a América. En otro lugar hay un caballo blanco sobre el cual cabalga Cristo; por eso los Santos Padres dicen que representa la propagación y el auge del cristianismo. Y eso se hizo por medio de la monarquía cristiana: los reyes cristianos creían tener autoridad de Dios y, aunque fuesen malos a veces, creían que su misión era defender la Iglesia y defender el Evangelio. Hasta que cayó la monarquía cristiana a fin del 1700 con la decapitación de Luis XVI por la Revolución Francesa. No solamente los reyes de la Cristiandad, mas aun los pueblos cristianos se tenían por misioneros. “Rey por la gracia de Dios” se llamaban los reyes y los pueblos se tenían por obligados a propagar la Gloria de Dios. En nuestros días todavía existe una copla popular española soldadesca, de los soldados, que dice:

*Soldadito soy del rey
Y por el honor suspiro
Y si muero en la batalla,
Sepan que he muerto por Cristo.*

Dura todavía cuando ya mueren por Cristo.

Esta interpretación del Corcel Blanco es, como dije, común entre los exégetas, por eso yo la doy como segura a esta interpretación de los cuatro caballos. Los dos caballos siguientes son símbolos suscitados en la Escritura de la guerra y la carestía al caer la Cristiandad Europea que duró doce o diez siglos, desde Constantino hasta la Revolución Francesa. Algunos dicen que duró desde que San Remigio bautizó a Clodoveo y lo hizo Rey de Francia hasta que los ingleses le cortaron la cabeza a Carlos I, que fue el precedente de la Revolución Francesa. Dicen que ése es el tiempo de la Cristiandad. Es lo mismo, más o menos, diez o doce siglos. Mucho tiempo duró en Europa la Cristiandad. Las guerras adquirieron mucha más extensión, ferocidad y continuidad y la secuencia de la guerra es la escasez y el hambre, como vemos incluso hoy día. Nunca ha habido tanta hambre en el mundo como después de esas dos Grandes Guerras que hemos tenido, que hemos visto.

El Quinto Sello muestra a los mártires, debajo del Altar, que claman a Dios venganza. Porque los enterraban debajo los altares a los mártires, de tal manera que aún ahora no se puede decir misa si uno no tiene el ara donde hay reliquias de santos o de mártires. De manera que el profeta ve a los mártires debajo del Altar pidiéndole a Dios que vindique la sangre que han derramado y Dios les dice que esperen hasta que se cumpla el número de sus compañeros que tienen que morir todavía — en el final

En el Sexto se produce un gran terremoto, clamor y perturbaciones en el cielo y un gran pavor en el mundo. *“Porque ha llegado el Día Grande de Su Ira ¿y quién podrá sostenerse?”* dice el texto. La regla de siempre: que al llegar a la Parusía, retrocede. Porque al Séptimo no lo dice. No dice el Séptimo Sello. Vuelve atrás y empieza con el Septenario siguiente, el tercero, que son las Tubas, las trompetas.

De modo que en nuestra interpretación los sellos cubren toda la historia, desde el Cristianismo hasta la Parusía. Mas el Séptimo Sello produce en el cielo un rato de silencio y

después aparecen siete ángeles con siete tubas, Tercer Septenario. No es fácil decir qué significa esta media hora de silencio. Puede ser un breve período de paz y prosperidad antes de la catástrofe. Treinta años, puede ser una generación; pero no se sabe bien lo que significa esa media hora de silencio misteriosa que se produce en el cielo antes de la Parusía.

Las Siete Tubas están divididas en 4 + 3. Lo mismo que las otras dos septenas anteriores (las Plagas en cambio están divididas en 5 + 2). Las cuatro primeras Tubas o Trompetas, literalmente tomadas son catástrofes tan tremendas que no quedaría un hombre vivo sobre la tierra desde la primera de ellas. “Tuba” es un instrumento músico que es una palabra castellana, latina, pero se usa en música y que es una trompeta muy larga y delgada con una boca en la punta que usaba el ejército romano. De donde no se puede interpretar en literal crudo. Por ejemplo, la primera vez que cae granizo con fuego mezclado con sangre sobre la tierra y devasta la tercera parte de la tierra. Literal crudo: no se puede interpretar que eso suceda así, crudamente, deben tener otro significado simbólico. San Agustín dice que hay que interpretar literalmente la Escritura, menos cuando no se puede. “Literal crudo”, sería por ejemplo si en el Génesis donde dice que Dios les hizo vestidos de pieles a Adán y Eva, interpretásemos que Dios agarró una tijera y una aguja y les cosió el vestido a Adán y Eva. No se puede interpretar así. Entonces hay que interpretar que Dios los inspiró o les enseñó a matar animales, sacarles las pieles y hacerse vestidos. De manera que en el Apocalipsis hay que interpretar literalmente mientras se pueda. Cuando no se puede, hay que decir: “es un símbolo”. Y hay muchísimos símbolos. Lo que no hay que interpretar es alegóricamente. Ya el Papa Pío XII dijo “no interpreten alegóricamente la Escritura”. Alegóricamente uno puede interpretar lo que quiera; de cualquier cosa puede decir cualquier otra cosa, como dice San Basilio.

¿Qué son estas trompetas? Los Santos Padres dicen que son

herejías, las cuales producen las variaciones de las épocas en la historia, como si dijeran los cambios de frente, así como las trompetas producen las variaciones de los ejércitos. Por medio de las trompetas se hace cambiar de frente a un batallón, por ejemplo. Y esos son cambios de frente; todos los cambios de frente de la historia, que los clasifican en historia contemporánea, media, antigua, actual, todo eso, son originados por una herejía. La Religión preside todos los movimientos de la humanidad, de manera que las herejías son las que hacen cambiar de marcha a la humanidad.

Así pues yo tomé la historia de las herejías por Hilaire Belloc y la apliqué a estas grandes calamidades y concuerda bastante bien. La primera Tuba, que anuncia granizo con fuego mezclado con sangre que cae sobre la tierra, sería el Arrianismo con las invasiones de los Bárbaros. Destruyeron cosechas, mataron muchísima gente los bárbaros – una cosa increíble – cuando el Imperio Romano no podía contenerlos ya. Solamente cambié algo en Belloc. Él pone la herejía de los Albigenses. Yo lo cambié y puse en su lugar el Cisma Ruso, porque los Albigenses no fueron propiamente una herejía, fueron una especie de movimiento de rebelión social y política parecido al comunismo actual; muy parecido al comunismo actual. De manera que no tomaban el dogma de la Iglesia y cambiaban uno de los artículos, por ejemplo la divinidad de Cristo y enseñaban “eso no”. A rajatabla cambiaban y destruían todo el dogma de la Iglesia, diciendo que había dos dioses, uno del bien y otro del mal, que luchaban entre sí, y que los cuerpos los había hecho el dios del mal, o sea el demonio y que las almas las había hecho Dios y que por eso sacaban una cantidad de conclusiones increíbles y horrendas de esa doctrina: condenaban el matrimonio, condenaban comer carne y una cantidad de cosas así.

La Segunda que es un monte ardiente que cae en el mar sería el Mahometismo. El Mahometismo inmediatamente que nació empezó a hostigar en el Mar Mediterráneo a los pueblos cristianos. Fue una calamidad para la tercera parte

de los pueblos cristianos. Cada una de estas calamidades afecta a la tercera parte de los hombres, dice el Profeta.

La Tercera, que es una gran estrella del cielo que cayó en los ríos, sería el Cisma Griego. “Envenenó los ríos” porque el Cisma envenenó los ríos pero no quitó el dogma católico en nada. No modificó nada del Dogma Católico, de manera que no es teología, pero envenenó al pueblo ruso. Habiéndose separado de la obediencia de Occidente empezó a crecer una religión supersticiosa, llena de supersticiones, llena de abyección y sumisión al Zar, de manera que dice el Profeta que los ríos envenenados no mataban, pero producían enfermedades a los que tomaban agua de allí.

La cuarta que es oscurecerse el sol, la luna y las estrellas en su tercera parte, sería el Protestantismo. Este sí que oscureció la doctrina. El sol significa la doctrina en la Sagrada Escritura, las estrellas significan los grandes doctores: el profeta Daniel explícitamente llama a los doctores estrellas del cielo. Cayeron una gran cantidad de doctores. Fundaron el protestantismo grandes doctores; teólogos como Lutero, Zwinglio, Calvino, Melanchton y Knox en Inglaterra — eran doctores, eran estrellas — cayeron a la tierra y oscurecieron el sol.

Estas cuatro calamidades afectan la tercera parte de la tierra, el mar, los ríos y el cielo. Producen grandísimas destrucciones y muerte, mas las tres tubas que siguen se llaman los tres “¡Ayes!”. “*Ay, ay, ay, de los habitantes de la tierra*” (Apoc. VIII:13). Son las figuraciones del fin, son universales, los anteriores han sido parciales, la tercera parte.

La Quinta Tuba. Es la plaga de las langostas que surgen del abismo. El ángel del abismo abrió una especie de gran cobertura y del abismo surgieron unas langostas monstruosas. Yo puse que representan la herejía llamada Iluminismo o Enciclopedismo, que viene después del Protestantismo — siglos XVIII y XIX — inspirada por el

Protestantismo, ciertamente.

Las langostas del abismo tienen una facha monstruosa, que no se puede pintar, pero cada uno de sus rasgos, rostros de hombre, cabellos de mujer, corona de oro falsificado en las cabezas, dientes de león, corazas como de hierro, unidos como un escuadrón de tanques (o sea de carros de guerra como los de los antiguos), cola de escorpión, pincho para dañar a los hombres durante cinco meses. Cada uno de estos rasgos se puede interpretar bien de la falange de impíos, encabezados por Voltaire, que justamente en Francia lo llamaban el rey Voltaire, “*le roi Voltaire*”.

Estas langostas tienen coronas en la cabeza: el inmenso prestigio que empezó a dar la literatura a los que se dedicaban a la literatura en ese tiempo. Se llamaron “filósofos” y atronaron el mundo desde antes de la Revolución Francesa de la cual fueron causa en parte hasta nuestros días. ¿Y cuánto duró el predominio de esta herejía? El mismo tiempo que duró la libertad de prensa, porque los diarios son las alas de estas langostas. ¿Y cuánto duró la libertad de prensa? Desde la Revolución Francesa hasta la Gran Guerra Segunda, 150 años. “Podrán atormentar a los hombres cinco meses de años”, o sea 150 años.

Los hebreos no tenían esa designación latina de siglo y medio siglo (*sesqui seculum y seculum*), 50 y 100 años. Para decir “muchos años” usaban la semana, o el mes, o el día. Por ejemplo, las setenta semanas de Daniel son setenta semanas de años, como se ve claramente. O bien a los años les decían un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, como dice el Apocalipsis y también Daniel.

De manera que aquí “quince meses”, atormentar a los hombres durante quince meses, es muy poco tiempo. Deben ser quince meses de años. 5 por 30; 150 años. Y este es el tiempo que duró la libertad de prensa. Y la prensa representa las alas de estas langostas porque las lleva por todo el mundo; porque ésta es una plaga total, es una catástrofe de

todo el mundo, no de una tercera parte del mundo. 1789-1939 son 150 años justos.

La Revolución Francesa libertó la prensa, decretó la libertad de prensa. Antes de eso no había libertad de prensa y ustedes saben las tribulaciones que pasó Voltaire que tuvo que refugiarse en Suiza porque lo perseguía la justicia del Rey por las obras que escribía. Se refugió en Suiza, en Ferney. Rousseau anduvo vagando por toda Francia hospedado por los nobles amigos de él, porque también lo perseguían. En Ginebra, que era su patria, lo desterraron y lo condenaron a muerte por un libro de él, de manera que no había libertad de prensa. Después de la Revolución Francesa pudo dedicarse a lo suyo. Pero después de esta Guerra última, ¡se acabó la libertad de prensa! Hoy día no hay libertad de prensa. Son cuentos. Ningún diario tiene libertad hoy día. Los grandes diarios dependen del capitalismo, dependen de los avisos, dependen de los capitales, préstamos y todas esas cosas y los diarios chicos en cuanto se descuidan el gobierno los prohíbe, los cierra, porque los gobiernos ... – ¡idéjense de cuentos! – cuando un diario realmente molesta al gobierno, lo corta simplemente, como cortó acá dos o tres “*Tía Vicenta*” (risas). Se acabó la libertad de prensa cuando empezó la Guerra Mundial Segunda con la tremenda censura que hicieron todos los gobiernos y que ha continuado solapadamente hasta nuestros días.

Pueden reírse de esto, pero si las tubas representan herejías, ésta no puede ser otra herejía. Y según los Santos Padres representan a las herejías y no se ve qué otra cosa podría representar. San Agustín las interpretó como herejías así y nombró las herejías de su tiempo. Añadamos que Lacunza juzgó que esta herejía – el filosofismo, o el enciclopedismo, o iluminismo, o deísmo, como quieran – que había en su tiempo, era el comienzo de la religión del Anticristo. Lacunza, en medio de cosas simplistas o extravagantes, tiene notables intuiciones.

La Séptima Tuba significa literalmente la Parusía... ¿Por qué

hace esto San Juan? ¿Por qué retrocede antes de la Parusía? Me parece que es porque el tema principal de su libro y el foco de su profecía es la Parusía. Entonces él toma un aspecto de la historia de la religión y lo va prosiguiendo hasta llegar al fin y entonces allí corta, porque hay otros aspectos. Él ilumina alrededor de la Parusía. Ilumina los aspectos que llevan a ella como si dijéramos por facetas. Si no, se liquidaría enseguida la profecía. Si fuera a seguir los siete sellos hasta el fin, pondría las grandes visiones del Anticristo y con eso se acabaría en un momento la profecía y quedarían sin ilustrar muchas otras cosas que acompañan a los Siete Sellos.

Antes de la Séptima Tuba que significa literalmente la Parusía, la Sexta Tuba pronuncia algo todavía más monstruoso que las langostas: hay una guerra mundial, movida por los reyes del oriente, con un ejército de 200 millones de soldados, armados de un modo que realmente recuerdan los ejércitos actuales, principalmente los carros de guerra o tanques artillados. Y el profeta dice que es un ejército ecuestre, es decir montado, no es infantería. Carlos de Gaulle en tres libros que escribió sobre la guerra moderna dictaminó que las próximas guerras serían motorizadas, una nueva especie de caballería, que son los caballos de acero que uno ve en la actualidad. La infantería va a servir para ocupar territorio ya ganado al enemigo pero no va a servir para dar batalla o para hacer trincheras. Eso se acabó: ahora son los tanques los que van a decidir las guerras.

Los intérpretes antiguos no daban pie con bola aquí. Un ejército de 200 millones era un imposible y un moderno, el pasmarote de Ernesto Alló, dice que son todos los demonios del infierno (risas). No hay que confundir este Ernesto Alló con Ernesto Hello que es un gran escritor católico francés. Alló es un dominico que escribió un comentario del Apocalipsis, muy malo me parece a mí, que lo voy a tener que citar muchas veces porque es autorizadisímo, lleno de erudición, y él al llegar aquí dice que son los demonios del infierno. Pero nosotros sabemos más: un ejército de 200

millones no es imposible. La China sola puede hoy reclutarlo. Y su armamento que parece fantástico, “caballos con armaduras ígneas y sulfúreas color acero y las cabezas y las colas arrojan fuego, humo y azufre” recuerdan singularmente los modernos tanques de guerra. La Séptima Tuba, como dije, habla directamente de la Parusía sin género de duda.

El último Septenario son las Siete Fialas o bocales de la ira de Dios. “*Fiala*”, en latín significa un frasco de boca ancha, de cuello estrecho, con asa o sin asa. De manera que yo en mi libro puse mal, puse redoma o vaso. Redoma no es. La redoma es otra cosa, es una especie de alambique y “vaso”. Es demasiado general. La traducción exacta es “bocal”, con “b” larga que no usamos nosotros mucho. Los siete bocales de la ira de Dios, están puestos después de la pintura del Anticristo y San Juan los llama, los últimos castigos. Es fácil de ver que se trata de castigos de Dios a los incrédulos y pecadores, pero no es fácil determinar en qué consisten concretamente.

El primero ha sido interpretado por los Santos Padres, los demás no. El primero es la sífilis. El profeta dice “una llaga fiera y vergonzosa en los hombres que han cedido al Anticristo”, o “que han tomado la marca del Anticristo”. Los autores traducen diferentemente esto, pero hay muchos Santos Padres que han visto en estas llagas una relación con el sexo, yo no sé por qué. Otros han dicho que eran hemorroides. La sífilis no la conocían los antiguos, no era endémica como entre nosotros, no sabían que era una enfermedad especial, no sabían el origen, no sabían la causa. De manera que algunos Santos Padres dicen que van a ser tumores y otros decían que serán hemorroides. El latín dice “*foedum et pessimus*”, es decir, una enfermedad horrible y pésima y el texto griego dice “*kako kai oponeron*”, es decir, maligno y doloroso, una enfermedad maligna y dolorosa.

Las otras llagas, las otras fialas, las he fijado yo con poca ayuda de la tradición, fijándome en los grandes males que

aquejan al mundo de hoy por culpa de los hombres mismos, pues los castigos de Dios suelen ser las consecuencias de los desórdenes humanos, pues Dios no anda con un palo o con un cuchillo matando a los que lo desobedecen. Es el orden moral – sobre el cual está sólidamente fundada la tierra – el que castiga, automáticamente a veces, a sus transgresores.

Enumeraré simplemente lo que parecen representar estas calamidades monstruosas antes de la Guerra de los Continentes, porque después de este Septenario el profeta vuelve, en la Sexta Fiala, sobre la Guerra de los Continentes de la cual ya ha hablado en la Sexta Tuba. La primera ya está dicha: la enfermedad venérea.

Segunda Fiala: el mar se vuelve sangre muerta. *“El Ángel volcó su bocal en el mar, y se volvió sangre como de un muerto”* dice el texto. Es la descompostura de las relaciones internacionales. Lo que dijo Cristo: *“se levantará nación contra nación y se tendrán odio mutuamente”*. En efecto el mar, por medio del comercio, es el soporte de las relaciones entre naciones apartadas —después de inventados los barcos, el mar no separa las naciones sino que las une. Por medio del comercio se propagó la civilización en todo el Mediterráneo y después, más allá. Ahora es el aire, diríamos; pero en ese tiempo era el mar el que unía a las naciones. De manera que envenenarse o volverse sangre el mar, puede querer decir que las relaciones internacionales se van a ensangrentar.

Tercero. *Los ríos y las fuentes se volvieron sangre*: es el envenenamiento de las fuentes de la cultura. En esto coincidimos con varios exégetas protestantes. Anteayer salió la noticia de que el Rin había sido envenenado por un insecticida. ¿Es eso? No. No es eso, aunque podía ser una figura de la tercera plaga. No es eso porque eso no afecta a todo el mundo, ni dura mucho. Ahora, los ríos y las fuentes para los antiguos eran figura de la cultura, porque todos tienen que tomar de eso. La fuente Castalia para los Griegos era la inspiradora de la poesía, el río Helikón era el inspirador de la filosofía, de manera que estamos hoy día

viendo cómo se envenena la cultura, porque se está volviendo parecida a lo que decía Tácito en tiempo de la corrupción del Imperio Romano: “corromper y ser corrompido, a eso llaman cultura”.

Cuarto, *“el sol aflige a los hombres con fuego y calor excesivo”*. Es la tortura de la llamada “Ciencia”, o sea la técnica, pues es sabido que del sol proceden todas las fuerzas que usan actualmente los aprendices de brujo, para ir a la luna por un lado, y para matar hombres, por otro. Y para tener al mundo atormentado. Hoy salió en el diario que la televisión en colores, en Norteamérica, difunde unas radiaciones que hacen daño a la salud, de manera que tres millones de televisores de los quince millones que hay en Norteamérica los tienen que desechar – los tienen que romper y comprar otro, o mandarlo a la fábrica a que les manden otro, que se lo cambien – de manera que eso es atormentar a la gente porque ahora con el susto que se habrán llevado todos y el miedo que van a tener cuando vean televisión de que no les mande nuevas radiaciones venenosas.

La Quinta, *“la sede de la Bestia se volvió tenebrosa”*. Aquí tropezamos con una gran autoridad: Santo Tomás. Dice que la sede de la bestia es el poder político y que el poder político anda hoy en medio de tinieblas no me parece muy difícil de creer. Los políticos no saben solucionar nada, solamente prometer, y los problemas del mundo se han vuelto más que insolubles, se han vuelto inabarcables para la mente humana. Están en tinieblas los políticos y *“se muerden la lengua de desesperación”* dice el profeta. Aunque los políticos nuestros, al revés de morderse la lengua, la sueltan, porque empiezan a hablar, hablar, hablar ... (risas).

La Sexta: *el Ángel vuelca su bocal en el gran río Éufrates y lo seca para abrir camino a los reyes del Oriente*. Me parece enteramente transparente este símbolo. El Éufrates era el límite que dividía al Oriente bárbaro del Imperio Romano, por tanto “Éufrates” aquí representa una gran barrera que antes defendía a Europa del Asia; o sea, de lo que el Kaiser

Guillermo II llamó “el peligro amarillo”. Solovief, en 1900, vio esto mismo, como veremos más adelante.

Los diarios están repletos de noticias sobre la intranquilidad del mundo. Quien lleva la batuta de esta intranquilidad es el Oriente: China, el comunismo, Rusia, el Vietnam. Antes de la Gran Guerra de Oriente contra Occidente el profeta dice una cosa chusca: ¿se llevará a cabo esta guerra o se prepararán solamente los hombres para ella? No se sabe. Parecería que se llevaría a cabo, pero un gran intérprete que es el novelista inglés Roberto Hugo Benson – del cual ya les hablé – dijo que no, dijo que iba a ser inminente una Gran Guerra del Oriente contra Occidente – con explosivos en los cuales él ya “olió” la bomba atómica en el año 1900 – y que la iba a parar el Anticristo y que por eso lo iban a hacer rey del mundo, o señor del mundo. No sabemos; aunque me parece que el Apocalipsis dice más bien que se va a llevar a cabo la guerra.

Antes de la guerra ésa, aparecen tres ranas que salen de la boca del Dragón, de la Bestia y del Pseudoprofeta. O sea *tres espíritus inmundos al modo de ranas*, dicen las traducciones. Algunas traducciones dicen salen tres demonios de la boca del demonio, porque el Dragón es el demonio, y del Anticristo y del Pseudoprofeta. Es absurdo que de la boca del demonio salga un demonio. No dice “el demonio” la Sagrada Escritura, dice “espíritus sucios” o “inmundos” y la palabra “*spiritus*” en latín y la palabra “*pneuma*” en griego, significa “soplo” primeramente. De manera que son tres soplos sucios o inmundos que salen de la boca — uno del diablo, otro del Anticristo y otro del Pseudoprofeta. De tal manera que una Biblia protestante que tengo, la de los Testigos de Jehová, traducen “*spiritus*” por “expresiones”, salieron tres expresiones sucias, dice, o sea tres ideologías, falsas. Y ¿cuáles son las tres ideologías falsas que hoy preparan la guerra?: son el liberalismo, el comunismo y el modernismo, digo yo. San Agustín puso que eran las tres herejías de su tiempo, los maniqueos, los donatistas y los pelagianos — pues naturalmente San Agustín no era profeta, ni yo tampoco. Él se equivocó, me parece, pero yo no me podría equivocar — no

podrían venir, después de estas tres que hay ahora, unas herejías más malas todavía que esas... No hay, no puede ser, rotundamente no.

Cuando irrumpió el protestantismo, el Cardenal Belarmino dijo que no podía darse una herejía más completa, pues negando la autoridad de la Iglesia y poniéndola en el libre examen de la Escritura abría la puerta a “todos los dolores”, como de hecho pasó. Actualmente, ese Consejo Mundial de las Iglesias al cual quieren que entre el Papa Pío VI, son 234 Iglesias diferentes sacadas por el libre examen de la Biblia, todas dicen que responden a la Biblia. De manera que sobran 233 porque Jesucristo fundó una sola Iglesia (risas). ¿Para qué quieren una más que vaya el Papa y entre ahí con todas esas recuas de herejes?

Pero la herejía actual es más total, porque no solo niega obediencia a la Iglesia sino que niega y anula la Sagrada Escritura. Están falsificando todo de la manera más cínica. Y niegan hasta la razón, por lo cual Belloc los llama *alogos* – no-razón – es la herejía de la sinrazón. Belloc y Ronald Knox, que es un notable publicista y escritor inglés, se han burlado de lo que llaman ellos “la mente moderna”; la mente debilitada y amediada de los hombres de hoy que no discurren fuertemente con la razón. Todo lo que les dicen los diarios lo aceptan. Cualquier cosa, con tal que tenga la autoridad del negro sobre blanco en que está impresa, ya es aceptada, diga lo que diga. El P. Knox llama a esa mentalidad “mentalidad de *broadcasting*”. Pero lo más notable es que él, esos artículos que escribió contra esa mentalidad, haciendo caricaturas de esa mentalidad, los propaló por radio (risas).

No parece que sea posible una herejía que destruya la Sagrada Escritura, que destruya incluso la razón, que destruya a la Iglesia y a la Fe en la Iglesia.

Todas estas visiones principales están interrumpidas por visiones menores, como la medición y profanación del

Templo y varias visiones de la Gloria de Dios en el cielo donde le cantan alabanzas y gratitud los “cuatro animales”, o sea cuatros seres vivientes. Porque también aquí las Biblias empezaron por traducir “animales” y después se dieron cuenta de que *zoon* en griego significa cualquier ser viviente. Los 24 ancianos, los ángeles y los innumerables Elegidos o soldados que cantan su Aleluya, o sea su alegría, y es lo que nuestro gran Borges llama “júbilos feroces”. Y ciertamente lo son para los que no van a participar de ellos, más van a ir a otra parte que ésa sí será feroz; pero no será culpa de Dios sino de ellos. Lo que cantan los celícolas es el cántico de Moisés después de pasado el Mar Rojo, el cántico de la Salvación: *“Canta el divino cántico de la liberación, tienes el don ansiado, tienes el sumo don, canta el divino cántico de la liberación.”*

Antes de los Siete Flagelos el vidente de Patmos pone la aparición del Anticristo, o sea de la trinidad diabólica – el Dragon, la Bestia del Mar y la Bestia de la Tierra – o sea pone a las dos bestias, a las dos fieras, porque la palabra griega *telion* significa “fiera” pero el uso ha convertido a esta palabra en “bestia”, que también está bien. De la cual hablaremos más adelante, lo mismo que de la Mujer Águila y de la Batalla de Armagedón.

Aquí añadiré algo solamente acerca de la Gran Ramera que los ingleses llaman “la Prostituta Escarlata”, y exactamente pues en realidad la bestia primera que ella cabalga es escarlata, mas ella está vestida de blanco, vestida de lino fino, aunque adornada de púrpura y de piedras preciosas. La Gran Ramera es Roma, dicen triunfantes los protestantes; no todos. Porque el ángel mismo le dice a San Juan que la mujer impía representa una gran ciudad que está sobre siete colinas, como Roma. Pero la cuestión es que el ángel, después, explica al profeta que las siete colinas representan siete reinos.

Anteriormente dije que esta mala mujer representa al capitalismo, pero no solamente al capitalismo sino también a

una religión falsa y abominable nacida bajo las alas del capitalismo; sea una nueva religión, sea el mismo cristianismo adulterado como interpreta Lacunza, y por eso le prohibieron el libro. Que la Roma pagana que San Juan tenía ante los ojos haya sido el modelo de esta pintura es más que probable; pero que la pobre Roma actual sea eso es un disparate. Que una futura Roma potente y corrompida sea al Fin del Siglo la capital del Anticristo es cosa que muchos dicen y yo no creo. Me parece que la capital del Anticristo será Jerusalén.

¿De dónde sacamos esto? Está claro en el texto. El profeta describe a la ramera como un gran emporio comercial, por cierto un puerto de mar que domina en el mundo entero, que gobierna el comercio internacional, que enriquece a los que la sirven, que se gloria de que ni Dios le puede hacer nada, y que anda borracha de la sangre de los mártires y ofrece a todas las gentes el vino de la ira de su fornicación, como dice el profeta con una metáfora rara que evidentemente designa una corrupción religiosa. “Pues en ella se halló la sangre de los mártires y los santos que fueron muertos en la tierra”, prosigue el profeta. Es decir que ha heredado toda la responsabilidad de todos los que han sido degollados por Cristo.

El Cardenal Newman dice que puede ser una Roma futura o también varias grandes ciudades capitalistas como Londres, Nueva York, (...) y Buenos Aires, puerto de mar. O bien simplemente un símbolo del sistema capitalista dondequiera que se asiente. El caso es que el profeta la pinta como comerciando con toda clase de mercaderías, incluso el trigo, esclavos y “almas de hombre”. Como llamaban los rusos a los esclavos: “almas”. Y el profeta enumera toda clase de mercaderías: piedras preciosas, cosas de lujo, de todas clases de lujo. “Y gobernando capitanes y dueños de navíos” – por eso parece que es un puerto de mar – “que ponen el grito en el cielo cuando la ven caer y caerá y será incendiada en una hora”, dice tres veces el texto. Lo cual no era posible antes pero es posible ahora con la bomba atómica. En un lugar

dice “en un día” y en otras tres partes dice “destruida en una hora”.

Me dirán que los estoy cargando con prodigios atroces, como dicta Borges. Pero esos “prodigios atroces” no los crea Dios, creador de la Natura, sino los técnicos actuales contra-natura, guiados quizás por el diablo.

Una vez se presentó ante el trono de Dios una delegación de la ONU o como se llame, presidida por un santo a quejarse de las guerras, de los rumores de guerra, de las tiranías, principalmente la de Franco, de las matanzas, de la escasez, de las sediciones y revoluciones de la América Latina, de la confusión política, etc. Y después Dios les preguntó: “¿No les gustan esas cosas?” – “¡No!” gritaron ellos – “Pues entonces,” dijo Dios, “si no les gustan, no las hagan” (risas). Es que todos los males del mundo los hacen los hombres. Hay un terremoto por aquí y un volcán por allá, pero eso no es nada al lado de todos los desastres que inventan los hombres.

Aquí en el Capítulo XVIII, de la caída de Babilonia, hay un lío que aun no se ha resuelto satisfactoriamente. La mujer está montada sobre la Bestia pero no se sabe si la está oprimiendo, o no. Si va de buena voluntad la Bestia – que es el Anticristo –, o no. Un exégeta extranjero que está aquí en Buenos Aires, que no quiere que diga su nombre, ha opinado que la Bestia es el comunismo y que la mujer capitalista lo está oprimiendo, hasta que se levanta el comunismo enfurecido y la destruye.

Después, la Bestia tiene siete cabezas y diez cuernos y el ángel que adoctrina a San Juan le dice que son siete imperios y diez reyes. Estos diez reyes le darán todas sus fuerzas a la Bestia y odiarán a la forneguera y la destruirán por fuego. Pero resulta que a todo esto la Bestia, o sea el Anticristo, vence a tres reyes y los demás se le someten (en dos diferentes momentos del tiempo tiene que ser). Y resulta que la Bestia es uno de los siete imperios, de las siete cabezas, y

se vuelve el octavo a fin de dejar de ser de los siete, y es herido de muerte y después revive con lo cual el mundo todo la acepta y venera a causa de su resurrección.

La solución más probable de este lío es que el Anticristo restaurará el Imperio Romano, que era el último de los siete y así será octavo y séptimo a la vez, y estaba muerto y revivió. Ésta es opinión común de los Santos Padres.

Como ven, no parece que estemos muy cerca de eso. ¿O sí? Hoy día hay un movimiento muy fuerte: los *One Worlders*, o “mundiunistas”, que propicia la restauración del Imperio de Augusto y de Nerón en forma de una confederación mundial. Sin Jesucristo.

Cuando uno fabrica un sistema de interpretación cualquiera del Apocalipsis en seguida parece convincente porque es tan grande la incoherencia de sus visiones que cualquier orden que se ponga en ellas, entusiasmo – dijo el cardenal Newman – pero en cuanto uno se pone a analizarlo, se le desmorona. Sin embargo, el mismo Newman propuso un sistema suyo. No hay más remedio que ordenar de alguna manera las visiones.

Aquí hay una pregunta que se me ha hecho: ¿Por qué Dios tiene que hacer morir al mundo de esa manera atroz? ¿No podría matarlo con pastillas? (murmillos) Yo pregunto a mi vez: ¿Por qué Dios tuvo que hacer pasar a su Hijo humanado por la Pasión y la Crucifixión? ¿No podía hacerlo morir en la cama? Por qué; no lo sabemos. La cuestión es que resultó necesario, tanto para Jesucristo como para su Cuerpo Místico, a través de grandes tribulaciones llegar a la Resurrección. Él mismo se lo dijo a los de Emaús: que convenía no haber visto la Escritura, que convenía que el Hijo de pasara por muchas tribulaciones antes de llegar a su Reino. La razón puede ser ésta: hay maldad en la tierra. Dios no puede suprimir la maldad sobre la tierra sin suprimir el albedrío del hombre, lo cual no va a hacer. Y menos la obstinada maldad del diablo que apoya a la maldad humana.

Daniel profeta dice que la maldad irá creciendo, lo mismo que la santidad, hasta el fin del mundo. Y eso lo repite San Juan Apokaleta. Y ése es el verdadero progreso que hay en el mundo; un progreso a dos puntas: progresa la maldad y progresa la bondad hasta el fin del mundo.

Desde que empezó el mundo el hombre ha derramado sangre. Caín y Nemrod, hijo de Caín, hasta Stalin y los actuales estalinistas por ejemplo. Esa sangre clama al cielo como la de Abel y los mismos santos del cielo le piden a Dios que la vengue y la vindicta de Dios no consiste sino en dejar que los perversos “perverseen” y se embromen cada vez más. Dios no va a matar al mundo sino que el mundo se va a suicidar. Aunque al final del Apocalipsis aparece Cristo en un caballo blanco con una gran chuchilla en la boca y seguido de ejércitos aliados, Cristo no necesita venir a pelear a facón con Borges y con Cortázar (risas), ni con el Anticristo, el cual ya ha nacido el año 1966 según dice un astrólogo conocido mío, Solari Parravicini (risas). Dice que nació en Julio de 1966, así que 666 la cifra del Anticristo, ahora tendrá unos cinco o seis años. Está por ahí, escondido. Parravicini hace profecías por medio de dibujos. El otro día el Padre Lorenzetti, que vino acá a oír mi conferencia, dio una conferencia sobre las profecías de Parravicini y el Apocalipsis. Yo quería ir pero no pude; me tocó a esa hora ir a otra parte. Yo no sé. Son notables; yo he visto los dibujos esos. Son notables, si es verdad que los ha hecho en la fecha que ponen ahí abajo; pues entonces ha anticipado muchas cosas que después sucedieron. Pero los dibujos se publican ahora, ¿cómo estamos seguros que ese dibujo lo hizo en 1942 o 1917? No sabemos. Pero son notables. Por lo menos son buenos dibujos (risas).

Cristo tumbará al Anticristo con un soplo de su boca, es decir con una palabra como dice San Pablo; la espada es un mero símbolo en esa visión de San Juan en que aparece con la espada en la boca. Aquí se puede preguntar y se me ha preguntado: ¿entonces usted cree que la Parusía está próxima y estamos en los prolegómenos? Yo no lo sé. Podría

ser ese silencio de media hora antes de la última Trompeta, o sea un arreglo corto de una generación antes del Anticristo. La crisis del Siglo XIV al fin y al cabo se arregló de una manera esplendorosa que pareció un renacimiento en el mundo y le llamaron “Renacimiento” a la era que siguió y esa crisis se suspendió por un siglo nada más. En seguida empezó la corrupción y vino la gran revolución religiosa del protestantismo. O sea un arreglo corto de una generación o dos antes del Anticristo.

El hecho es que varias veces los cristianos creyeron próxima la Parusía y se equivocaron. Podemos seguir equivocándonos ahora. Pero eternamente no nos vamos a equivocar. Y es mejor equivocarse diez veces creyendo que ya viene Cristo y no viene, que equivocarse una vez creyendo que no viene y que venga (risas) “como ladrón nocturno”. Es como ésos que cada vez que están enfermos se confiesan y comulgan y piden los santos óleos. Hacen bien. (risas)

La razón de esto es que antes de Cristo la historia del mundo seguía una línea recta, pero después sigue una línea quebrada. San Vicente Ferrer, anduvo predicando por toda Europa que la Parusía estaba cerca y haciendo milagros para confirmarlo. Y no se equivocó porque estaba cerca. Pero surgieron en la cristiandad muchos santos, una falange innumerable, más de treinta santos conocidos y canonizados y muchos otros que no fueron canonizados, surgen en el siglo XIV y XV. Y apartaron con su prédica y con sus ejemplos la terrible crisis del siglo XIV que realmente parecía que no podía andar más el mundo.

De manera que la historia del mundo se parece a un automóvil que va de Salta a Jujuy por el camino de cornisa, al borde de un precipicio, aproximándose y apartándose de él pero aproximándose cada vez más. Y la razón es que la Parusía depende de dos libres albedríos: el de Dios y el de los hombres. No está fijada indivisiblemente, sino que depende de la conducta de los hombres y del “capricho” de Dios. Depende de dos líneas de albedrío y los libres albedríos no lo

pueden conocer ni los ángeles del cielo siquiera. Ni el Hijo del Hombre en cuanto hombre, dijo Jesucristo, que ni los ángeles del cielo ni Él en cuanto hombre sabían el día y la hora de la Parusía. Ni siquiera el mismo Cristo en cuanto hombre, como Él mismo dijo.

De manera que aunque estemos atentos a los signos y a veces nos parezca ya ver venir al Rey que viene, sin embargo seguimos trabajando tranquilamente por ver de mejorar a la Argentina conforme mandó San Pablo: “el que no trabaja, que no coma”. Y él mismo, que sospechaba que la Parusía estaba próxima, siguió trabajando como un gigante, o como un enano – como dice la gente. Aunque el Anticristo no haya nacido en Julio de 1966, el Anticristo está obrando ahora como en el Siglo Primero, dice San Juan, paralelamente a la obra de Cristo. “El Anticristo vendrá”, le dice a sus fieles, “pero ahora ya muchos se han hecho Anticristos”, es decir los herejes, los heresiarcas y los tiranos son precursores y figuras del Anticristo. El diácono Nicolás, Mahoma, Lutero y hasta Nietzsche y Theilard Chardin.

En tiempos del Anticristo solamente habrá dos hombres libres: el mártir y el tirano. Todos los demás serán doblegados al tremendo poder de la Bestia. Pero a la venida de Cristo se convertirán a él, como lo anuncia la Escritura, los que aceptaron en la frente y en las manos la marca de la Bestia por debilidad y la gran mayoría de la humanidad se salvará, podemos píamente creer.

"Gracias que para mí pasaron los deseos", dicen los comunicadores cuando terminan sus sermones

Quinta Conferencia

5 de Junio de 1969

**El Anticristo – Su leyenda – El número 666 –
Exégesis – Aplicación a nuestros tiempos: Josef
Pieper, Nehddlin, Selma Lagerloef – El relato de
Soloviev – El Papa San Pío X y la apostasía en
Francia**

Señoras y señores, señores sacerdotes, religiosos y religiosas:

Estamos bajo Estado de Sitio y están pasando una cantidad de cosas feas que ustedes saben, y yo vengo a hablar del Anticristo para arreglarlas ... (risas).

Algunas veces me parece que estoy despegado de este país, como afuera, al margen, como si fuese un extranjero que ha venido a observar las costumbres de los “nativos”, como Nelson Rockefeller (risas). Algunos han dicho que yo debería haber nacido en el Renacimiento, o en la Edad Media – Ernesto Palacio dice que yo debería haber nacido en el tiempo del Barroco, es decir, el Siglo XVII – con lo que sería una especie de sietemesino al revés; nací fuera del tiempo pero en vez de nacer demasiado antes nací demasiado después. Sería un “plus-siglos-mesino” (risas).

Pero, cuando veo el público que me hace tanto favor y tanto honor, me doy cuenta de que no es así; de que algo tengo que ver con la República Argentina. Que hay un lugarcito.

Pero, si nos fijamos – todos los aquí presentes conmigo – qué somos comparados con toda la República Argentina, o comparados simplemente con la Ciudad de Buenos Aires, somos poca cosa. Y comparados con la enorme maquinaria de “desargentinizar” y “descristianizar” que está en movimiento en estos tiempos, ¿qué somos? ¡Nada! Pero ¿somos de veras nada? ¿No puede ser que seamos semilla, fermento, sal? De esas cosas no es necesario que haya gran cantidad. Jesucristo usó esas tres palabras hablando de sus

discípulos: semilla, fermento y sal. Y Él sabía de qué hablaba.

La sal no es necesario que se eche a montones, al contrario, eso estropearía los alimentos. Un poquitito de sal basta. Sal de la tierra. ¿Y qué es la tierra entonces? Aquí hay una deducción bien interesante que Cristo dijo: “vosotros sois sal de la tierra”. La tierra es todo lo otro que no es sal. Todo lo otro que no son los apóstoles y discípulos de Cristo a los cuales se dirigió en aquella ocasión. Y entonces ¿qué es la tierra? No son cosas muertas, no es una pudrición, no es una basura porque en ese caso la sal no sirve para nada. Son alimentos; una cosa que es sustancialmente buena aunque sea sosa, aunque sea insípida.

De manera que ésa es una verdad muy importante: las cosas que creó Dios, todo lo que creó Dios, es bueno en el fondo y nunca deja de ser bueno del todo, por más que pueda desviarse y pueda corromperse en la superficie; pueda desviarse de su verdadero camino. Porque Dios puede crear, pero el diablo no puede “des-crear”; el diablo puede desviar pero no puede “des-crear”. Aniquilar las cosas, echarlas a perder del todo le es imposible. De tal manera que el mismo Anticristo tendrá un Ángel de la Guarda; o lo tiene. (...)

Hay una cosa que dicen los Santos Padres y que es interesante. Es que en el fin de los tiempos, a pesar de la tremenda apostasía que va a causar el Anticristo detrás del cual va a irse medio mundo, o más de medio mundo, sin embargo la mayoría de los que vivan entonces se van a salvar. Porque con la venida de Cristo van a empezar a llorar y a hacer penitencia los que cayeron en eso por debilidad, por la tremenda potencia de engaño que va a tener el Anticristo. De manera que, así como ha habido una tremenda presión hacia el error, así también va a haber una misericordia grandísima de Dios. En la profecía de Daniel está marcado de una manera oscura que, después de la venida de Cristo, va a haber un tiempo que puede ser tres meses, puede ser tres meses más cuarenta y cinco días – cuatro meses y medio –

en que se va a poder hacer penitencia y va a hacer penitencia muchísima gente. “Feliz aquél que llegue al día 1335” dice Daniel.

Y después de eso ¿qué viene? Según los milenarios, o milenistas, viene un reino de 1.000 años, o de muchos años, un reino próspero y de triunfo de la Iglesia en el mundo hasta el Juicio Final. Y, según los otros, los adversarios, los anti-milenaristas o alegoristas, viene el Juicio Final inmediatamente después de la venida de Cristo. De eso veremos en la clase próxima.

Los franceses dicen que el hombre sobre el cual se han escrito más libros es Napoleón I. Más libros se han escrito sobre el Anticristo y sobre Cristo más todavía por supuesto. El ruso Berdiaeff dijo que el Anticristo era la clave metafísica de la Historia. La clave metafísica de la Historia es Cristo pero, como el *ánomos* – o sea el hombre sin ley – es el polo opuesto de Cristo, la encarnación del poderío de Satán en el mundo, se puede decir de él lo mismo, por analogía con Cristo que es la clave metafísica de la Historia.

Este nombre “Anticristo” aparece por primera vez en la Epístola Primera de San Juan, pero se ve que los fieles ya lo usaban y ¿de dónde lo habrían sacado si no de los apóstoles? Porque San Juan dice en su Epístola: “habláis del Anticristo. El Anticristo vendrá pero ya ahora hay muchos que se han hecho Anticristos. Todo aquél que niega que Dios bajó a la carne, se hizo carne, ése es Anticristo.” Es decir: los nicolaítas y los demás herejes que habían surgido ya en el primer siglo de la Iglesia.

Los fieles ya lo usaban y ¿de dónde lo habían sacado si no de los apóstoles? Pues en el Evangelio no está y Cristo no tomó en su boca al Anticristo si no es en aquella palabra: “Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me recibisteis, otro vendrá en su propio nombre y lo recibiréis”. Palabra que, sin embargo, es dudosa como he dicho ya. Sin embargo hizo una alusión a la profecía de Daniel que trata del Anticristo

también, de manera que en realidad no es exacto decir que Cristo pasó por alto al Anticristo. Aludió al Anticristo ciertamente.

Ni San Pablo ni el autor del Apocalipsis lo llaman “Anticristo”. San Pablo lo llama “*anomos*”, hombre sin ley, y también “hombre de pecado”, “hijo de la perdición”. En el Apocalipsis es llamado solamente “la bestia”, o “la fiera”.

Pero la palabra “Anticristo” se hizo común en la cristiandad y desde el primer momento comenzaron a aparecer “Vidas” o “Retratos” del “Gran Impío”. Por ejemplo en San Ireneo, Siglo II, que dice “será judío de la tribu de Dan” y que el número 666 significa “*lateinos*”, o sea “romano”, porque presidirá el nuevo Imperio Romano restaurado. (*lateinos* = latino).

Desde entonces se multiplican las “Vidas” de un personaje que no existe todavía – aun no nació y ya estornudó – basadas primero, en los datos de la Escritura; segundo, en raciocinios sobre esos datos; tercero, en imaginaciones. Así se forma la leyenda del Anticristo que tiene su expresión mayor en el libro enorme de Tomás Maluenda, dominico, en 1644 donde está todo lo que hasta 1644 se había dicho: Escritura, raciocinios y fantasías.

Casi al mismo tiempo, dos grandes teólogos jesuitas escribieron sendos libros del Anticristo: Francisco Suarez y San Roberto Belarmino y desde entonces acá, muchos otros. El mejor de todos, para mí, el más fino y científico el *Vom Ende Der Zeit* (El Fin del Tiempo) III Parte del gran filósofo alemán Josef Pieper. Es muy breve, es un resumen de lo que se dice del Anticristo en la Iglesia. “Que el Anticristo vendrá es de Fe” dicen Suarez y Belarmino, “*de fide ex Scriptura*”, de Fe por la Escritura. Y es así. Que será un hombre y no una colectividad o un cuerpo moral es también de Fe, dice Suarez, exagerando. Es casi de Fe, “*proximus fidei*”, “próximo a la Fe” dicen los teólogos.

Para los no-católicos o para los que no tienen Fe es un tema enormemente interesante de la *Kulturphilosophie*, como dicen los alemanes, o sea de la filosofía de la cultura porque es una figura y un tema sobre el cual está especulando desde hace veinte siglos la cristiandad y la no-cristiandad también. Es decir, se está escribiendo y se está especulando sobre este ser que todavía no ha existido y no existe desde hace veinte siglos. ¿Qué quiere decir eso, de donde sale eso, como se explica eso? Es un tema de la filosofía de la cultura y, de hecho, algunos incrédulos tratan de ese tema del Anticristo.

La dificultad de esta clase es la abundancia del material. En nuestros días la leyenda se ha concretado en lo que llamamos las obras de arte apocalípticas: novelas y dramas, de las cuales conozco nueve, contando la comedia de Juan Ruiz de Alarcón y las novelas de Dostoievski y Bernanos. Dostoievski y Bernanos quisieron hacer novelas que describieran la perversidad humana llevada al máximo en un hombre, y los dos dejaron inconclusas sus novelas. Una está en el final algunas ediciones del *Libro de los Demonios* de Dostoievski donde él predice el bolchevismo. Y la otra de Bernanos es una novela que se llama *Monsieur Ouine* que no la acabó del todo y la publicaron como él la dejó, muy confusa. Ahí quiere pintar él un hombre enteramente perverso y enteramente sometido a la acción del demonio, o a la inspiración del demonio, que es un profesor de lenguas en un pueblo de Francia, y esparce el mal a su alrededor sin hacer nada positivamente, nada más que con una especie de influjo magnético.

De las cuales, como he dicho, aprecio como las mejores: *Señor del Mundo* de Benson y el *Diálogo Tercero* de Soloviev. Yo mismo tengo un retrato del Anticristo que recibí de Don Benjamín Benavídez y transcribí en mi libro *El Apocalipsis*.

Voy a resumir la breve novela histórica futurista de Vladimir Soloviev que, si Dios quiere, traduciré más tarde del alemán como apéndice de estos apuntes, si los publico. Aquí, en esta revista de la Universidad Católica, N° 9, un autor

desconocido ha traducido del francés ese relato que está en el Diálogo Tercero de Soloviev. *Breve relato del Anticristo por Vladimir Soloviev*. Traducción del francés y notas de S.E. Puede ser Santiago Estrada. Puede ser. Probablemente es él. Tradujo solamente la mitad última del relato y no el trabajo entero sino que muchas cosas las deja y pone unas cuantas líneas resumido. Por ejemplo los discursos del Anticristo que Soloviev pone enteros, palabra por palabra, él pone unas cuantas líneas resumiendo y sigue adelante para no ser largo. Voy a resumir todo el relato éste.

Soloviev fue un filósofo, el único que han tenido los rusos, muy piadoso y bastante extravagante – no sería eslavo si no fuera extravagante – que luchó casi toda su vida por la unión de la Iglesia Ortodoxa Rusa con la Romana y entró en esta última Iglesia antes de morir en 1899. Murió justo el día en que yo nací: el 16 de Noviembre de 1899. No es fácil que me olvide de la muerte de Soloviev. A los cuarenta y seis años, después de haber sido perseguido rudamente por su propia Iglesia y de no haberle hecho caso la Iglesia Romana. Prácticamente católico romano desde que escribió *La Rusia y la Historia Universal*, apología del papado, uno de sus mejores libros.

Poco antes de morir escribió *Drei Gespräche* (Tres Diálogos). Posiblemente lo escribió en alemán porque no existe la obra rusa. Existe en alemán y de ahí la han traducido al francés. Es una pura obra maestra de arte literario y teología, digamos teología existencial, que deprimen los críticos impíos como Maxime Herman y yo estimo la mejor de sus obras. Maxime Herman es un crítico francés que ha publicado algunas obras de Soloviev con grandes introducciones.

Los Diálogos tratan el problema del Mal – *Über das Böse*, Sobre el Mal – y cada uno de sus seis personajes: el general, el político, el señor Z, la dama, el príncipe y al fin el ermitaño Pansofius; representa cada uno un movimiento ideológico de su tiempo. Por ejemplo el tolstoísmo, el liberalismo, la

tradición antigua rusa encarnada en el general, la ligereza social de la dama que quiere arreglarlo todo con palabras. Cada uno representa un movimiento ideológico de su tiempo sin dejar de tener un carácter personal, lo cual los hace netamente dramáticos. Tiene valor literario, dramático, porque no se reduce a discusiones abstractas sino que cada uno de los personajes surge con su carácter propio en los diálogos. Al fin de la obra, como última y definitiva solución al problema del Mal, el señor Z, que representa al mismo señor Soloviev, lee una breve narración sobre el Anticristo que atribuye a un monje finado, Pansofius, que la habría dejado incompleta.

Esta novelita sobre el Anticristo, treinta y siete páginas grandes, es la que más se ciñe al Apocalipsis de todas las que conozco. Es decir, la invención del autor está casi del todo ausente. No hace más que traducir el Apocalipsis a los términos de la vida moderna o de los tiempos modernos.

"El Siglo XX después de Jesucristo fue la época de la última Gran Guerra con sus discrepancias y peripecias". Así comienza la novela. Resumiré el relato lo mejor que pueda.

En Europa y América han continuado las rencillas entre naciones, el progreso técnico y la apostasía. Se ha formado una religión sincrética con fragmentos de todas las religiones, dominada por el naturalismo. En Asia se han unido el Japón y la China fundiéndose por un matrimonio las dos dinastías imperiales: la del Celeste Imperio y la del Sol Naciente. El primer emperador, o *Bogdijan*, efectúa conquistas en toda Asia, echa a todos los europeos y deja a su hijo un ejército de 200 millones de amarillos, el cual, con 40 millones de ese ejército, vence al ejército ruso, somete a Rusia y ocupa toda Europa compuesta entonces por una cantidad de democracias; menos a Inglaterra que compra su inmunidad con mil millones de libras esterlinas.

El yugo mongol sobre Europa dura medio siglo. Los amarillos se mezclan con los blancos y surge una población

de mestizos. Poco a poco una conspiración secreta para echar a los mongoles se fue formando en toda Europa y en todas partes estallaban motines nacionalistas y matanzas de soldados amarillos. El tercer *Bogdijan*, nieto del gran conquistador, movió un ejército desde China y fue derrotado enteramente en Rusia por una enorme alianza de ejércitos europeos. Los restos huyeron al interior de Asia y Europa quedó libre aunque devastada.

La guerra hizo la unión de Europa. En la tal unión se distinguió un hombre extraordinario, pensador, sociólogo y militar. Era de aventajada hermosura, de costumbres intachables, muy elocuente, vegetariano y francmasón. De gran fortuna, alcanzó puestos políticos y en poco tiempo fue conocido en todo el mundo y empezó a predicar sobre la Segunda Venida de Cristo diciendo que él era la Segunda Venida, que Jesús de Nazaret había sido su precursor, que el Nazareno había dicho que él venía a traer la espada, pero él venía a traer la paz. En suma, los judíos lo admitieron como el Mesías, los mahometanos como el sucesor de Mahoma y los cristianos modernistas como un Superhombre. En su lujoso palacio de Suiza, a los 33 años, tuvo una noche una visión de Cristo y comenzó a gritar: "¡No! ¡No ha resucitado! ¡No ha resucitado!" y se tiró a un precipicio pero fue recogido antes de matarse. Fue recogido al vuelo por otro fantasma que le dijo: "Tú eres mi hijo muy amado en quien tengo mi complacencia" y le ofreció el reino del mundo si, postrándose, lo adoraba. Lo cual hizo y volvió a su aposento en estado de trance o éxtasis.

Desde ese día empezó a escribir un libro titulado *El Camino Abierto para la Paz Mundial y la Prosperidad*. Es decir, hizo un pacto con el demonio, con Satanás. Después, su camino fueron triunfos y una ascensión continua. Su libro, que era estupendo, tuvo una difusión inmensa. Una asamblea europea reunida en Berlín y presidida por la masonería, decidió confederar y entregar a Europa al hombre del porvenir como su primer presidente. Hizo una proclama a todos los pueblos del mundo prometiendo la paz perpetua y

América se plegó nombrándolo Emperador Romano.

Dominó con las armas los pueblos de Asia y África que no se le sometían y las rebeliones de los nacionalistas, o sea, de los que querían las antiguas nacionalidades. Fijó su sede en Roma de la cual el Pontífice Romano se fue a San Petersburgo. Éste fue el primer año de su reinado. En el segundo año de su reinado resolvió la cuestión económica, la cuestión financiera y la cuestión social. Y hubo para toda la tierra la igualdad en la saciedad.

Pero cuando el hombre está saciado quiere diversiones. De eso se encargó el mago Apolonio que era un yoga hindú versado en todas las ciencias ocultas del Oriente y al mismo tiempo un gran ingeniero electrónico consagrado sacerdote y obispo. Éste se vino al lado del hombre del porvenir y anunció que en los libros sagrados de la India había aprendido que el emperador era el último salvador y redentor del mundo y era de estirpe y de naturaleza divina. Instituyó el culto del Augusto, parecido al culto del emperador que hubo en Roma. El emperador a su vez consiguió que el Papa reinante lo nombrara al mago Apolonio cardenal con miras al papado. Los cristianos tibios de ese tiempo se pasaban por millares al culto del emperador.

Quedaron unos 45 millones de cristianos fieles en el mundo. Muerto el Papa "*de gloria olive*", de origen judío, los cardenales eligieron al cardenal Simon Barionini que tomó el nombre de Pedro II. (Simón fue el nombre de San Pedro). El protestantismo se había fundido todo en el luteranismo alemán presidido por el profesor teólogo Ernst Paulus y el cisma griego o Iglesia Ortodoxa Rusa estaba gobernada por el Archimandrita Juan, un santo viejo del cual creían algunos rusos que era el mismísimo apóstol Juan que no había muerto.

(Esta fue una superstición que hubo en la primitiva Iglesia: que San Juan no iba a morir hasta el fin del mundo. Y San

Juan mismo, en su Evangelio al final, corrige esto diciendo "de ahí vino que algunos discípulos dicen que yo no voy a morir hasta el fin del mundo" y no dijo eso Cristo sino que dijo a San Pedro: "Si yo quisiera que éste quedara vivo hasta el fin del mundo a ti qué te importa". Pero no dijo que iba a vivir hasta el fin del mundo. Pero, de hecho, ha permanecido hasta el fin del mundo con su Apocalipsis)

A estos tres obedecían 45 millones de cristianos que no eran muy favorables al sospechoso emperador. Éste hizo una proclama al mundo anunciando que había resuelto el problema político con la paz perpetua, el problema económico con la igualdad en la saciedad y que iría a resolver el problema religioso con la unión de todas las religiones para lo cual convocó un Concilio Ecuménico en Jerusalén donde había trasladado su sede después de reinar tres años en Roma.

Para qué les voy a describir la magnificencia del regio salón del palacio imperial que Soloviev describe largamente, donde debajo del trono del Augusto estaban los tres mandatarios cristianos: Pedro, Pablo y Juan, con sus comitivas. Y más allá, un inmenso público de "hinchas" del emperador. Su discurso, que el cronista Pansofius pone palabra por palabra, se redujo a invitar a los cristianos a reunirse en él haciendo espléndidas promesas a cada uno de los tres grupos. A los católicos les prometió restituir a Roma la Sede Apostólica y darle todos los dones y privilegios que les había dado "nuestro excelso predecesor Constantino el Grande". El Papa Pedro no respondió una palabra, pero una gran parte de su comitiva, incluso sacerdotes, monjes y obispos, se desprendió y fue a reunirse con la comitiva imperial.

Después, dirigiéndose a Juan, el Superhombre le prometió fundar en Constantinopla un gran museo arqueológico cristiano donde reunir los testimonios de la tradición de veinte siglos, sobre todo de la Iglesia Oriental, y una parte de los ortodoxos aceptó el ofrecimiento y se unió a los imperiales. Y tercero, al doctor Paulus le prometió fundar en

Berlín un suntuoso instituto público para el estudio científico de la Escritura. Y pasó lo mismo. Entonces el cardenal Apolonio se volvió a los tres jefes cristianos exigiendo una respuesta. El *starets* Juan se adelantó y dijo: "Nosotros tenemos por nuestra cabeza a Jesucristo. Por tanto, si quieres nuestra adhesión, profesa aquí públicamente que Jesucristo es el Hijo de Dios que se hizo hombre, padeció y murió por nosotros, resucitó al tercer día y ha de retornar al mundo."

El Augusto se levantó lleno de furia. Pero Apolonio le invitó: "Tranquilo, no te muevas". Juan el ruso se levantó y dijo: "Hijitos míos: es el Anticristo". Y Apolonio hizo un gran gesto, una nube negra surgió en la cúspide del salón, y un rayo cayó sobre Juan tendiéndolo muerto a los pies del trono. El Augusto dijo: "Habéis visto todos el castigo de Dios a este blasfemo." El emperador dictó entonces al secretario un decreto al Concilio Ecuménico que declaraba al soberano emperador de Roma y del mundo entero como su supremo conductor y Señor.

El papa Pedro con el rostro encendido y la voz trémula dijo: "*¡Contradictu!*" – se niega – y renovó la profesión de Fe del *starets* Juan. Y excomulgó al Anticristo llamándolo "Pedro Sarnoso", y en seguida otro rayo lo tendió muerto. Todo el público comenzó a huir desordenadamente seguido lentamente por el anciano profesor Paulus. Así terminó el Segundo Concilio de Jerusalén.

Los acontecimientos que siguen calcan al Apocalipsis. Los cuerpos de los Dos Testigos yacieron tres días y medio en una plaza. Los Dos Testigos aparecen en el Apocalipsis: van a predicar tres años y medio antes del Anticristo, y van a ser muertos por el Anticristo. No sabemos quiénes serán o qué serán, porque la tradición antigua decía que serían Enoch y Elías, que no han muerto todavía y que iban a venir a preparar al mundo para la Gran Tribulación. Otros dicen que no, que eso es demasiado raro, que no puede ser. Aunque Belarmino dice que eso es de Fe, que serán dos órdenes

religiosas o que serán los dos testamentos, el Antiguo y el Nuevo. Pero son dos testigos que el Anticristo mata y que resucitan a los tres días y medio.

Yacieron tres días y medio en una plaza y entonces sonó una voz del cielo y resucitaron y se dirigieron al Monte Oliveto donde se habían refugiado todos los cristianos con el Profesor Paulus y allí dieron la mano a Pedro y lo proclamaron Primado de la Iglesia. Es decir: los tres jefes de todos los cristianos de entonces hicieron la unión de las Iglesias ante el rostro del Anticristo.

Al mismo tiempo un gran terremoto destruyó la tercera parte de la ciudad, terremoto que el mago Apolonio detuvo, cuando ya se estaba deteniendo solo. El Anticristo envió un ejército contra los cristianos a los cuales se había unido una inmensa muchedumbre de judíos que pedían ser bautizados. Y Pedro mandó dejar las armas y se entregasen al ayuno y la oración. De repente en medio de la noche surgió una inmensa claridad, y en medio de ella apareció una Mujer vestida de sol con la luna a sus pies y en su cabeza una diadema de doce estrellas que empezó a moverse lentamente hacia el sur. El Papa Pedro II gritó: “¡Ésa es nuestra bandera! ¡Sigámosla!”. Y todos los cristianos se pusieron en marcha desde el Monte Sinaí hacia Sión y entonces desde distintos lugares acudían muchos grupos jubilosos de cristianos y judíos degollados por la policía del Anticristo, los cuales resucitados reinarían mil años con Cristo. De manera que Soloviev era milenista.

Aquí termina el manuscrito del eremita Pansofius. Soloviev no se atrevió a describir la Parusía como tampoco ninguno de los otros que han escrito novelas apocalípticas, y han hecho bien. Sin embargo el Señor Z, o sea Soloviev mismo, añade algunos pormenores que dice oyó del mismo Pansofius. Por ejemplo, el pueblo judío que recibió al Anticristo como Mesías cae en la cuenta de la realidad y se subleva; el emperador pierde los estribos y condena a muerte a todo cristiano o judío desobediente. En el momento en que

está por darse una gran batalla sobre el Mar Muerto, se abre allí un enorme cráter volcánico que a pesar de los sortilegios intentados por Apolonio devora con sus llamas al Anticristo y al Pseudoprofeta. Aterrados los judíos corren a Jerusalén desde donde ven que un relámpago corta el cielo de Oriente a Occidente y Cristo en vestiduras regias desciende mostrando en sus manos las llagas de su Pasión.

En tiempos de Soloviev no existían ni el comunismo ni la bomba nuclear, que sin duda tienen que ver con el Anticristo. Del nombre de la Bestia, 666, o el número de la Bestia: en latín y en griego los números se ponen con letras y componer adivinanzas con números que signifiquen una cosa se llama gematría. Los antiguos eran aficionados a eso, era una especie de palabras cruzadas. Del nombre de la Bestia, 666, Soloviev nada dice, adscribiéndose a la opinión de Belarmino, o sea que la opinión más sabia es la de quienes dicen que no saben. Treinta nombres se han compuesto con esa cifra, en latín, en griego y en hebreo, y también en francés, y el mismo Belarmino compuso uno en broma: “*O Saxéinos*”, el Sajón, sobrenombre de Lutero. También han compuesto de Mahoma, de Napoleón I, de Hitler, ¡qué sé yo!, han compuesto muchísimos nombres para decir que eran el Anticristo. La hipótesis que más me gusta es la de San Irineo y el mártir Hipólito, “*Lateinos*” que significa Romano, por creer estos intérpretes, ya en aquellos primeros siglos, cuando el Imperio Romano estaba boyante, que el Anticristo iba a restaurar el imperio de Augusto, como cree la mayoría de los Santos Padres.

La otra clase les dije que hay un lío muy grande. Hay tres aparentes contradicciones o paradojas en lo que dice el Apocalipsis sobre el Anticristo, acerca de la Bestia del Mar, que se resuelven si uno acepta esta opinión común de los Santos Padres, que va haber una restauración del Imperio Romano, es decir que el Anticristo va a ser la cabeza de un imperio tan bien organizado, tan fuerte y tan implacable como lo fue el Imperio Romano. Que por lo tanto será uno de los siete y el octavo, y sin embargo será uno de los siete, dice

San Juan. Los siete grandes imperios que se han sucedido en la historia, son siete cabezas de la Bestia del Mar, de la cual la última es el Imperio Romano. De manera que la séptima y después la restauración del Imperio Romano es la octava y sin embargo es la séptima también, dice San Juan. Se resuelven esas antinomias o aporías que hay ahí en el Apocalipsis con esa hipótesis de los Santos Padres.

“Cuando aparezca, se sabrá” dice Bossuet. Efectivamente no sabemos aun qué significa “666” con certeza. Yo he recibido tres o cuatro cartas de gente que me indica qué significa “666” y también que está muy cerca la aparición del Anticristo y qué sé yo ... No sabemos. A los que le preguntan a uno cuándo vendrá el Anticristo y si está cerca o lejos, hay que responder lo que responde Franco a los que le preguntan cuándo se va a ir: “Algún día tiene que ser”, responde él (risas); pero el día de Franco no está muy lejos. Cuatro eruditos alemanes han defendido que “666” puesto en letras hebreas da “Nerón César”, diciendo que San Juan quiso decir a los cristianos que el Anticristo era Nerón y que lo puso así cifrado para que no lo pudieran perseguir o castigar por eso. Con una pequeña trampita que es suprimir la “e”: “Nerón C’sar”, dicen. Que esto sea así, aplicado al *typo* de la profecía, puede admitirse. ¿Pero el *anti-typo*? No lo sabemos. *Lateinos*, diría yo.

De la madre del superhombre, dice Soloviev que fue una dama de costumbres disolutas que nunca quiso decir quién fue el padre, lo cual está también en la leyenda aunque con añadiduras y detalles extravagantes y atroces, como se puede leer en la comedia de Alarcón, “El Anticristo”. Alarcón hace que el Anticristo mate a su madre como hizo Nerón, pero que haga una cosa que ni Nerón hizo, que la ultraja antes de matarla. Es la comedia más floja del gran dramaturgo mexicano, es mediocre o infra-mediocre, con muy poca Biblia y mucha vulgaridad, sin teología, sin poesía y sin misterio, reducido el tema más intocable a un pueril juego de marionetas. Tiene algunas cosas buenas, por supuesto — Alarcón tenía talento dramático y sobre todo era un gran

versificador — pero el tema le quedaba grande. Tomó un tema demasiado grande. Tiene comedias muy buenas, discretas, pero aquí falló. Y se dieron cuenta los españoles en aquel tiempo, porque le silbaron la comedia en varios teatros. Tiene algunas cosas buenas, por supuesto, como “El gracioso”: un judío llamado Galán que se convierte a la Iglesia, después se convierte al Anticristo, después de nuevo a la Iglesia, y es gracioso de veras, porque cuando disputa el profeta Elías con el Anticristo — disputan acerca de la divinidad de Cristo — cuando el Anticristo dice un argumento fortísimo, que lo aplauden, el judío que tiene el bonete de los judíos que llevaban en ese tiempo, se pone el bonete, se vuelve judío. Y cuando Elías le responde con otro argumento más fuerte, se saca el bonete, se vuelve cristiano, y así anda todo el tiempo. El profeta Elías que anda acompañado por una dama cristiana que se llama Sofía, lucha con un falso Elías, y después tiene una discusión larguísima con el Anticristo, la cual tiene de curioso que los argumentos que el Anticristo da contra la divinidad de Cristo son los que daban los judíos de aquel tiempo, siglo XVII, y de todos los tiempos, y son los que dan hoy los racionalistas alemanes contra la divinidad de Cristo, refutados cien veces. Es decir, dicen por ejemplo, “esa profecía de Isaías se aplica a David, esa profecía de Jeremías se aplica a Salomón, esta se aplica al mismo Jeremías”, de manera que oscurecen, turban todas las profecías del Antiguo Testamento para que no puedan aplicarse a Cristo. Cuando llegan a las setenta semanas de Daniel, en que Daniel predijo el tiempo en que iba a aparecer Cristo y el tiempo en que iba a predicar y el tiempo en que iba a ser muerto y la dispersión de los judíos, no hay caso, no pueden arreglarse de ninguna manera, y entonces han puesto en el Talmud un precepto que dice “maldito sea el que se pone a calcular las semanas de Daniel”.

Que habrá de ser un hombre desenfrenadísimo en la lujuria viene en la leyenda de un versículo de Daniel mal traducido. Porque San Jerónimo tradujo la profecía de Daniel y tradujo una frase que hay allí en hebreo. La tradujo al latín en la Vulgata: “*eterit in concupiscentiis feminarum*”, “y andará en

concupiscencia de mujeres” — de ahí sacaron eso, de la gran liviandad y lascivia del Anticristo. En realidad, lo que dice Daniel es diferente — se vio que se había equivocado San Jerónimo. Daniel dice: “y no respetará a ninguno de los dioses, ni siquiera al dios de sus mayores, ni siquiera al dios que es la delicia de las mujeres”. Pero el dios que era la delicia de las mujeres era Adonis entre los griegos, Tammuz para los sirios; y eso quiere decir que va a ser adverso a todos los dioses, a todas las religiones. Lo más probable es lo que pone Soloviev: un hombre de austeras costumbres, por lo menos en lo exterior, pues habrá de mostrarse parecido a Cristo.

Otras innumerables imaginaciones acerca de su niñez, sus estudios, sus conquistas, su culto y sus prodigios, no vale la pena recordar. Por ejemplo, dicen que antes de nacer ya fue poseído por el demonio, que no iba a tener ángel de la guarda, que iba a nacer con todos los dientes, que a los siete años iba él solo por sí mismo a aprender toda la geometría de Euclides, que el demonio le iba a revelar muchísimos tesoros ocultos de manera que iba a ser riquísimo, que iba a ser un hombre más sabio que Salomón, que iba a apabullar a todos los sabios del mundo con su sabiduría, que iba a nacer sacrílegamente de una religiosa apóstata y de un obispo cristiano apóstata.

En cuanto a sus prodigios, hay un notable hallazgo hecho por Newman, el cual dice que probablemente serán prodigios de la técnica científica y no de magia o de prestidigitación. Lo cual también dijo Selma Lagerloef — gran novelista sueca — en su novela “*Los milagros del Anticristo*” la cual dice que el Anticristo será el socialismo y sus prodigios la técnica. San Pablo dice que serán prodigios hechos con el poder de Satanás, lo cual no dejaría muy bien a la actual técnica de ser cierta la opinión de Newman, porque estaría dirigida por Satanás.

Que el Anticristo será un hombre particular y no una colectividad, —Soloviev pone que es un Anticristo particular

— dice el P. Suarez que es de Fe, exagerando un poco. La disputa que surgió en tiempos de los protestantes cuando dijeron que el Anticristo no era un hombre sino “el Papado”, es decir, una sucesión de hombres, aunque un antiguo, Armacius, ya había adelantado esa opinión. Pero el que la defendió más acérrimo y a capa y espada fue el P. Lacunza empeñado en hacer a la masonería y al filosofismo — que habían suprimido su orden, la Compañía de Jesús por medio del Papa Clemente XIV — el mismísimo “hombre de pecado”. Quería hacer que esa herejía que había en su tiempo, la masonería y el filosofismo, fuesen el Anticristo. Lo siguen hoy los llamados Testigos de Jehová que dicen que el Anticristo es, asómbrense ustedes, la Sociedad de las Naciones y la O.N.U. y el imperio dual de la raza anglosajona, Inglaterra y Estados Unidos es la séptima cabeza de la Bestia, o sea el séptimo imperio. Pamplina. Pero ésta es graciosa, porque tiene a su propia nación, Estados Unidos, como parte de la Bestia. En realidad, son judíos más bien éstos, siguen una secta judaica de modo que más bien que yanquis, son cosmopolitas.

Estas dos opiniones, un hombre o bien una colectividad se pueden conciliar y se deben conciliar. Son las dos cosas, será las dos cosas. Un gran movimiento a cuya cabeza estará un hombre. Es una ley de la historia, que todo movimiento se da un jefe, y ese jefe hace triunfar al movimiento, como Mussolini con el nacionalismo italiano. Y así también lo pinta Soloviev: la apostasía comenzada suscita al hombre que la corona; y es el sentir de los Santos Padres y de San Pablo, que el Anticristo no precederá la Apostasía comenzante sino que presidirá la Apostasía consumada.

Nada dice tampoco Soloviev del Obstáculo, viejo enigma tan disputado. San Pablo dice a los de Tesalónica, en la Segunda Epístola a los Tesalonicenses para desengañarlos de que aún no era el Fin del Siglo: “¿no veis que todavía no ha desaparecido el Obstáculo?” y pone esa palabra griega en neutro y después en masculino, “*Katéjon*” y “*Katejoon*”: lo que obstaculiza y el que obstaculiza. “¿No os acordáis cuando

estuve entre vosotros?", prosigue el Apóstol, "Os lo dije".

A ellos se lo dijo pero a nosotros no, se queja San Agustín. Pero el mismo Agustín y el grueso de los Santo Padres conjeturaron que "lo que obsta" era el Imperio Romano y "el que obsta" era el Emperador, y mientras ese Obstáculo no fuera removido, no podía manifestarse el Anticristo. Pero el Imperio, ¿no estaba persiguiendo cruelmente a los cristianos? Sí, pero con su disciplina, su ejército y su sólido cuerpo jurídico, mantenía el orden civil. Y así San Juan no ve a Nerón como el Anticristo, sino como una figura o *typo* del Anticristo. Mas cuando cayó el Imperio Romano en Occidente en el año 475 y el último emperador, Rómulo Augústulo, fue decapitado por el bárbaro Genserico, no apareció el Anticristo. Los doctores quedaron desconcertados, pero pronto se reincorporaron diciendo que el Imperio Romano en su esencia no había desaparecido, pues se continuaba el Orden Romano sostenido por la Iglesia, el ejército y los reyes cristianos. Ni siquiera formalmente desapareció el Imperio Romano porque duró hasta Napoleón. El Sacro Imperio Romano Germánico que se llamaba. Había un Emperador siempre, aunque fuese nominal como el último que Napoleón le quitó el título y fundó la Confederación del Rin. Pero nominalmente hubo un Imperio Romano siempre, hasta el siglo XIX.

Santo Tomás en el siglo XIII dice tranquilamente que el Imperio Romano "no ha perecido", y así lo creo yo también. El Orden Romano consiste en cuatro columnas: la Familia, la Propiedad, el Ejército y la Religión — que hoy día están atacadas violentamente, pero no están derribadas aún. Es decir: la Romanidad se mantuvo. Esa civilización que crearon los Griegos y los Romanos y que era el vehículo destinado por la Providencia para el cristianismo, se mantuvo gracias a que la Iglesia y el ejército romano no la dejaron caer. Vino una tremenda descomposición política — los bárbaros invadieron por todas partes el Imperio, al Emperador lo obedecían cada vez menos hasta que llegó Rómulo Augústulo al que ya nadie le obedeció y el bárbaro

Genserico le cortó la cabeza — de manera que políticamente se hundió el Imperio. Pero apareció la Cristiandad, una cantidad de reyes convertidos al cristianismo que reconocían al Papa como cabeza de toda Europa. Prácticamente. No lo obedecían siempre, pero lo reconocían de derecho jefe de la Cristiandad. De manera que permaneció la Cristiandad, que es un nombre de la Romanidad, hasta nuestros días. Ahora, ustedes saben cómo se ataca la familia, cómo se ha corrompido el ejército (en Rusia, por ejemplo, que es una calamidad el ejército), la propiedad la ataca el comunismo y la Religión la atacan por todas partes.

Después de la visión de la Caída de Babilonia, muda bruscamente el plano de la profecía. Se hace meta-histórico de infra-histórico que era. Es decir: viene la batalla del Armagedón, con la derrota del Anticristo y del Diablo, a cargo de Jesucristo. Después el Milenio y después el Juicio Final, que son los temas de la clase próxima.

O sea, los sucesos hasta ahora predichos pertenecen al orden de la historia humana. Lo sobrenatural actúa, por supuesto, pero desde atrás, y ahora se rasga un velamen e irrumpe lo sobrenatural directamente: la batalla de Armagedón, los Ejércitos Celestiales y el pisoteo del lagar lleno de uvas agrestes que destilan sangre. Son figuras; significan la victoria definitiva de Cristo, hágase ella como sea. No sabemos. La batalla de Armagedón es un evidente símbolo que está al final del Apocalipsis. También puede ser figura el Reino Milenario. No lo sabemos. Los milenistas lo interpretan literalmente, los alegoristas lo interpretan alegóricamente como veremos en la clase próxima.

Así que el consuelo y la alegría del fiel — que este libro, atroz solamente en la apariencia, no solamente anuncia sino que manda — es de orden sobrenatural, pues está basado en la Esperanza, que es virtud sobrenatural.

Con respecto a la infra-historia — o sea la historia común, natural, de la humanidad, nuestra historia — el cristiano

debe ser pesimista, porque sabe que va a terminar con una tremenda agonía. Pero con respecto a toda la historia, debe saber que acabará bien. O sea que esa gran agonía va a ser un parto en realidad. No va a ser una muerte pero por una intervención divina directa, por la intervención directa de Cristo. Y otra cosa paradójica le está mandada: tiene que esperar los bienes eternos y al mismo tiempo no debe despreciar la Creación y los bienes temporales sino apoyarlos hasta el último momento porque, como decía al principio, todo lo que está sobre el Universo es bueno en el fondo; y no como los maniqueos que los tienen por radicalmente malos. Son en el fondo buenos y su señor y dueño es Cristo y no el demonio, que es actualmente un usurpador, que “va muerto”, como dicen los porteños. "Todas las creaturas están actualmente oprimidas y doblegadas en su naturaleza, pero sin ser destruidas en su naturaleza, esperando con gemidos su transfiguración en Cristo", dice San Pablo en la epístola que se leyó el domingo ante-pasado.

Y aquí está la razón última de todos estos errores: el demonio no va a abandonar sus dominios sin lucha. El Apocalipsis lo pinta arrojado del cielo a la tierra y con duplicada furia por saber que poco tiempo le queda. El Dragón es el Príncipe de este mundo, palabra de Cristo, el cual no le respondió “Mientes, no puedes hacer eso”, cuando en el Monte le ofreció todos los reinos de la tierra si lo adoraba. El demonio tiene un poder enorme en el mundo, no hay que disimular eso, no hay que engañarse porque probablemente era el Ángel o el Arcángel que estaba prepuesto al gobierno de la tierra y de todas las cosas vecinas. Al pecar, no perdió ese poder, ese dominio, porque los dominios de los ángeles están radicados en su propia naturaleza, tienen una relación íntima con la cosa a la cual están prepuestos. No podrían obrar sobre la materia sensible, porque son espíritus, sino que es una relación especial hecha por Dios cuando los creó, a una u otra cosa. Por lo tanto, al pecar no perdió ese poder porque no perdemos nuestras facultades, nuestra inteligencia, nuestra vida, al pecar, sino que simplemente nos desviamos. A la larga puede ser que la perdamos a fuerza de pecados,

pero de suyo un pecado no le quita al hombre los dones naturales que tiene, y así el demonio no perdió sus dones naturales, sino que quedó con ese poder tan asombroso que Cristo lo llama “Príncipe de este mundo”. Y cuando lo tentó diciéndole que le iba a dar todo el mundo si lo adoraba, Cristo no le dijo “eso es macana, no puedes hacer eso” sino que le dijo “hay que adorar a Dios solamente”, no le recusó esa afirmación del demonio. Y San Pablo lo llama más que “Príncipe de este mundo”; lo llama “el dios de este mundo”.

Así también en el curso de la historia, lo mismo que en las dos primeras tentaciones, el demonio ha trabajado con disimulo y su gran táctica ha sido hacer creer que no existe, o que puede poco, pero en los últimos tiempos va a jugar el todo por el todo y su última carta será ese hombre misterioso, enteramente perverso y entregado al Gran Perverso, que llamamos el Anticristo.

Cristo en su recitado eschatológico nombró la “devastación abominable” o “abominación devastadora” como dijo Daniel profeta, el cual lo dice en la predicción que hace del Anticristo, tomando como *typo* y precursor al tirano Antíoco Epifanes. Tres veces usa esta frase Daniel, “la devastación abominable”: una vez, cuando Antíoco destruyó la religión de los judíos, les hizo muchísimos mártires, suprimió el sacrificio y profanó el Templo; la segunda vez, cuando en Jerusalén los romanos profanaron otra vez el Templo entrando con sus águilas que eran ídolos al territorio de los judíos, que lo tenían prohibido, (los judíos habían puesto como condición al someterse a los romanos, que no iban a entrar ídolos allí, en su territorio); y la tercera es el Anticristo, predicho también por Daniel y ahí también dice que la “desolación abominable” va a reinar en el Templo. Y Cristo aludió a eso: dice “cuando veáis la desolación abominable” – o la abominación de la desolación – “donde no debe estar, entonces es el fin”. Esa palabra hebrea asumió también San Juan, de modo que la palabra de Cristo enlaza y eslabona la lejanísima profecía de Daniel con la suya propia y con la futura de Juan Apocalypsa. Así que no es exacto decir

que Cristo no aludió nunca al Anticristo.

El Anticristo representa la condensación de la maldad en un hombre. Las religiones antiguas tenían también esa idea, por lo menos la Hindú y la Persa, y si la maldad tiene que ir creciendo hasta el Fin – como dicen Daniel, Cristo y San Juan – hasta llegar a la Gran Apostasía y el crimen de la adoración del hombre, tiene que ser así; es la ley de la historia como está dicho antes. “El Anticristo ya ha cesado de atemorizarnos”, dice Renán, pero cuando apareció Hitler los franceses y los Aliados en general decían que Hitler era el Anticristo. A nosotros ha cesado de atemorizarnos porque sabemos de seguro que “va muerto” como dicen los porteños, pero antes de morir va a dar grandes estornudos, pues aún no nació y ya estornudó desde el siglo primero.

Nosotros decimos tranquilamente “Ven, Señor Jesús” mientras hoy día muchos profetas del Anticristo, como Kant, Nietzsche, Wells, Proudhon, Lautreamont dicen claramente: “Ven, Señor Anti-Jesús”. Pero hay profetas del Anticristo hoy día que ya prenuncian la venida del Anticristo y hacen el programa del Anticristo, de modo que cuando venga no va a tener más que recoger los programas que le han ido haciendo ya. Por ejemplo, Wells tiene un programa de cómo hay que gobernar al mundo por medio del socialismo, que es un programa tremendo del Anticristo. Nietzsche con su Superhombre, el Superhombre que está tan por encima de los hombres como el hombre está por encima del mono – y que será comparado con el hombre actual, porque el hombre actual es comparado con el mono – es un retrato del Anticristo el que hace en sus obras. Y así los otros.

Puedo terminar, si me permiten, ya que hoy no he sido demasiado largo, con la mención del Anticristo que hace San Pío X en su encíclica “*E supremi*” [2], una encíclica poco conocida del Papa, del Santo Papa Pío X, muy importante. En las cuatro colecciones de encíclicas papales que tengo, no está en ninguna de ellas. Se fijan en la condenación del modernismo, en el *Syllabus* y la condenación de liberalismo,

la comunión frecuente de los niños, pero han dejado a un lado a esa encíclica que no se puede encontrar, que es difícil de encontrar. Esa encíclica versa sobre el gran movimiento apostático que había en el mundo, en su tiempo, antes de la Primera Gran Guerra, en Alemania, en Inglaterra y sobre todo en Francia. La encíclica está dirigida a comentar los sucesos de Francia donde parecían haber llegado a una apostasía nacional.

La persecución de Combes [3] y Waldeck-Rousseau [4] por la que habían echado de Francia una gran cantidad de ordenes religiosas, habían cerrado todas las escuelas católicas, perseguían a los católicos, sobre todo en la milicia, en el ejército, porque tenían las famosas fichas que se descubrieron después, una fichas secretas en las cuales, si un oficial era católico, lo fichaban para que no ascendiera. Incluso si tenía una mujer que iba a misa, aunque él no fuese a misa, lo fichaban para que no ascendiera. De tal manera que, cuando vino la guerra, se encontraron con una cantidad de ineptos al frente del ejército y tuvieron que ir a desenterrar a Foch, a Joffré, a todos los que defendieron a Francia en la Primera Guerra, porque los habían arrinconado a todos o los habían hecho retirar.

De manera que parecía que Francia estaba perdida. Los españoles llamaban a Francia “la apóstata”. Entonces Pío X dice, en la mitad de su encíclica más o menos, lo siguiente: “Aquél que esto pondere”, es decir todos los acontecimientos y sucesos en Francia — también en Alemania Bismark perseguía a la Iglesia con el nombre de “*Kulturkampf*”, la lucha por la cultura — “Aquél que esto pondere realmente, es necesario tenga temor si de los males que en aquel último tiempo hemos de aguardar, esta perversidad de los ánimos no sea una libación y como un exordio y de que aquel Hijo de la Perdición de la que habló el Apóstol San Pablo no ande ya por la tierra. Con tan gran audacia, con tal furor se ataca la Religión y se impugnan la Escrituras de la Fe y se contiene quitar los deberes del hombre para con Dios, y después de destrozados, borrarlos. Y por otro lado, lo que según San

Pablo es propio carácter del Anticristo: el hombre con temeridad suma invade el lugar de Dios, levantándose sobre todo lo que se llama Dios – son las palabras de San Pablo sobre el Anticristo – hasta tal punto que aunque no pueda borrar del todo en sí toda noción de Dios, borrado empero de sus dominios, se dedica asimismo a este mundo visible como un templo donde ha de ser adorado. Se sienta en el templo de Dios mostrándose como si fuese Dios”.

Nada más. Muchas gracias.

Sexta Conferencia

11 de Julio de 1969

Destino de Israel – La profecía de San Pablo – La ubicación de la profecía – Opinión del Cardenal Billot – La "cuestión judía".

Señoras, señores, venerables sacerdotes.

Estoy si me engripo o no me engripo. Estoy casi engripado pero de "casi" nadie muere. Yo ... gasto más dinero en medicamentos que en alimentos; soy un milagro de la medicina moderna (risas). Y el principal milagro es que los médicos que me atienden son buenos y aciertan. Me hacen tomar muchas medicinas pero aciertan. Me tienen más o menos en vida, que si no fuese por la medicina moderna yo ya no estaría en vida.

Me mandan copias de profecías y revelaciones, de estas privadas que hay, que ustedes conocen; son muy divulgadas y, en general, todas repiten lo mismo. La de Fátima, la de

Garabandal, la Salette, Lourdes; casi todas repiten lo mismo más o menos de manera que ya se sabe lo que dicen: deploran la corrupción del mundo, piden que se haga penitencia, piden que se rece y a veces amenazan con desastres.

Una de ellas me parece digna de leer. Un amigo mío que viene a estas conferencias me copió una profecía curiosa que yo no conocía. Esta profecía está tomada del libro *Nuestros Amigos Invisibles* del P. José Fuchs, de la Orden de San Benito, publicada por *Lecturas Católicas*, Octubre de 1938, entrega 654. En su prólogo dice el mencionado autor: "Este tratadito de los santos ángeles está tomado del cuaderno espiritual que por orden de su confesor escribía diariamente la sierva de Dios Magdalena de la Cruz fallecida en 1919 en Munich. Dotada como otros santos del don de ver y conversar con su ángel custodio y los ángeles de su confesor director espiritual y de diversas personas, dejó consignadas en esas memorias cosas muy interesantes que el escritor católico Richter von Lamer reunió en un librito que apareció con la aprobación eclesiástica en Baviera. Dicen las Sagradas Escrituras: «Tendrás esto por señal. Si lo que aquél profeta hubiese vaticinado en el nombre del Señor no se verificare, esto no lo habló el Señor sino que se lo forjó él por orgullo de su corazón y así no lo temerás.»"

Desgraciadamente, todo lo que anunció Magdalena de la Cruz se está verificando. Y aquí, el fragmento de su profecía que me ponen es éste:

"Al presente trabaja Satanás secretamente y en oculto en el extravío de las almas; por de pronto, no se levantará ningún Lutero."

"Ahora está empeñado Satán y trabaja entre los jóvenes clérigos y futuros sacerdotes, para hacer vacilar la moral y la de de estos seminaristas."

"Negarán y combatirán la existencia de los ángeles, el culto

de la Santísima Virgen y pretenderán considerarla como un agradable sentimentalismo; considerarán como una afirmación histérica y exagerada preocupación, la creencia en su pureza inmaculada y su virginidad. El dogma de la Inmaculada Concepción han de considerar como una deificación de la Madre de Dios y se levantarán sacerdotes docentes y maestros que en las cátedras hablarán de la demasía en el culto de María y de los santos, y dirán a los fieles que se dirijan directamente a Dios y no se entreguen tanto, en sus oraciones, de modo infantil, a la intercesión de los santos y de María. Esta lucha sorda y este trabajo secreto de Satanás se ejecuta ya desde hace algunos años. También en nuestra diócesis trabaja él incesantemente, y tendrá Satanás más éxito que en tiempo de la Reforma." [5]

Se lo leí a un amigo y me dijo: "Eso yo también lo puedo profetizar". Le dije: "Sí; pero no en el año 1917". Hace más de 50 años que se dijo. Ahora es fácil decir esto porque ahora se ve, está pasando.

La otra profecía interesante que me mandaron fue un número de la revista *Selecciones* donde habla de una vidente norteamericana que se llama Jeanne Dickson, de la cual yo ya había oído hablar en revistas yanquis. Es un caso notabilísimo porque acertó muchísimas veces. Lo más clamoroso fue que acertó en la elección y el asesinato de Kennedy. Y eso está enteramente documentado porque salió en una revista muchos años antes de que aconteciera. No le pusieron el nombre de Kennedy, pero salió que un presidente de los Estados Unidos no iba a acabar el cargo, pero no dijeron que lo iban a asesinar. Está en la revista ésa; tenemos el número de la revista, el año y todo; de modo que se puede constatar que eso fue dicho mucho tiempo antes. Y así, muchas otras cosas acertó esta mujer; y también erró unas cuantas. Predijo unas cosas que no se verificaron. De manera que yo no sé qué pensar porque es difícil. Predice cosas banales, triviales, que los santos nunca se metieron en eso. Por ejemplo, el resultado de un partido de golf, o quién va a ganar una elección municipal y cosas así que son demasiado

triviales, y a los conocidos de ella y a todo el mundo los atiende y les predice cosas de ninguna importancia.

Después, en las predicciones para el futuro, pone una visión rara. Dice que va a aparecer un hombre extraordinario hacia 1980 y lo describe como describen los doctores católicos al Anticristo. Dice ella que ya está vivo, ya existe. Y después, al final, dice que ese hombre va a dar la paz a los hombres de buena voluntad. Eso es lo que dijeron los ángeles de Jesucristo, de manera que uno se queda asombrado.

Después de hacer una descripción que no puede ser otro que el Anticristo – un hombre extraordinario, de una sabiduría muy grande, que va a unir todas las religiones en una y después va a dominar en el mundo, va a gobernar el mundo entero – sale diciendo eso que es lo que dicen los ángeles de Jesucristo de manera que uno se queda enteramente dudosos de la inspiración profética de esta señora que actualmente tiene unos 46 años, es casada, católica, de una vida muy correcta, pero está asediada por gente que le pide opiniones. Roosevelt le pidió opiniones y, según parece, le dijo el día en que iba a morir. También adivinó el día en que iba a morir Ghandi y dijo que lo iban a asesinar.

Hoy tengo que hablar de esta cuestión bien brava de los judíos. Esta clase debe versar sobre la Mujer Águila, el reino de los mil años y la conversión de los judíos; o sea sobre Israel. Pues no es posible que no haya algo en los libros proféticos sobre los judíos; no es posible que estén ausentes del Apocalipsis. Los materiales están tomados del P. Manuel Lacunza, un jesuita chileno de origen navarro que es gran apologista de los judíos, tanto que cambió su nombre en Juan Josafat Ben-Ezra. Los judíos argentinos, a fuer de agradecidos, deberían reeditar la gran obra de Lacunza *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad* pues no se ha escrito ningún panegírico mejor de la raza judía.

Menéndez Pelayo dijo "no tenemos noticias biográficas del singular jesuita, »desjesuitado« por Carlos III y Clemente XIV" lo cual hoy ya no es verdad pues su vida ha sido

averiguada por los historiadores, principalmente Hammerly-Dupuy y el P. Furlong que ha publicado tres artículos sobre Lacunza y los ha resumido en su gran obra reciente: *Historia Social y Cultural del Río de la Plata* Tomo II.

En una sesuda nota del Tomo IV de *Los Heterodoxos*, Menendez Pelayo asevera que Lacunza no fue heterodoxo ni su libro fue prohibido por milenista precisamente. Muy empeñosamente, en un capítulo entero, Menendez Pelayo prueba que Lacunza no fue heterodoxo. En su libro sobre los heterodoxos pone un capítulo aparte para probar que no fue herético de ninguna manera.

Aquí en la Argentina, un conocido prócer argentino, el presbítero Valentín Gomez – creo que apóstata – escribió un libro diciendo que en el libro de Lacunza hay 135 proposiciones heréticas. ¡No hay ni una sola! Menendez Pelayo dice: "tradición antigua y venerable, así de los hebreos como de los cristianos, aceptada y confirmada por algunos de los Padres Apostólicos y por el apologista San Justino, afirmaba que el estado presente del mundo perecerá dentro del sexto millar".

Ningún otro mil decían en la Edad Media, o sea que la historia no llegará al año 2000. "Un mil pasará pero el segundo mil no llegará". Ésa es una tradición que dice que la edad del mundo tiene 6.000 años, empezando de Adán hasta Cristo 4.000, y de Cristo hasta el fin del mundo 2.000. No se puede sostener hoy día con facilidad porque ustedes saben que los hombres de ciencia le dan al género humano una vida de millones de años y al mundo muchísimo más. De manera que hoy está muy desacreditada esa tradición.

Pero, de todas maneras, los argumentos que dan los hombres de ciencia para probar, por ejemplo, que hace 300.000 años apareció el género humano – eso lo dice el famoso catecismo holandés, otros dicen 200.000, otros dicen 6 millones, hay una variedad enorme en los hombres de ciencia – los argumentos en que se apoyan son muy deleznales porque

ino se puede averiguar! Es una cosa que no se puede averiguar porque no hay rastros, simplemente. Se guían por rastros geológicos muy dudosos. Pero, en fin. Yo no me hago muy fuerte de esta tradición de los 6 millares y después del millar siguiente de prosperidad. Porque sería ridículo delante de la gente científica.

Para los Santos Padres los seis días del Génesis eran, a la vez que relato de lo pasado, anuncio y profecía de lo futuro. En seis días había sido hecha la fábrica del mundo y seis mil años habría de durar en su estado actual, imperando después justicia y bondad sobre la tierra y siendo desterrada toda prevaricación. Esos son los mil años que se llaman "el reino de los mil años" o "el milenio".

A este séptimo millar de años se lo llama comúnmente el reino de los milenistas, o quiliastas. Quiliastas son los milenistas carnales y milenistas – o milenaristas como dicen casi todos hoy día por el gusto de añadir una sílaba a una palabra ya bastante larga – son los milenistas espirituales. Porque hay que distinguir mucho entre esas dos gentes que son diametralmente opuestas. Los milenistas carnales son una herejía de un judío Kerintos (Cerinto) que apareció en el primer siglo de la Iglesia y creció mucho hasta el Siglo IV. Y los milenistas espirituales son ilos Santos Padres de la Iglesia! Todos los primeros Santos Padres de la Iglesia creían en este reino de prosperidad después de la Segunda Venida de Cristo.

A esa opinión sobre este séptimo millar de años, San Jerónimo, sobre el Capítulo XX de Jeremías, no se atrevió a seguirla ni tampoco a condenarla, ya que la habían adoptado muchos santos y mártires cristianos y a cada cual le es lícito seguir su opinión según dijo San Jerónimo. Lo que desde luego fue anatemado es la sentencia de los milenistas carnales – o quiliastas, o kerintianos – que suponían que esos mil años habían de pasarse en continuos convites, francachelas y deleites sensuales.

Hasta aquí, Menendez Pelayo. Pero hay que notar que la herejía del judío Kerintos no fue condenada tanto por los deleites sensuales – que nunca he podido averiguarlos porque los Santos Padres no los copian, mas simplemente se ponen furiosos contra ellos, especialmente San Jerónimo – sino principalmente porque "judaizaba" poniendo en los mil años del reino de los santos con Cristo la venganza de Israel, el dominio de los judíos sobre todos los pueblos del mundo, la restauración del Templo de Jerusalén en cultos, ceremonias, el pontífice, y los sacrificios de animales. En lo cual infelizmente cae también Manuel Lacunza – en parte – disputando que puede haber a la vez en aquél siglo dichoso, sacrificios de animales por un lado y el sacrificio de la eucaristía por el otro.

Menendez Pelayo se equivoca, además, en dos puntos. Uno, que Lacunza se ahogó en un lago de la Alta Italia ya que lo encontraron muerto en el arroyo Santerno que pasa por Imola, cerca de Bolonia, muerto muy probablemente de apoplejía a los 70 años. Y otro mayor error: que la primera y mejor edición del Libro, en Londres, la hizo el famoso Marqués de Mora, volteriano, (José Joaquín de Mora al cual hizo una biografía el P. Luis Coloma) lo cual prueba que él no la vio pues, si hubiera leído el Prólogo, hubiera visto que era un argentino.

Éste es el libro de Lacunza, editado por Belgrano. Tiene cuatro volúmenes de unas 400 páginas cada uno y el prólogo de Belgrano es muy hermoso. No lo firmó Belgrano.

"El editor a los americanos: La obra titulada *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, escrita originalmente en lengua española por el americano ex-jesuita abate Don Manuel Lacunza bajo el nombre de Juan Josafat Ben-Esra, hebreo-cristiano, se ha esparcido manuscrita por las provincias del Río de la Plata con tal aprecio y elogio de los literatos que han podido leerla cual corresponde a un parto extraordinario del ingenio en que a un

tiempo se ven brillar la competencia, la claridad, la solidez y la novedad. El crédito bien merecido de la obra que de aquí ha resultado ha hecho desear su impresión con ansias tan vivas como lo ha sido el sentimiento de no poder verificarlo en la capital de Buenos Aires, nuestra amada patria, a falta de prensa competente."

Este tomo no lo vio Menendez Pelayo porque entonces hubiese visto que no podía ser José Joaquín de Mora el que hizo esta edición.

"La crítica circunstancia del tiempo en que se ha conocido el mérito de esta obra singular no hubieran impedido a los muchos apasionados que ya tiene procurar su impresión en reinos extranjeros si al mismo tiempo que lo intentaban no hubiera llegado de Europa un sujeto de carácter e inteligencia asegurando haberse ya impreso en España en la isla de León – o sea en Cádiz. Esta plausible noticia que hizo desistir de la empresa ameritada, al paso que las avivó, mortificó no poco las esperanzas de adquirirla. Pues hechos luego al efecto por varios rumbos los más vivos encargos, jamás se recibió otra contestación que la de no haber noticia de semejante obra. En esta incertidumbre y cuando casi se hacía creíble alguna equivocación en la noticia recibida, aparecieron remitidos a la biblioteca pública de la capital, Buenos Aires, por el vicario general castrense del Ejército Oriental, Don Bartolomé Muñoz, dos tomitos a la rústica que solo comprendían la primera parte y algo de la segunda de la obra."

Después, da noticia de esta obra de Cádiz que salió poco antes de la de él – de la de Belgrano; menos de un año antes – que no tenía año ni lugar de impresión y era sumamente incorrecta. Dice que era mejor no tener ninguna obra que leer una obra de esta manera porque dice:

". . . no solo la mala puntuación y la mala ortografía, lo que la hace trabajosa y fastidiosa su lectura. La repetida falta de períodos enteros y trueque de palabras es principalmente lo que la hace insufrible, si bien no se detecta necesariamente que unas veces se lean despropósitos y no pocas proposiciones erróneas y aun heréticas afirmándose de Jesucristo lo que corresponde al Anticristo y viceversa."

Está en la Biblioteca Nacional todavía esta obra, que tiene siglo y medio.

"Principiaba tratarse de esto con el mayor empeño cuando he aquí que inesperadamente me veo en la necesidad de pasar a la corte de Londres. Desde el punto en que resolví mi viaje a este destino, resolví también hacer a mis compatriotas el servicio de imprimir y publicar una obra . . . "

La publicó a sus expensas; le costó mucho a Belgrano

". . . que aun cuando hubiese otras sobraría para acreditar la superioridad de los talentos americanos al mismo tiempo que la suma sandez de un señor diputado español, europeo, que en las cortes extraordinarias instaladas en la isla de León de Cádiz se hizo distinguir con el arrojo escandaloso de preguntar a qué clase de bestias pertenecían los americanos, o entre qué clase de ellas se les podía dar lugar."

Entonces dice que consiguió de un amigo una copia bastante correcta que fue de un dominico llamado Guerra y la llevó a Londres cuando ya estaba traducido a todas las lenguas europeas y aquí en la Argentina habían corrido muchísimos resúmenes y manuscritos de la obra, muy defectuosos por regla general.

"Apenas acabada de escribir y sin salir a luz salió traducida en todas las lenguas cultas de Europa

como afirma Don Nicolás de la Cruz en su *Viaje de Italia*, Tomo V. Me remito enteramente al juicio del abate Don N. de N. también americano, que la tradujo a la lengua latina".

Es decir, es un sacerdote mejicano que firmó Cristophirus Tocaltiquenus y se llamaba Narciso Gonzalez. Después, otro mejicano que se llamaba Juan Malerio la tradujo al latín también.

"Espero que mis amados compatriotas reciban con aprecio este mi servicio en que, a más de la utilidad común, se interesa tanto el honor y crédito de los americanos."

En efecto, como se sabe ahora, Manuel Belgrano fue el editor. Es una obra argentina más que chilena. Antes de ser impresa llegó aquí en copias manuscritas resumidas y algunas muy estropeadas que fueron propagadas por Monseñor Bartolomé Muñoz, confesor del ejército uruguayo y reputadas agriamente por Dalmacio Vélez Baigorria, padre de Dalmacio Vélez Sarsfield.

Sin leer a los historiadores no puede uno imaginar la conmoción que produjeron en la Argentina y en Méjico, y en toda Sudamérica, las copias manuscritas del libro de Lacunza, defectuosas muchas de ellas. Prácticamente toda la Argentina culta se dividió en dos partidos: pro y contra Lacunza, y el libro ya había sido traducido al italiano, francés, alemán y latín antes de ser publicado. Una cantidad de hombres notables de nuestro país se hicieron milenistas: Belgrano, San Martín probablemente, Bartolomé Muñoz, Juan Ignacio Gorriti, Castro Barros. Hasta Sarmiento se hizo milenista, parece.

El sacerdote apóstata Valentín Gómez escribió que había en Lacunza 135 proposiciones heréticas. ¡No hay una sola! El tucumano Juan José Villafañe – que fue un jesuita que volvió a la Argentina cuando Carlos III les dio permiso para volver a

sus países – recorrió la Argentina hablando contra Lacunza. Fue a Santiago de Chile donde se peleó con los parientes de Lacunza y escribió contra él un enorme mamotreto que no se publicó nunca y se ha perdido. Y muchos escribieron aquí contra el libro de Lacunza y también algunos en favor.

El disparate mayor que hay en Lacunza es esto que he dicho: el destino de los judíos de dominar al mundo entero. Menos mal que los convierte primero que, de no, se convertiría en un vulgar redactor de la revista judía *Comentario*. El acierto mayor que hay en él es la enunciación de la Mujer Águila, emblema que aparece en el Capítulo XII del Apocalipsis y conocéis todos por el cuadro de Murillo y todos los cuadros de La Inmaculada que se pintaron en España: una mujer vestida de sol con la luna bajo sus pies – no "calzada de luna" como dicen – con una diadema de doce estrellas sobre su cabeza. Es una mujer que va a dar a luz y hay un dragón rojo con siete cabezas diademadas y diez cuernos que quiere tragarse al hijo en cuanto naciera. Nació un hijo varón o, como dice el texto griego, "un hijo, una cosa varona" – *iios arsena* el neutro de *arsen*, varón; como si dijéramos "algo que es varón" – al cual Dios lo arrebató a su mismo trono pues va a regir a todas las gentes con "vara", o garrote, "de hierro".

Y la mujer huyó a la soledad para pasar allí mil doscientos sesenta días y el dragón luchó con San Miguel que es el ángel guardián del pueblo judío según Daniel. Y fue derrotado y con su cola barrió la tercera parte de las estrellas y las echó sobre la tierra. (O son demonios o son doctores de la Fe que en las Sagradas Escrituras son llamados "estrellas" muchas veces.) Y siguió recibiendo a la parida mas le dio a ella dos alas como de águila y voló al desierto para ser alimentada por Dios tres años y medio, y el dragón le escupió un aluvión de agua para tragarla pero se abrió la tierra y tragó al río, y se enfureció el dragón y dio la vuelta para hacer la guerra a sus otros hijos. Y de allí se paró a la orilla del mar, y miró el mar, y de allí hizo surgir al Anticristo.

El mar es la representación del mundo en las Sagradas Escrituras.

Esta mujer es evidentemente un emblema o signo. "Señal Grande" dice San Juan. ¿Quién es ella? Como el varoncito indudablemente es Cristo – porque dice que fue puesto a la derecha de Dios Padre y que va a gobernar todo el mundo con cetro de hierro – solamente puede ser, o la Virgen Santísima, o la Iglesia, o Israel.

Todos sabemos que no puede ser María Santísima porque no le pegan, ni con cola, las extrañas aventuras que de ellas apunta aquí el profeta, por más que la Santa Iglesia ponga esta perícopa en la misa de la Inmaculada Concepción. Es lo que llaman "interpretación acomodaticia". Algunos, como Beham, en su *Vida de María*, y Urs von Baltazar en su obrita *Córdula*, aplican este lugar a María Santísima con evidente equivocación o abuso. No se puede aplicar sino metafóricamente o en forma acomodaticia a la Virgen Altísima porque no le pasaron todas estas cosas de ninguna manera.

¿Será la Iglesia? Lo dicen muchos. Unos, la Iglesia de los primeros siglos; otros la Iglesia de los últimos siglos. La primera interpretación la deshace fácilmente el P. Lacunza. La segunda, la Iglesia de los últimos tiempos, está más cerca de la verdad porque es de todo evidente que esta visión es parusíaca; es decir, se refiere a los últimos tiempos.

A saber: dice que el "*coso varón*" va a regir a las gentes con cetro de hierro y eso lo hará Cristo solamente en su Segunda Venida en Gloria y Majestad y ni antes ni después. Sale dos veces la cifra del Anticristo, mil doscientos sesenta días o tres años y medio que será el tiempo de su reinado nefando según Daniel. Este tiempo parusíaco que está dos veces en Daniel y cinco veces en San Juan dicen el pasmarote de Alló y su discípulo Bonsirven que representa toda la nación del mundo. Esta manera de interpretar es la que burlaban los antiguos con la frase: "cualquier cosa puede representar

cualquier cosa". Se puede arrastrar, arreglar, cualquier cosa.

Eso es literal. San Juan lo pone de todas las maneras posibles para que entendamos que es literal. Pone mil doscientos sesenta días, pone cuarenta y dos meses y pone tres años y medio. Es el tiempo del reinado del Anticristo, y está en Daniel esa misma frase. Cuando Daniel hace, también, una profecía del Anticristo pone esta misma duración; pone "un tiempo, dos tiempos y medio tiempo".

Y tercero, dice que cuando no puede hacerle nada a la Iglesia – en ese supuesto que sea la Iglesia – se va a hacer la guerra al resto de sus hijos. ¿Qué resto? No puede ser la Iglesia. Si es la Iglesia, son todos sus hijos juntos. Si es la Iglesia no hay un "resto" de cristianos por un lado y, por otro lado, la Iglesia. De manera que no puede ser la Iglesia de los últimos tiempos tampoco.

Es Israel, como prueba fehacientemente Lacunza en una larga y profusa disertación. Lacunza no sabe escribir bien; es demasiado minucioso, cansador, explica demasiado las cosas. Por eso digo "profusa disertación". Pero no es todo Israel, sino solamente el Israel convertido de los últimos tiempos porque el Israel actual es protervo, no da a luz a Cristo. No es todo Israel. Israel dio a luz a Cristo, primero físicamente por medio de María Santísima que, al fin, fue israelita. "De los judíos son nuestros padres y Cristo según la carne", dice San Pablo, – y María Santísima también.

Después, en los últimos tiempos lo dará a luz espiritualmente concibiéndolo en su corazón por la Fe y después profesándolo Hijo de Dios y Mesías, públicamente, lo cual es darlo a luz. Y aun quizás por esto, por ser nacimiento moral y espiritual pone el texto ese curioso solecismo: hijo del género masculino y varón en género neutro. Porque la conversión de los judíos no es una cosa del cuerpo sino del ánimo, del *pneuma*, que es neutro en griego.

Hoy día hay muchos judíos que han empezado a concebir a

Cristo, aunque no lo dan a luz porque no admiten la Iglesia. Hay muchos judíos entre ellos algunos famosos como Bergson y Sholem Asch y este otro que escribió La vida de Bernardita, El Romance de Bernardita, no me acuerdo como se llama el austríaco, [6] que han empezado a decir que sí, que Cristo era el Mesías de los judíos, que sus padres se equivocaron. Que hicieron un crimen, que lo mataron. Pero no suelen entrar en la Iglesia. Rechazan la Iglesia. Dicen que ellos son crísticos, no son cristianos sino crísticos. Admiten a Cristo pero no entran en la Iglesia ni se bautizan. Bergson se bautizó antes de morir.

"Después de darlo a luz", y por eso mismo, sufrirá furiosa persecución del demonio y le sucederán algunos percances tremendos, oscuros para nosotros. Por ejemplo, tendrá que refugiarse en el desierto, o sea en la soledad, quizás porque será odiada por los otros judíos inconversos, por los neopaganos, idolatranes del Anticristo, y quizás por los mismos cristianos viejos, es decir, por todo el mundo. Y segundo, el diablo enviará contra ella, la nueva Israel ya bautizada, un río impetuoso que será tragado por la tierra. ¿Será ese río la persecución de Hitler que amenazó barrer con los judíos, como me dice un judío converso amigo mío? No lo creo; Hitler no persiguió a los judíos conversos solamente.

Entonces el dragón, cansado de perseguir a los judíos – que de cabezudos que son, son capaces de cansar al mismo diablo (risas) – da la vuelta y se va combatir a los restantes que son "los de su linaje de ella", dice el profeta, que no pueden ser sino los cristianos fieles. Fieles, sí, pero bastante ablandados en comparación con estos cristianos nuevos, estos convertidos. ¿Convertidos por quién? Por Elías y por Enoch. Decían los padres antiguos que Enoch y Elías, de quienes la Sagrada Escritura dice que no murieron, son reservados no se sabe donde para el fin del mundo, para que vengan a predicar a la gente del fin del mundo. Y que Enoch va a predicar a los gentiles y Elías a los cristianos. Hasta que el Anticristo los mata a los dos.

Yo no sé. Pero Suarez y Bellarmino, grandes teólogos, dicen que esto es de Fe, o casi de Fe: *proximum fidei*. Es decir que Enoch y Elías no han muerto y vendrán en los últimos días, y son los Dos Testigos que salen en el Apocalipsis. Sale una historia de dos testigos que predicán y hacen milagros y que duran también tres años y medio, y son muertos por el Anticristo y después resucitan.

Los modernos, casi todos, rechazan esto por demasiado raro. Dicen que eso es alegórico, que significa el Antiguo y el Nuevo Testamento, o bien que significa dos órdenes religiosos que van a salir en los últimos tiempos, o lo que sea; que no es la persona de Enoch y la persona de Elías. Les parece muy raro eso. Realmente es raro.

Después de esto que llama San Juan "un signo magno", pone el surgimiento de las Dos Bestias y su triunfo en el mundo. Las dos bestias son el Anticristo y el Falso Profeta. Y las Siete Plagas y la visión de las 144.000 vírgenes, la caída de Babilonia, la batalla de Armagedón y el Reino de los Dos Mil años. Es decir, la consumación violenta de la historia, el advenimiento de la supra-historia, de lo cual tengo que hablar en la clase próxima si Dios quiere.

Si esta visión representa la conversión de Israel, como lo creo, entonces quedaría resuelta una vieja discusión sobre la profecía de la conversión de los judíos por San Pablo. ¿Dónde se ubicaría ella? ¿Antes del Anticristo, durante el Anticristo, o después del Anticristo? Algunos Santos Padres, a los que llamaremos medio en broma "antisemitas", opinaron que los judíos se adherirían al Hombre de Pecado como su "guardia de corps", el cual sería un judío de la tribu de Dan que les reconstruiría su religión y el Templo de Jerusalén. Y recién después de que Cristo hubiese derribado y sepultado en el abismo al Anticristo, se convertirían, conforme a aquello de Zacarías: "mirarán a Aquél a quien traspasaron". Y esto no todos los judíos sino unos pocos, dice San Gregorio el Magno. Lo cual no tiene ni pizca de gracia, ni tenía por qué San Pablo llamarlo "misterio grande". No. En la narración del profeta,

la Mujer Águila aparece y es perseguida antes del Anticristo y es su triunfo. O durante él. Por tanto, los judíos se convertirían, o estarían convirtiéndose, antes del Gran Presidente de Europa y Emperador del Mundo.

El cardenal Louis Billot, [7] el teólogo más eminente de nuestros tiempos, hace cerca de cincuenta años dijo que la conversión de los judíos estaba cerca, o por lo menos estaba encaminada, pues los judíos se habían reunido en nación en virtud de la Enmienda Balfour y la empresa de Herzl, el fundador del sionismo. "No se puede concebir la conversión de los judíos en masa en dispersión, si no se reúnen antes en una nación", dijo con razón el cardenal Guillot. Se equivocó aparentemente pues el nuevo Estado de Israel, surgido de un modo no exento de maravillas, ni de crímenes, no piensa ni por sueños convertirse al cristianismo; pues se ha revelado una nacioncilla socialista, belicosa y atrevidaza, como se ve por el caso Eichmann, secuestrado en la Argentina por el gobierno israelí para darle la muerte. Violaron la soberanía argentina, la cual por otra parte está ya tan violada que debe estar violeta (aplausos).

La verdad es que si la Argentina hubiese hecho eso en Israel, por ejemplo secuestrando a Mazar Barnett (aplausos) [8] que vive opulentamente en Jerusalén con dinero robado al Banco Nación yo me hubiera, malignamente, alegrado. (risas) Con lo cual no tengo derecho a indignarme mucho del otro secuestro que muestra simplemente que ellos son mucho más decididos que nosotros. Véase lo que dijo por ejemplo hace no más de quince días el jefe virtual de Israel, o sea el tuerto Moshe – o Moisés – Dayan [9] a un *reporter* yanqui del *l'Express*; salió en *Primera Plana* del 9 de Mayo. Dijo Dayan, el guerrero, el caudillo ése: "en nuestra historia antigua, en la época de la construcción del Templo por David y Saúl" – (es un error, debe decir Salomón) – "los judíos no eran religiosos. Se casaban con no-judías, la madre de David era moabita. Yo no soy religioso, no como comida *kosher*, pero pienso que soy un buen judío porque hablo la lengua judía y peleo por un Estado judío. Este Estado no está

fundado por una idea religiosa sino sobre la idea de nación."

Pudiera ser que Billot acabe estando en lo cierto, pues si el actual reino de Israel – o república – no ha reunido a todos los judíos ni por mucho, pudiera ser que fuese el cristalito catalítico de la precipitación de toda la masa. Es decir: que con el tiempo se reuniesen todos. Hay que esperar a ver qué pasa. Si Ben Gurion, [10] que estuvo entre nosotros hace poco, ha leído cinco veces El Quijote – cosa que no creo porque lo habría leído más que yo (risas) – cierto es que no ha leído ninguna vez el Evangelio, el cual es necesario para entender El Quijote.

La profecía de San Pablo es por demás conocida y asaz clara para explicarla ahora y no hay tiempo tampoco. De esa profecía, esta visión de San Juan de la Mujer Águila sería una composición plástica y las dos, que son una, resuelven también otra disputa patristica enojosa a saber: ¿cuántos serán los judíos que se convertirán? Si acaso un tercio de los judíos, de acuerdo a un texto de Zacarías, o la mitad como calcula San Agustín, o todos o casi todos como piensa Lacunza.

De las dos profecías que son una sola parecería inferirse que son la mayoría por lo menos. El texto de Zacarías dice así; hablando del Israel que acababa de venir del destierro de Babilonia: "Despierta espada sobre mi pastor y sobre el hombre que es mi amigo, dice el Señor de los Ejércitos. Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas, y volveré mi mano hacia los pequeños, y esto pasará en toda la tierra: dos partes serán dispersadas y perecerán, la otra tercia parte quedará." [11] Como hablan los judíos suponen los intérpretes que una tercera parte de los judíos se va a convertir. "Y llevaré la tercia parte por fuego y la quemaré como se quema la plata, y la probaré como se prueba el oro, y llamará mi nombre y la escucharé diré «mi pueblo eres tú» y ella dirá «¡Señor, Dios mío!»."

La profecía de Zacarías es muy oscura y enredada. Una cosa

es clara, y es que predice el arrepentimiento y la restauración de Israel, entremezclando tres o cuatro lugares en que claramente predice a Cristo, por ejemplo el lugar ése en que dice "Jerusalén he aquí que viene tu Rey manso y pacífico montado sobre una asna y sobre el pollino hijo de la asna" que se verificó en la entrada de Cristo el Día de Ramos.

Los exégetas, siguiendo a San Jerónimo, se esfuerzan por aplicar el vaticinio a la Iglesia. No se puede totalmente. Lacunza hace saltar esta interpretación forzada. Muchas expresiones son netamente esjatológicas, incluso hay una especie de retrato del Anticristo.

También se resuelve la tan traída y llevada cuestión judía. Algunos pretenden que no existe la cuestión judía. Si son ciegos, o tontos, o demasiado vivos; no sé. Ahí tienen un reciente libro del comunista José Sebreli, *La Cuestión Judía*. El mismo título del comunista Carlos Marx. Y entre medio de los dos hay dos docenas de otros libros de lo mismo, de los cuales los mejores que conozco son los de Belloc, *Los Judíos*, y el de Meinvielle, *El Judío en el Misterio de la Historia*. ¡Existe la cuestión judía! Y no existe la solución, aquí por lo menos. La solución es difícil y está entre estas dos soluciones extremas: la de los semitófilos y la de los antisemitas.

La de los filosemitas o semitófilos pretende que los cristianos deben ponerse debajo de los judíos que son más inteligentes y más religiosos que nosotros, lo cual si Lacunza no lo dice le pasa raspando. La verdad es que de los judíos podríamos tomar varias lecciones. Es un pueblo fuerte para el bien y para el mal; "pueblo de nuca tiesa" lo llama la Escritura. No son ellos los que han inventado el tango (risas). Es un pueblo duro porque ha soportado largamente la adversidad. Es un pueblo fiel a su tradición y a su sangre. Ya no podemos llamarlos pérfidos en Viernes Santo. "Oremos por los pérfidos judíos" decíamos antes y eso lo hizo la Iglesia durante diez siglos. Lo sacó el papa, no porque no fuera verdad sino porque ahora nosotros somos más pérfidos (risas). Pérfidos siguen siendo, pues esa palabra latina no

significa "traidores", como ahora en castellano, sino que no tienen y no aceptan la Fe, que resisten la Fe de Jesucristo. "*Perfidus*" en latín es casi sinónimo de "*infidus*", es decir: "infiel".

En el libro de Lacunza, así como hay dos disparates, hay un hallazgo insigne. La inteligencia de las antiguas profecías sobre Israel – Isaías, Jeremías, Zacarías, Amos y Oseas – que constituyen un verdadero descubrimiento. Veámoslo brevemente. Dice Menéndez Pelayo que hay cosas nuevas en Lacunza; pero son cosas nuevas que vienen no del afán de novelería sino del talento de Lacunza. Descubrió cosas en la Sagrada Escritura.

Estas profecías del Antiguo Testamento son muy enredadas. Isaías, principalmente, que está todo desordenado. Y para mejor, ahora han salido diciendo que hay dos Isaías y que ninguno de los dos se llamaba Isaías. (risas) La exégesis antigua lo arreglaba muy barato: todo lo que fuesen promesas espléndidas de Dios a Israel, las aplicaban a la Iglesia; y si eran demasiado sublimes, a las almas salvadas en el cielo, la Iglesia triunfante y, más o menos, a la vuelta de Israel de la cautividad babilónica. Y todo lo que fuese reprensión, recriminación, increpación o impropio, lo aplicaban a los pobres judíos actuales, o sea a los pérfidos judíos. Para eso interpretaban literalmente cuando les antojaba o bien alegóricamente cuando les antojaba. Lacunza los disculpa diciendo que tenían otras cosas que hacer; estaban lejos de los últimos tiempos. Los intérpretes antiguos lo que tenían que hacer era edificar la Iglesia, la cristiandad europea. Eso les preocupaba, y los últimos tiempos no les preocupaban absolutamente nada; o muy poco.

Los otros, los antisemitas, ya lo saben ustedes, profesan que la solución es exterminar a los judíos. "No te preocupes de ellos. Mira y pasa".

Lacunza da una clave para entender a los profetas antiguos y

aun para ordenarlos. Dice que Dios contempla a Israel en cuatro momentos diferentes. Primero como la esposa de su adolescencia, el pueblo elegido, cuidado y protegido por Dios desde Abraham hasta Cristo. Segundo como la esposa infiel, arrojada ignominiosamente por el marido a causa de sus adulterios los cuales culminaron con el asesinato del Mesías. "Adulterios" dicen los profetas a la idolatría de Israel. Tercero, como la esposa arrepentida después de un castigo implacable que ha durado veinte siglos. Cuarto, como la esposa restituida, halagada y enjoyada más que antes, al final de todo.

Lo prueba Lacunza con infinitos textos, por ejemplo, Ezequiel XX, 33. "Digo Yo, dice el Señor Dios, que en mano fuerte y en brazo extenso y en furor vivo reinaré sobre vosotros y os seduciré de entre los pueblos y os congregaré de las tierras en que estáis dispersados". Se refiere a los últimos tiempos porque no estaban dispersados cuando Ezequiel profetizaba. Habían vuelto del cautiverio babilónico; estaban todos reunidos en Palestina, pero tanto Ezequiel como Zacarías, como Isaías, los ven dispersos por todo el mundo, como están ahora. "Y os conduciré al desierto de los pueblos, y allí juzgaré con vosotros cara a cara, como contendí en juicio con vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así os juzgaré, dice el Señor Dios y os sujetaré a mi cetro, y os traeré en vínculo de pacto, en olor de suavidad os recibiré cuando os seduzca de las tierras en que estáis dispersados, y os santificaré ante los ojos de las naciones, y sabréis que yo soy el Señor Dios cuando os introduzca en la tierra de Israel, en la tierra por la cual moví mi mano para darla a vuestros padres y allí os recordaré de vuestras vidas y de todos vuestros crímenes con los cuales os habéis maculado, y os disgustaréis de vosotros mismos por todas las malicias que habéis hecho. Y sabed que Yo soy el Señor Dios cuando os beneficie por amor de mi nombre y no según vuestras vías malas ni según vuestros crímenes pésimos, ¡oh casa de Israel!, dice el Señor Dios."

En cuanto a la esposa, primero escogida, después infiel,

después arrojada y al fin reconciliada y colmada, sale pilas de veces en Isaías y en Jeremías. Por ejemplo en el 54 de Isaías: "Porque como mujer abandonada y triste en su espíritu te llamó Dios, echada desde la juventud, dice el Señor Dios tuyo, así me habré como en tiempo de Noé, al cual juré no mandaré nunca más las aguas de Noé sobre la tierra, así juré contigo no me airaré más ni nunca más te increparé."

De ese modo se entiende el Antiguo Testamento; tiene razón Lacunza. Pero las promesas de espléndida restauración de Israel, tan espléndidas que a veces parecen andaluzadas, ¿cuándo se han cumplido? Nunca se han cumplido. Ni antes ni después de Cristo. Por tanto, se han de cumplir en el futuro. Dios no es andaluz. ¿Cuándo? Después de la Parusía en el Reino de los Mil años, pues Lacunza es milenista.

Pero la solución del llamado problema judío es compleja, porque hay judíos buenos y hay judíos protervos, y tanto San Juan como San Pablo hacen esta distinción, y ustedes han visto que el profeta también la hace: Dios los increpa por sus crímenes y les promete que los va a restaurar. San Pablo, por ejemplo, los llena de alabanzas por un lado y de improperios por otro lado: "Yo soy de la sangre de ellos y también Cristo" dice San Pablo, y por otro: "Vosotros sois insoportables, sois odiosos al mundo entero".

En cuando a la protervia judía, hoy en día es conocida y replicada hasta de sobra. Hay un libro reciente, *Complot Contra la Iglesia*, firmado por Mauricio Pinay, pero en realidad hecho por un equipo de sacerdotes durante el Concilio, en dos tomos, que no es más que una recensión de todas las bellaquerías, tropelías y herejías perpetradas por los judíos en la cristiandad, que comienzan con el comunismo y la masonería. El libro comienza, pero después retrocede hasta los primeros siglos de la Iglesia y hace ver que muchísimas herejías, sino todas, han sido o creadas o ayudadas por los judíos, y termina con el actual acercamiento judeo-cristiano que estima filfa.

El mismo P. Meinvielle en su libro amontona otra clase de injurias, incluso los pasajes del Talmud, brutales y criminales contra los cristianos. No es de extrañar, pues, que el bondadoso San Juan llame a los judíos pérfidos, "sinagoga de Satanás".

Don Roberto Olejaveska da esta solución: no hay que distinguir entre judíos y cristianos sino entre hombres honestos y deshonestos. "Los honestos para abrazarlos y los deshonestos para lanzarlos" como decía San Ignacio. Pero no sirve, aunque desde luego es verdad, porque los judíos honestos, cuanto más honestos son, odian más al cristianismo, y los cristianos honestos, cuanto más honestos son odian más al judaísmo. Y así Unquidan compuso el epigrama siguiente:

*Cuando un judío es bueno odia al cristiano
porque su Fe hacia Cristo, un impostor.
Cuando un judío es malo es mucho peor,
porque es ateo o mahometano.
Y así si es bueno, malo o regular,
nos odian en una u otra circunstancia,
y al cristiano lo trata de embromar
aquí, y en Norteamérica y en Francia.*

Porque es verdad: los judíos religiosos profesan el Talmud, al cual lo tienen en más honor que a la Biblia, y el Talmud está lleno de cosas tremendas contra los cristianos y contra el mismo Cristo. Cosas increíbles, que ellos las suprimen naturalmente cuando traducen el Talmud en las naciones cristianas, como esta traducción reciente que han hecho. Se guardan muy bien de poner, por ejemplo, que todo cristiano es un bestia, y el que lo mata no hace un delito sino que hace un acto agradable a Dios; esa es una cosa que ponen, por ejemplo. Y también hay una Vida de Jesucristo infame ahí, que se llama *Toledot Jesu*, que ni siquiera la imprimen en hebreo sino que ponen una señal para que los rabinos la aprendan de memoria y los cristianos no la puedan ver. Sin embargo, los cristianos han llegado a averiguar todas esas

cosas.

De manera que si son religiosos – a no ser que sean de una secta de la cual es Martín Buber, que es piadosa y parece decente, una secta pequeña que hay en Rusia, y también en Alemania – pero si son religiosos son talmudistas, y si son talmudistas odian el cristianismo. Y si no son religiosos son ateos y odian a todas las religiones. La solución es compleja. Hay que odiarlos y amarlos a la vez. Odiarlos por amor dice Meinvielle. La solución la da San Pablo en un texto oscuro: Romanos 11:28, "Según el Evangelio son enemigos por vosotros; según la elección son queridísimos por los padres." Luego, enemigos queridísimos. Paradoja. Según el Evangelio son enemigos porque son adversos al Evangelio – y está lleno San Pablo de imprecaciones contra los judíos protervos – pero son queridísimos a causa de sus padres, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, los profetas y el mismo San Pablo, que son también padres nuestros, y la Virgen Santísima y Jesucristo.

No hay guerras más duras que las guerras entre el mal. La Iglesia actuó esta solución en los siglos cristianos, defendiéndose ella de las acechanzas judías con medidas que hoy nos parecen duras, que Meinvielle enumera *per longum et latus*. Pero por otro lado los defendía de la brutalidad de la plebe y de los malos reyes, llegando en algunos casos a favorecerlos y aún preferirlos, pero todo su ahínco estaba en convertirlos. Algunos reyes cristianos, incluso San Eduardo el Confesor, de Inglaterra, y los Reyes Católicos de España, los expulsaron de sus reinos, en masa, lo cual hoy nos parece duro e injusto, pero alegaron que ellos producían demasiadas perturbaciones. Ellos, los reyes, sabrían cuál era su deber. Lo positivo es que eso hoy día no se puede hacer. Hitler intentó hacerlo y dio de cabeza contra la pared. Ellos habrán sido Caín, pero Dios prohibió que se matara a Caín.

En la profecía de Zacarías se dice "El que os toca a vosotros me toca a mí en la línea de los ojos", dice Dios. Todo esto es poco sabroso, bien nos gustaría probar la solución de los

liberales: "tapa, tapa, deja eso, todos somos iguales".

El Padre Meinvielle da por supuesto la solución de San Pablo, pero pone el acento más bien sobre la protervia de los judíos actuales, llegando a decir: "Por medio del dinero y la prensa, del comercio y la astucia, los judíos dominan actualmente a todos los pueblos cristianos". En Argentina ciertamente dominan. No puedo ponerme a analizar el cómo. Ya lo hace Meinvielle, y Maurice Pinay, y Pedro Viglione y otros. A éstos hay que yuxtaponer la visión favorable, tal vez demasiado favorable, del chileno argentino-navarro-semitófilo Lacunza.

¿Cómo vamos a hacer? Para defenderse de un enemigo hay que tener rabia, y para amar a un hermano no hay que tener rabia. Así que nos piden una "rabia no-rabia"; bien paradójica. Pero la idea de Lacunza de someternos a los judíos, es peor. Por esta excesiva inclinación de Lacunza a los judíos, la Inquisición condenó el libro; creyó que el autor era un judío disfrazado de cristiano, cuando era al revés: era un cristiano disfrazado de judío.

Las otras razones que presumiblemente se tuvieron para prohibirlo las da Menéndez Pelayo como sigue: Primero, la demasiada ligereza y temeridad con que suele apartarse del común sentir de los expositores del Apocalipsis. (Eso puede ser que no sea ligereza sino talento y un nuevo punto de vista). Segunda: algunas sentencias raras y personales suyas de que apenas se encuentra vestigio en ningún otro escriturario, como la que el Anticristo no ha de ser una persona particular. Se encuentra en Clemente Alejandrino, en Tiscornius, en el Abad Joaquín, en casi todos los de sectas protestantes y otros. Y como la de la total prevaricación del estado eclesiástico en los días del Anticristo. Yo también creo eso, no de la totalidad, pero de la casi totalidad. Las durísimas y poco reverentes insinuaciones que hace acerca de Clemente XIV, el cual había suprimido la Compañía de Jesús. Estas insinuaciones son tan oscuras que no se entienden, yo no las entendí, pero aún cuando se entiendan, hoy día no tienen ya importancia, porque los historiadores

han dicho de Clemente XIV cosas mucho peores que las que insinúa Lacunza en su libro.

Cuarto: el peligro que hay siempre en tratar tan altas cosas como misterios y profecías en lengua vulgar, pero en tiempo de Lacunza ya se hacía comúnmente: Bosuet, Juan de Mariana, todos los protestantes, etc. Porque estos reparos ya no tienen valor ninguno, y porque dice Menéndez y Pelayo "notables y ortodoxísimos teólogos ponen sobre sus cabezas el libro de Lacunza como sagaz y penetrante expositor de las Escrituras, estiman que hay que sacarlo del Índice". Pero no hay para qué hoy día, pues el Índice ha sido suprimido. Pero luego no podrá leerlo uno, porque el libro también ha sido suprimido (risas), por los argentinos devotos. Belgrano mandó toda la edición, 2.000 ejemplares, a Buenos Aires, dejando en Inglaterra tan pocos, que hoy día son una curiosidad bibliográfica que cuesta 40 o 50 guineas el ejemplar, o sea unos 44.944 o 45.000 pesos cada uno. Belgrano repartió la edición en parroquias, colegios y conventos; y los quemaron.

Hará unos veinte años fui por casualidad al Colegio del Salvador y allí estaban quemando pilas de Lacunzas en un patio. Salvé este ejemplar, comprándoselo al Padre Furlong por cinco pesos (risas). No fue Furlong el bibliotecario el responsable de la quema, pues Furlong apreciaba a Lacunza, escribió sobre él, y además también los quemaron en el seminario. Debió ser seguramente una orden del Provincial, celosísimo varón que arrojó al fuego varios millones de pesos y un libro meritísimo que ya había sido sacado virtualmente del Índice por Menéndez y Pelayo. De modo que es posible que en Argentina haya poquísimos ejemplares. Hay uno en la Biblioteca Nacional, uno en el Seminario y dos en el Colegio del Salvador. Por eso digo que los judíos argentinos, que tienen mucha plata según se cree, sería bueno que reeditaran el libro, pero a mí no me lo sacan por menos de 50 guineas. (risas) Y a lo mejor, con las notas que le puse, vale 60. (risas)

Este libro es pesado y demasiado largo y prolijo, como dicen

las normalistas. Lacunza no escribía bien, aunque leyéndolo da una impresión de grandeza y en algún momento hay rasgos sublimes de inteligencia o de piedad. Lacunza era de gran piedad, el primero de sus biógrafos, el mallorquino Bestard, que era enemigo suyo – o al menos adversario porque escribió un libro refutándolo – cuenta que algunas noches pasaba cinco horas seguidas en oración, arrodillado y con la frente en el suelo. No sé cómo lo supo. Era muy pobre, sobrio, amable, limosnero, abnegado, muy buen sacerdote, amigo del silencio, el retiro y el estudio. Vivía con dinero que le mandaban de Chile y de la magra pensión que le pasaba el Rey Carlos III, pues aun el pasmarote de Carlos III conservaba en parte el decoro de la gran monarquía española. Le mandaba una pequeña pensión a todos los jesuitas que él primero desterró de sus dominios y después consiguió que los suprimieran como orden religiosa. Cuando el rey, en 1.799, autorizó a los jesuitas desterrados que regresaran a sus países, y de Chile le mandaron 400 pesos para el regreso, era tarde. Lacunza murió poco después, del modo que he dicho. Lo encontraron muerto en un río que tiene poca agua para ahogar a un hombre, seguramente víctima de una apoplejía o de un ataque cardíaco.

Lacunza debe ser abreviado y podado, e Izaguirre, un párroco chileno lo abrevió, lo tradujo al latín, fue a Roma y consiguió la aprobación eclesiástica, no sé cómo. Dios quiera no haya sido con coimas. (risas) Lo hizo imprimir lujosamente y mandó el libro *Apocalipsis Comentarium Literale* a Chile, donde está ahora en gran honor, más que el de Lacunza. Vale menos pues por desgracia el párroco chileno le añadió cosas de su cosecha que son infelices. Se quiso meter a profeta y no lo era. El otro punto flaco de Lacunza es la simplonería con que describe la vida durante los mil años, y sobre todo el final de ellos. En mitad del capítulo 20 del Apocalipsis hay una perícopa de cinco líneas, del verso, del verso siete al undécimo, que me impide a mí ser milenista. Simplemente no la puedo tragar y soy forzado a decir: no sé nada, *non saccio niente*, y si no sé nada del medio tampoco sé nada de los dos cabos. Me pliego a la

observación de Menendez y Pelayo. Son dos opiniones libres en la Iglesia, que cada uno abraza la que le acomoda, o ninguna, que es lo que yo hago. Pero de esto debo hablar largo en la clase final.

En la próxima clase hablaremos del final del Apocalipsis, de las dos resurrecciones, del reino milenario y de la Jerusalén Celestial; y un resumen de todas las otras.

Séptima Conferencia

(18 de Julio de 1969)

Rey de Reyes – Resumen de todo lo dicho – La última lucha – Modo de la Parusía – Trasposiciones actuales del Milenio – Karl Marx, Teilhard de Chardin – Condorcet, Víctor Hugo – El "progresismo".

Señores, venerables sacerdotes, religiosas:

Tengo que expresar mi gratitud a este público que me ha dado contento, ánimo y honor durante siete semanas consecutivas, y encima me ha regalado una cantidad de dinero suficiente para pagar tres números de la revista *Jauja*, o sea asegurar su subsistencia hasta fin de año por lo menos. Ustedes saben que una clase de revista así no puede subsistir – ninguna revista en la Argentina puede subsistir – con las suscripciones solamente. Tiene que recibir subsidios en forma de avisos o dinero contante. Y esto es el suici..., el subsidio para mí. Podría haber sido suicidio si salían mal las

conferencias (risas).

Los que me piden que dé una octava conferencia me halagan, pero resulta que esta conferencia de hoy va a terminar en el cielo, de manera que más allá no sé donde podemos llevarlos (risas).

Voy a tratar del Milenio, del capítulo XX del Apocalipsis, que es una cuestión muy debatida y aquí en la Argentina fue muy actual hace años, en tiempos de la independencia, pues prácticamente toda la Argentina, como les dije, se volvió o milenista o antimilenista. Después se apagó eso y vino una especie de resurrección del entusiasmo por esa cuestión, encabezado por Gustavo Martínez Zuviría, Gurdjieff, José Ignacio Olmedo, el P. Segismundo Masferrer y otros jesuitas, que iniciaron propaganda por un tiempo de la doctrina de Lacunza hasta que les vino un jarro de agua fría.

Voy a empezar por el final de la conferencia, que trata de las trasposiciones laicas o profanas del Milenio a la historia profana, a la historia común.

Trasposiciones actuales del Milenio. ¿Qué es el Milenio? Hemos visto ya la modesta noción de Menéndez y Pelayo que lo define así: "Imperando después – después de la Parusía – justicia y bondad sobre la Tierra y siendo desterrada toda prevaricación" – de acuerdo a lo que dice el Apocalipsis en el capítulo XX. Esta opinión, que no ha sido condenada, es la de los milenistas – o milenaristas dicen otros que tienen ganas de hacer palabras gordas – que es hoy día rechazada con furia inexplicable por los llamados, alegoristas o "pasatistas", o antimilenaristas simplemente, para los cuales esa profecía de San Juan ya se cumplió y el Reino de los mil años es simplemente la Iglesia actual. Más adelante veremos esto en particular.

Lo que no se puede opinar ni decir es lo que leo en un libro argentino reciente, a saber, que los milenistas o milenarios como los llama él, sostienen que habrá un largo período de

esplendor y paz en la iglesia antes de la Parusía, y después de eso el Anticristo, la Segunda Venida y el Juicio Final, y listo. Esto no lo sostiene nadie, es un mero error. Algo parecido sostienen los católicos progresistas, eso sí, pero así, en esa forma, un milenio antes de la Parusía, eso no lo ha sostenido nadie; es un simple error.

El filósofo alemán Josef Pieper, en su librito *Über das Ende der Zeit* (Sobre el fin de los tiempos), ha puesto una observación notable. Nota que cuando las gentes abandonan la esjatología cristiana, como en el tiempo del iluminismo, inventan después esjatología mitológica. Porque la gente tiene que saber adónde vamos, y para saber adónde vamos hay que saber dónde va a acabar todo como decía el hermano Bartling. Y para saber cómo va a acabar todo hay que tener de alguna manera de esjatología. Esjatología significa el conocimiento de las cosas últimas.

El hermano Bartling era un hermano lego alemán del Colegio del Salvador, muy gracioso, que estaba muy enfermo, y le preguntaron "¿Usted está contento de morir?", y dijo: "Contento, contento no. Resignado sí, porque si Dios Nuestro Señor quisiera habría hombre para veinte años". Tenía noventa. (risas) Y entonces le dijeron: "¿Y para qué quiere vivir más?" – "Y...", dijo, "...para ver cómo acaba todo esto!" (risas). Así que la gente necesita tener una idea del final, ya que como dijo Hartman humorísticamente, "Si no conoces el futuro, ¿qué puedes saber del presente?". Y Pieper pone como ejemplo a Kant, que inventó la mitología de la paz perpetua, comenzada en su tiempo según él, cuando comenzaron las grandes guerras actuales.

Así pues, esta esperanza de un estado definitivo feliz de la humanidad, sea que se cumpla de acuerdo a los milenistas o bien de los otros – que es los nuevos cielos y la nueva tierra, del profeta Isaías, repetida después por Daniel y solemnemente por San Juan, después de la Parusía y obrada por Dios directamente – fue traspuesta por los incrédulos modernos al interior de la historia y por las solas fuerzas

humanas, y se llama "progresismo". Su dogma es que la humanidad siempre progresa de bien en mejor, y ha de llegar por tanto a un estado óptimo, paradisíaco, sin tantas historias de Anticristos y venidas de Cristos y cuentos. O sea, antropológicamente hablando, el hombre es un bípedo en continua ascensión de cosas viles a cosas más nobles, a quien se debe respeto por sí mismo y cuyo destino está exclusivamente en sus propias manos. Hoy celebramos ese triunfo del progreso de llegar dos hombres a la luna a recoger 26 kg de piedras, y eso prueba que el mundo anda mucho mejor que cuando yo nací, y muchísimo mejor que cuando nació mi abuelo... según los progresistas.

Este dogmatón, enteramente contradicho por la historia y por la experiencia, forma parte – más aún, es el alma – de lo que llamó Belloc "la mente moderna" y llamamos la herejía actual. En cualquier discurso de Frondizi, de Nixon o de Krieger Vasena, pueden encontrarlo en la base. ¡Adelante con el progreso! Hoy es mejor que ayer, y mañana necesariamente será mejor que hoy.

En vano les pediremos de dónde viene esta revelación, y qué razón o argumento hay que la pruebe. El Marqués de Condorcet, o sea María Juan Antonio Nicolás Caritat, en su bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano, nos dirá simplemente que la historia de la humanidad se divide en diez tramos, cada uno más feliz que el otro. Y que el tramo décimo, de la ciencia experimental en el cual estamos nosotros, es felicísimo y va derecho al paraíso en la tierra. Después de lo cual tomó un veneno y se murió (risas). En realidad, Condorcet era girondino, los cuales eran perseguidos a muerte por los jacobinos, sus compañeros de antaño, porque entre todos ellos decapitaron a Luis XVI. Condorcet estaba escondido en la casa de una Madame Vernet, hasta que lo denunciaron, lo aprisionaron, y él en la cárcel se envenenó.

No hay para qué reseñar el camino de esta idea enteramente simplona, de que el mundo progresa fatalmente. Desde el

Renacimiento donde la hallamos, desde Francis Bacon hasta Kant, que es el más asnal profeta de ello, el cual ya viejo escribió dos libros esjatológicos, acerca del fin de los tiempos y acerca de la paz perpetua; dos años antes que muriera el marqués Juan Antonio Nicolás Caritat. Leyendo los cuales uno no sabe si reír o llorar; pero más bien llorar, porque en el mismo año que firmaba *La paz perpetua*, en 1792, la Revolución Francesa estaba haciendo caer cabezas por centenares en París; en el comienzo de una serie de guerras atroces que han ido aumentando y empeorando hasta nuestros días. Y él pone como argumento de sus temerarias profecías esa misma revolución o subversión francesa, pues basta que ella vaya contra el poderío de los curas para que sea la señal de la aurora. La *Kirchenglaube* contraria a la *Vernunftreligion*, dice él. La *Kirchenglaube* es la Fe de la Iglesia, o sea el Anticristo según él, contra la *Religión de la Razón* que es la verdadera religión. Basta esto, como digo, para que sea la señal de la aurora. En fin, ¿para qué seguir? Josef Pieper ha hecho justicia a las burradas de Kant en su libro *Über das Ende der Zeit, – Sobre el fin del tiempo*. Pieper prosigue el estudio de los seguidores de Kant – Fichte, Novalis, Görres; continuados por innúmeros epígonos. Baste decir que esa doctrina del progreso empapó al llamado Iluminismo, que tanto daño hizo a esta nación, al nacer ella en su misma infancia.

Entonces está bien saber que es una trasposición absurda e impía de un elemento religioso dentro de la razón independizada de Dios. Se hace una Fe en un final feliz intrahistórico de la humanidad, contrariando directamente la esjatología cristiana, la cual establece un final intrahistórico catastrófico de la humanidad, que es empero la puerta del verdadero final feliz suprahistórico. O sea que el término de la historia para los cristianos es doble, intrahistórico y suprahistórico y obrado directamente por Cristo.

Y ese es el significado en el fondo de la Redención del género humano por Cristo, el cual se debe a Sí Mismo y a nosotros

ese cierre y sello de su Redención y esa toma de posesión de la Tierra de la que es Rey. De modo que este dogma de la Parusía hace eco al dogma de su Pasión y Muerte y su aparente fracaso personal, del mismo modo que el dogma falso del progreso indefinido inevitable – o sea el milenismo traspuesto y falso – hace eco al ateísmo que, primero solapado y después abierto, camina desde el Renacimiento a Kant en un aparente triunfo.

Ese triunfo de la humanidad sin Cristo o al margen de Cristo, encontró su cantor en Víctor Hugo, que es un poeta sino grande al menos hábil, fogoso y arrollador, que en su entusiasmo frenético por la nubilidad de las naciones y la revelación de la luz y de la libertad, superó al anciano Papías, patriarca un poco tonto de los milenistas.

Al mismo tiempo, un judío de cabeza alemana, fundaba científicamente el comunismo, que es también un milenismo espurio, que según él llevará a la humanidad a través de la dictadura del proletariado a un tiempo paradisiaco terreno, en el que ya no habrá Estados ni gobierno político y nos repartiremos entre todos equitativamente los bienes de este mundo, y el Cielo se lo dejaremos a los ángeles y a los gorriones, como dice el poeta comunista Heine. Justamente cuando Marx proclamaba el Milenio de la humanidad por la abolición del Estado, el Estado proseguía acelerado el proceso de centralización y apropiación que vemos hoy día. El Estado es fortísimo en Rusia para empezar, y en todas partes. El Estado no lleva ninguna traza de desaparecer. Lleva el camino de hacerse cada vez más absorbente, o como dicen "totalitario", hasta llegar quién sabe a qué punto.

Digamos sobriamente que Teilhard de Chardin pertenece a esta recua, pues enseña una evolución feliz de lo humano, en una mezcolanza de la idea de Condorcet con el Apocalipsis, por la cual mezcolanza vamos todos sin agonía, ni lucha, ni apostasía, ni Anticristo – ¡qué tantos cuentos! – a convertirnos nada menos que en diossecitos nuevecitos y flamantes. Teilhard de Chardin se glorió una vez que su

doctrina iba a producir la amalgama o fusión del comunismo y del capitalismo, y puede que tenga razón.

Todo esto está tratado con brevedad un poco desahogada. Siguen después de la visión XVI y XVII, de la caída de Babilonia, de la cual ya hablé, las visiones del Reino Milenario, del Juicio Final y de la Jerusalén Celestial, o sea capítulos XX XXI y XXII.

Había decidido no decir nada del capítulo XX, o sea del Reino Milenario, por ser peligroso hoy día incluso el nombrarlo. Pero ya lo he nombrado tantas veces que, preso por mil, pues preso por mil quinientas. Tienen derecho ustedes a saber con qué se come eso. Se llaman milenistas o milenaristas los que interpretan literalmente el capítulo XX del Apocalipsis, y dicen por tanto que habrá dos resurrecciones: de los santos y de los mártires una, al bajar Cristo del Cielo; después un periodo pacífico y feliz de la humanidad durante un largo tiempo, sean los años que sean, y al fin de ese período la resurrección total de todos los muertos. Es decir, según los milenistas la resurrección empieza con la venida de Cristo al mundo, sigue un periodo feliz a causa de las apariciones de los resucitados, que se aparecen como se apareció Cristo después de su resurrección, y van resucitando otros justos durante el curso de esos mil años, de tal manera que al final no quedan por resucitar sino los réprobos, y entonces resucitan todos los réprobos de una vez.

Los alegoristas o pasatistas, por el contrario, dicen: esa profecía ya se cumplió. Los mil años son esta Iglesia actual nuestra, la que tiene ya 2000 años y durará quién sabe cuántos miles más. Y habrá una sola resurrección junto con el Día del Juicio Final, cuando se reunirán las miríadas y miríadas de muertos que han sido en el Valle de Josafat para ser juzgados todos en un instante. O sea, en una palabra: los milenistas dicen que habrá dos resurrecciones y los antimilenistas que habrá una sola.

Los milenistas interpretan literalmente el capítulo XX, donde San Juan dice que ésta es la primera resurrección, y los antimilenistas interpretan alegóricamente y dicen que todo ese capítulo significa toda la vida de la Iglesia, 2.000 años o 16.000 años, o los que quieren ellos. Y eso de la primera resurrección dicen que significa pasar del pecado a la gracia; ésta es la primera resurrección.

Entonces, ¿cómo está este capítulo XX después que San Juan ha contado el combate de Cristo con el Anticristo, la caída del Anticristo, el encierro del diablo durante mil años y un periodo feliz? Y dicen: "por recapitulación" – volvió atrás San Juan al principio del libro – o por equivocación. Esta es la diferencia entre estas dos, digamos escuelas. Es una diferencia diametral.

¿Cómo nacieron estas escuelas? Del siguiente modo: los primeros Padres de la Iglesia fueron todos o casi todos milenistas, hasta el siglo IV. Uno de ellos, San Justino Mártir año 160, nos dejó dicho que San Juan, el autor del Apocalipsis, el Apóstol, fue milenista. Y en el siglo IV, aunque aparecen cuatro Padres que rechazan el milenismo craso o carnal, no se puede nombrar ninguno que rechace todo milenismo, o sea el espiritual incluso, supuesto que una cosa es el milenismo carnal o craso del hereje Kerinthos, y otro el milenismo espiritual de San Ireneo y los otros – como diez Santos Padres de la primitiva Iglesia – que San Agustín declaró "tolerable".

Los Santos Padres antiguos ni sueñan en un dominio mundial de los judíos después de la Segunda Venida, y mucho menos en una vida de francachelas, convites y deleites sensuales, como dice Menéndez Pelayo, y ningún milenista serio cree en eso. No conozco un solo gran teólogo grande que haya sido antimilenista desde San Juan hasta hoy, excepto mi maestro el Cardenal Billot. Puede ser que haya, pero lo dificulto.

En el siglo XV San Agustín, lo mismo que prácticamente

todos, en su sermón número 259, es milenista. En su vejez – en el año 426, tres años antes de morir – ya no lo es. Y en su gran obra *De Civitate Dei*, el último de sus libros, propone esa nueva interpretación alegórica que hemos visto, y ha llegado a nosotros vehiculada por innumerables partidarios. Pero San Agustín no la dio, ni como cierta ni como exclusiva, a esa interpretación literal. Los que hacen eso son los agustinitos actuales.

¿Qué pasó entre el Agustín joven y el Agustín viejo? No sabemos de cierto. Probablemente esto: le escribió desde el Oriente San Jerónimo anciano, a quien Agustín respetaba enormemente, que un judío converso, Kerinthos, había suscitado una herejía carnal sobre el Reino de los mil años que hacía enormes progresos en el Oriente, la cual proponía una cantidad de embelecos y supersticiones judaicas. San Agustín no habló más del famoso Reino e inventó la interpretación alegórica, o más exactamente la tomó de un gran adversario suyo, el Tyconio donatista, que la había propuesto antes. Interpretación alegórica que a él no lo entusiasma, pero tuvo un éxito enorme hasta llegar a hacerse un dogma para sus aceclas en nuestros días, que intentan imponerla a todos con medios lícitos o ilícitos. Medio ilícito es decir falsedades, por ejemplo.

Las notas de todas las biblias en uso, menos la de Straubinger, ponen esta opinión como única – es decir la alegórica, la nueva – y si se acuerdan de la otra – o sea de la antigua y tradicional – es para fulminarla como superstición judaica; para decir como Nacar Colunga: "Es preciso dejarnos de fantasías y atenernos a los datos de la Fe". O sea: el creer con simplicidad la letra misma del Libro Santo es, "fantasías", y la rebuscadísima imaginación de San Agustín o de Ticonio se convierte en cosa de Fe. Porque dice, "atenernos a lo que dice la Fe". No es Fe. Son dos opiniones hasta hoy lícitas, como dice Menéndez y Pelayo.

La llamada Biblia de Jerusalén pone en nota que la opinión milenista ha sido desaprobada por la Iglesia. ¿Por qué

iglesia? Es una falsedad. Ahora, seguramente se apoyan en este hecho que les voy a contar porque nos atañe a nosotros, los de la América del Sur. Hace unos veinte años vino un decreto de la Congregación del Índice, prohibiendo enseñar el milenismo en la República de Chile. No condena el milenismo como error. Lo prohíbe enseñar nada más; prohíbe que lo prediquen. Tampoco dice "todo milenismo", sino que define el milenismo. Dice: "predicar que Cristo va a reinar corporalmente en la Tierra durante muchos siglos".

Resulta que los antimilenistas que estaban allí, alrededor del Papa, quisieron condenar al milenismo y no se dieron cuenta que se condenaron sin querer a sí mismos. Porque ellos dicen justamente que Cristo reina ahora, *Cristus regnat*. Ahora, la Iglesia actual. Ése es el Reino de los Mil años de Cristo. ¿Y cómo reina? ¿Reina corporalmente o no? Reina corporalmente porque está *corporaliter* en el Santísimo Sacramento. Entonces se dieron cuenta que se habían condenado a sí mismos queriendo condenar a los adversarios. Entonces hicieron otro decreto, en el cual extendieron la prohibición a toda la América del Sur a partir desde Honduras para abajo y lo definieron de otra manera. Dijeron: "... al milenismo que enseña que Cristo va a venir y va a reinar en el mundo durante mil años visiblemente" Sacaron el adverbio *corporaliter* y pusieron *visibiliter*.

Ahora, que Cristo va a reinar visiblemente en el mundo con un ministerio de defensa, un ministro de educación, un ministro de felicidad privada y pública como nosotros, eso no lo enseña nadie. Ni milenistas ni antimilenistas. Nadie enseña eso. Dicen que Cristo va a volver, va a vencer al Anticristo, y después se callan, no hay nada más en la Escritura. De manera que, aunque yo me pusiera a predicar acá el milenismo, no faltaría al decreto ése prohibitorio para toda América del Sur. Pero no me voy a poner a predicarlo.

Entonces fue cuando Martínez Zuviría y sus compañeros que habían publicado dos libros exponiendo la teoría de Lacunza y exponiendo el milenismo, se asustaron y se callaron la boca

ya definitivamente porque creyeron que los agarraba el decreto ése de toda la América del Sur. No los agarraba.

¿De dónde viene este furor contra una opinión que la Iglesia no ha condenado ni condenará jamás, porque no va a condenar a todos sus Primeros Padres, y ese fanatismo por imponer otra opinión posterior, que lo menos que se puede decir es que es poética, imaginativa y arbitraria? Yo quisiera saberlo. No lo sé ni lo entiendo, aunque lo deploro. Yo escribí un comentario del Apocalipsis en el que expuse las dos opiniones, sin predicar ninguna, y cuando menos me lo pensaba me vino una puñalada por la espalda desde la oscuridad: los editores del libro, los padres paulinos, recibieron una orden de no reeditar ese libro ni editar ningún libro mío ni pasado ni futuro. Es decir que todo lo que escribiere yo en adelante, sea lo que fuere, serán necesariamente herético y está condenado desde ya, en espíritu profético y en perfecta felonía. Es una cosa enorme y casi ridícula de puro enorme. Está mandado en la Iglesia de Dios que si algún católico se equivoca, se le avise de su error primero que condenarlo – está mandado en el Código de Derecho Canónico – y no se le condene si es que no se obstina. A mí no me avisaron del error. Ninguno. Seguramente porque no había (risas). Pero lanzaron el rayo y basta.

¿De dónde vino esto? Puesto que dicen que de Roma viene lo que a Roma va, ¿quién fue a Roma portando una acusación? Ya que no fue el Cardenal Caggiano, el cual me aseguró en una carta: "Yo no fui" (risas); no queda otro posible, según me parece, que el Director de *Criterio*, Presbítero Jorge Mejía, el cual enseña en sus clases del seminario que yo soy milenista. Que le aproveche. El libro se reeditó en Méjico sin mover yo un solo dedo. Lo reeditaron unas monjitas que no tenían la prohibición ésa que vino de Roma a los padres paulinos.

Dios sabe cuán odioso me es revelar esto, pero hay que hacerlo por lo menos a públicos ilustrados, no a la gente

menuda, pues conozco tres casos como éste; aunque naturalmente el que mejor conozco es el mío. Y hay que hacerlo porque estas puñaladas por la espalda parecen casi sacrílegas. Son para la Santa Madre Iglesia no solamente desdorosas sino suicidas, y son una de las flaquezas del gobierno de la Iglesia que producen el actual desorden. El teólogo alemán Williamson habló en un caso parecido: "de los estragos de la burocracia impersonal en el gobierno de la Iglesia". Es mucho peor. Es el estrago de la malignidad personal ingiriéndose en el gobierno de la Iglesia.

¿Pero usted es o no milenista? ¿Prefiere la opinión literal del reino de Jesucristo sobre la Tierra después de la Parusía? Quizás fuera milenista si no hubiese en la mitad del capítulo XX cuatro versículos –el ataque de Gog y Magog, después de los mil años – que no puedo tragar, que no entiendo ni jota; y no entiendo la mitad del capítulo puedo malentender también el resto. Porque en el medio del capítulo dice que, pasados los mil años, Satanás va a ser soltado y va a sublevar a toda la gente de los cuatro ángulos de la Tierra. Dice: "Gog y Magog" – que no se sabe qué es Gog y Magog – y esos sublevados van a atacar la ciudad de los santos y el reino de los santos, y le van a poner cerco y va a bajar fuego del cielo y los va a consumir, y entonces va a venir la resurrección de los réprobos.

Es demasiado duro y raro eso de pensar como en dos Anticristos, en dos Juicios Universales. Un gran novelista suizo hizo una novela esjatológica que se llama *Gozo en el cielo*, en la cual cuenta esto. Describe el milenio a su manera; es decir, describe un estado feliz de la humanidad y de la Iglesia, y después de eso pone la resurrección de los réprobos que vienen y atacan a los santos – y esos son Gog y Magog – y empiezan a hacerse grandes grietas en la tierra y empiezan a aparecer malvados resucitados. Pero eso es una fantasía todavía más intragable que la letra del Apocalipsis.

Entonces, ¿adhiera usted a la opinión de los alegoristas? ¡Menos todavía! Lacunza ha refutado sin dificultad esa

alegoría poniéndola en ridículo. Vean ustedes mismos. Recordemos el texto. Aquí en el capítulo XIX dice el Profeta que el Verbo de Dios con su ejército blanco derrotará al Anticristo y a su poder, o sea a la bestia y a sus reyes. Y después continúa así literalmente: "Y agarrada fue la bestia y con ella el pseudoprofeta que hizo ante ella prodigios con los cuales sedujo a los que le recibieron la marca de la bestia y adoraron su imagen. Y vivos fueron arrojados estos dos en el estanque de fuego ardiente y azufre."

Y continúa ahora en el capítulo XX así: "Y vi un Ángel descendiendo del cielo, teniendo en su mano la llave del abismo y una cadena grande. Y agarró al Dragón, la antigua Serpiente, que es el Diablo y Satán, y lo amarró por mil años y lo arrojó al Abismo, y cerró y selló sobre él, para que no seduzca más a las gentes hasta que se cumplan mil años. Y después de eso conviene sea soltado en poco tiempo. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y les fue dado poder de juzgar. Y las almas de los degollados, por el testimonio de Jesús y el Verbo de Dios, que no adoraron la Bestia ni a su imagen, ni aceptaron su marca en sus frentes ni en sus manos, vivieron y reinaron con Cristo mil años. El resto de los muertos no vivió, hasta que se cumplan los mil años. Esta es la resurrección primera. ¡Dichoso y santo quien tuviere parte en la resurrección primera! En éstos no tiene poder la segunda muerte, mas serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él mil años."

Éste es el famoso fragmento tan debatido. Los milenistas lo aceptan simplemente tal como suena. Los antimilenistas lo interpretan del modo siguiente: los mil años del reinado de Cristo son todo el tiempo de la Iglesia, desde el siglo IV hasta nosotros. La derrota del Anticristo se efectúa en el siglo IV. El Ángel que ata al dragón en el Abismo es el emperador Constantino. El Abismo es los corazones de los impíos; de manera que el Ángel debe andar atareadísimo con sus llaves para cerrar todos los corazones de los impíos y que no se escape el diablo de adentro. Los tronos levantados para que los santos juzguen son los proleptos de los obispos, por

ejemplo el sillón roñoso ése que tenía Monseñor Copello que lo he visto tantas veces (risas). La resurrección primera es el pasar del pecado a la gracia. La resurrección segunda es la resurrección tal cual. La muerte primera es la caída en pecado. La muerte segunda es la muerte tal cual. Y debería haber una tercera muerte, el infierno o la muerte eterna, pero no está. De modo que tenemos aquí un escritor que sin decir agua va, emplea dos palabras, en dos o tres sentidos diferentes, a dos o tres líneas de distancia. Es imposible. Ningún escritor puede hacer eso. Y siguen las incongruencias y arbitrariedades, pero con éstas basta y sobra.

De modo que alegrémonos de que Cristo reine ahora en todo el mundo, y que ni yo ni ustedes podamos ser tentados, por más que el Diablo quiera, porque está encadenado en el Abismo, que es el corazón de los malvados, por mil años. Así que yo contestaría a los que me preguntaran si soy milenista o antimilenista, lo mismo que Bossuet: "Cuando se verifique, sabremos lo que es el Milenio". O como César Pico a José Ignacio Olmedo, parodiando a Mussolini: "No me preocupa si hay dos resurrecciones o una sola. Me preocupa resucitar en cualquiera" (risas). Efectivamente, al pueblo fiel no le es de importancia o de trascendencia cuál de las dos opiniones sea verdadera. A los exégetas les resulta de importancia porque, según la opinión que adopten, tienen que interpretar todo el Apocalipsis y después toda la Escritura de una manera u otra.

Antes de esta predicción del Milenio, sea él lo que fuere, está la visión de una batalla de Jesucristo contra el Anticristo y sus reyes, y sus capitanes, y sus caballos y sus paladines, y sus libres y esclavos, y pequeños y grandes, dice el profeta. La cual batalla sí que es simbólica sin duda alguna, pues Cristo aparece en un caballo blanco con una túnica ensangrentada, y una espada que le sale de la boca – que no es lugar de donde salgan espadas – y significa simplemente la Palabra de Dios, como dijo San Pablo: que Cristo derribará al Anticristo con un soplo de su boca, es decir con una palabra. Y San Juan disipa todo malentendido diciendo:

"Y su Nombre es Palabra de Dios".

Y el ejército celestial que lo sigue, también en caballos blancos y uniformes blanquísimos, lino blanco y limpio, representa simplemente el poder regio de Cristo, que tiene, dice San Juan, escrito en su vestido y en su muslo: "Rey de Reyes y Señor de los que dominan".

Y viene ya el capítulo último, la visión XX^a del Apocalipsis, la Jerusalén nueva, el nuevo Cielo y nueva Tierra. Bien quisiera yo poder describir aquí la gloria del Cielo y mandarlos gozosos a sus casas, pero la gloria del cielo, la vida eterna, la posesión de Dios, es inefable. Tomé el famoso Nuevo Catecismo Holandés para Adultos – que entre paréntesis es un masacote no apto para hispanos – para ver si me inspiraba para describir el Cielo. No me inspiró. Este catecismo es bastante incoherente, y lo único que tiene de nuevo es que tiende a rebajar todo lo sobrenatural y a aproximarlos a lo natural. Por ejemplo, las palabras de San Pablo "Ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón de hombre soñó jamás lo que Dios tiene preparado a los que le sirven", que evidentemente hablan del Cielo y así lo traen todos los catecismos no nuevos, dice el catecismo nuevo que no hay que entenderlo como del cielo sino como de la Fe, y que eso se cumple en esta vida. Y para describir el Cielo deja de lado el Apocalipsis, diciendo que es un libro de ardorosas imágenes, pero ojo, que no hay que entender en él cada frase por separado, lo cual puede decirse de cualquier libro (risas). Y para imaginarnos las promesas del Cielo propone las siguientes cosas: la música, la primavera, una ciudad moderna iluminada por la noche, la seguridad de un niño cuando la madre le enjuga las lágrimas, el amor del hombre a la mujer, la paz y el consuelo de la oración, la liberación de un gran peligro, la intimidad de una comida entre amigos.

Para Holanda está bien, porque no sé cómo será una ciudad de Holanda de noche (risas), pero Buenos Aires no es muy entusiasmador, de acuerdo al poeta que dijo:

El cielo tiene sus estrellas
la tierra tiene sus burdeles,
que no dejan ver la lumbre de ellas
con sus eléctricos carteles.

Y en cuanto a las empanadas y asados con cuero de los amigos, me suelen hacer daño al estómago, sobre todo cuando discuten de política (risas).

"Y vi nuevo Cielo y nueva Tierra, pues cielo y tierra de antes ya pasaron, y el mar ya no es. Y la Ciudad Santa, Jerusalén Nueva, bajando del Cielo desde Dios, preparada como una novia engalanada para su varón. Y oí desde el trono una voz magna diciendo: »He aquí la morada de Dios con los hombres«. Y morará con ellos y ellos serán su pueblo, y Él con ellos su Dios. Y secará las lágrimas de sus ojos, y la muerte ya no será ni el grito, ni el luto, ni la pena; ya no serán, porque lo de antes ya pasó".

Con esto me bastaría a mí. Con que no hubiera más enfermedades ni insomnios, sin tantas músicas ni primaveras, pero San Juan prosigue largamente la descripción de la suerte de los resucitados, la cual no es fácil: primero es una novia, después una ciudad. Jesucristo nunca describió el Cielo, se contentó con compararlo a un convite de bodas, abandonando la simbología erótica del Cantar de los Cantares. San Pedro hizo una alusión a la transfiguración de Cristo, que él presenció, y durante la cual dijo: "Señor, es bueno estarse aquí, hagamos tres tiendas". San Pablo dijo que "Ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón de hombre soñó lo que tiene Dios preparado para los suyos". San Juan habla de la Prometida, que es la Iglesia, que ha estado durante siglos preparando sus adornos nupciales y llega por fin a las bodas, y entonces cambia bruscamente de metáfora y la imagina como una ciudad de oro, jade, perlas y pedrería preciosa. Como se hace también en el Libro IV de Esdras: también es una mujer primero y después una ciudad. "Ven te muestro a la novia, la Mujer del Cordero, y me levantó de espíritu a un monte grande, excelso, y me mostró la Ciudad Santa,

Jerusalén la Nueva, descendiendo del Cielo desde Dios".

La Ciudad Nueva es el mundo de los resucitados, he aquí la morada de Dios con los hombres, cada uno de ellos puesto en su lugar y ajustado como una piedra, como una piedra preciosa en un buen edificio. Y enumera minuciosamente las doce piedras preciosas: "y era la fábrica de ese muro de piedra jade, y la ciudad misma era de oro puro cristalino, y las bazas del muro ornadas de toda piedra preciosa". La primera baza jaspe, la segunda baza esmeralda, y sigue durante doce piedras preciosas.

Es decir, los resucitados son como lo más precioso que hay en este mundo, y más. Los teólogos dicen que tendrán las cualidades milagrosas que tuvo el cuerpo de Cristo resucitado, a saber: impasibilidad, o sea no poder sufrir; agilidad, o sea libertad para moverse con toda velocidad, más que la Apolo XI; resplandor, o sea luz suma, y sutileza, o sea el poder de pasar a través de los cuerpos inanimados. Es decir que son como una cosa que ni hemos visto ni tenemos idea. Y por eso San Juan nos presenta una ciudad que casi no puede ser, hecha de piedras preciosas y de forma cúbica, o mejor y más probablemente de forma piramidal, como los famosos zigurats, o palacios pensiles de Babilonia, que eran para los orientales una de las siete maravillas del mundo. Eran plataformas superpuestas que se iban enganchando en forma de cono; no en forma de cubo. Porque que diga San Juan que el alto era lo mismo que el ancho y el largo, no quiere decir que tengan que ser cúbicas. Es una ciudad bastante mayor, casi el doble que toda la República Argentina entera y verdadera, en la descripción de San Juan y con las medidas que da San Juan.

Los impíos han blasfemado de esa ciudad milagrosa diciendo despectivamente: "es una ciudad mineral, un palacio metálico", sin ver que es un muy propio símbolo de la unidad del hombre restaurado, de la humanidad llegada por fin a su perfección definitiva, hacia la cual perfección ha tendido por siglos, y ahora mismo tiende en forma desesperada, pues los

progresistas sueñan con un mundo unificado bajo un gobierno único – *one world* – suprimidas todas las guerras y convertida la tierra en un Edén delicioso por medio de la inteligencia del hombre y del átomo para el progreso.

Esa unidad del universo se hará, pero la hará Cristo, quizás sin átomos. Dice el teólogo ruso Soloviev hacia el final de su libro católico *Rusia y la Iglesia Universal*: "La razón y la conciencia del varón, el corazón y el instinto de la mujer, junto con la ley de solidaridad y altruismo que forma la base de toda sociedad, no son más que una prefiguración de la verdadera unidad divino-humana. Son un germen que debe crecer, florecer y llevar fruto todavía. El desarrollo sucesivo de ese germen se cumple por el proceso de la historia, bajo la dirección de la Providencia, y el triple fruto que ha de quedar es la mujer perfecta, o sea la natura divinizada, el hombre perfecto, o sea el hombre-dios, y la sociedad perfecta de Dios con todos los hombres, encarnación perfecta de la *Shekinah* o Sofía perenne".

Este concepto de la "Sofía Perenne" en los libros hebreos es la Gloria de Dios, que no es un accidente sino una sustancia. Para nosotros sería el Espíritu Santo. Ciertamente que en la figura de San Juan parece una ciudad mineral el mundo de los resucitados, nuestro mundo futuro, pero en ella está el Río de las Aguas de la Vida, fulgente como cristal, y está el Árbol de la Vida, que sustentaba a nuestros padres en el Paraíso, y es alimento y medicina de las naciones, y cada mes da un fruto distinto, y está el nuevo sol, que es Dios y la lámpara que es Cristo. Que son cosas misteriosas que no sabemos lo que son, pero representan simplemente una felicidad inefable.

"Y me dijo, estas palabras son fieles y veraces, y el Señor, el Dios de los espíritus proféticos, mandó a su Ángel mostrar a los siervos suyos lo que debe suceder pronto"

O mintió San Juan, o no puede tardar esto todavía 16.000 años. "He aquí que vengo pronto y dichoso el que guarde las palabras de la profecía de este libro. Yo Juan soy el que vio y

oyó esto, y oyéndolo y viéndolo caí de hinojos a los pies del Ángel que me mostrara todo esto, y él me dijo ¡Ahora bien, no! Consiervo tuyo soy y de todos los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios. Y me dijo Cristo: No sellen las palabras de la profecía de este libro, porque el Tiempo está cerca. El dañino que dañe más y el sucio que se ensucie más, y el justo se justifique más y el santo se santifique más." Son las palabras que cierran la Profecía de Daniel, con la diferencia que a Daniel el ángel le dice, "Cierra las palabras, sella el libro porque el tiempo del Fin está lejos". Y a San Juan le dice: "No selles el libro porque el tiempo está cerca".

Finaliza esta última visión con una proclama de Cristo que dice: "He aquí que vengo pronto, y traigo conmigo el premio, para dar a cada uno conforme a sus obras. Yo soy el Alfa y el Omega, (la A y la Z), el Primero y el Último, el Principio y el Fin. ¡Dichosos los que lavan sus ropas en la sangre del Cordero, para que se les haga entrada al Árbol de la vida y por las puertas de la Ciudad Santa! ¡Afuera los perros y los brujos, los fornicarios y los homicidas, y todo el que ama y hace mentiras! Yo Jesús, mandé al Ángel mío testimoniar esto a las iglesias. Yo soy raíz y estirpe de David, la refulgente Estrella Matutina".

Esta mención de las iglesias junta todo el libro del Apocalipsis con el primer septenario de las Siete Iglesias, que algunos exégetas modernos quieren sacar del Apocalipsis diciendo que es otro escrito que se pegó accidentalmente al Apocalipsis después y que no tiene nada que ver con la Profecía. En realidad, San Juan menciona a las iglesias en el curso del Apocalipsis, de manera que forma parte de la profecía, y muchos creen que es una profecía simbólica y bastante vaga de los siete estados o estadios de la Iglesia en el mundo.

Los poetas de todo el mundo han dicho esto mejor que yo; es decir han descripto el Cielo. El Libro de San Juan al mismo tiempo que profecía es alta poesía. Todos los poemas del

mundo, créase o no, tienen por tema único la felicidad. Expresan, o un momento de felicidad, o de nostalgia de la felicidad, o de falta de felicidad. Así que para terminar, acudamos a los poetas; al pobre Baudelaire, que describe su esperanza del cielo justamente de una forma mineral. En su poema *Bendición*, que abre el tremendo libro *Las Flores del Mal*, describe primero las desventuras del Poeta, con mayúscula, es decir de él mismo, en una forma que no se puede ir más allá, pues blasfema de su misma madre:

Cuando por un decreto de la deidad suprema,
aparece el Poeta en un mundo aburrido,
su madre abre el infierno de su boca blasfema
y grita a Dios que la oye chillar compadecido",

y sigue con esos gritos de su madre, en que realmente ni Job fue más lejos. Y después interrumpe:

Entre tanto a cobijo de unas alas de nieve
crece el niño maldito ebrio de luz del día
y en todo lo que come y en todo lo que bebe
halla un dejo de néctar y un dejo de ambrosía"

Tan mal no le va. Pero luego sigue con las opresiones de sus compañeros del burgo, y al fin, la más tremenda, de su mujer, la cual primero dice que se va a hacer adorar como un ídolo y después:

Y, cuando esté cansada de estas farsas impías,
pondré sobre él mi mano fuerte y débil pasión,
y mis uñas iguales a las de las arpías,
sabrán abrirse paso hasta su corazón.

Sacaré, como un pájaro que tiembla y que palpita,
su corazón del pecho sangriento que lo encierra,
y para que se regale mi bestia favorita,
desdeñosa y soberbia, lo arrojaré por tierra.

Pero de golpe el poeta desdichado cambia de registro, se eleva sobre la tierra y dice:

Al Cielo, do adivina para sí un trono raro
alza el poeta los dos brazos piadosos
y los vastos fulgores de su espíritu claro
le ocultan el tumulto de los pueblos furiosos.

El tumulto de los pueblos furiosos es Honduras, y el San
Salvador y el Vietnam . . .

Oh Dios, bendito seas que das el sufrimiento
como divino dÍctamo de nuestra impuridad,
y como el más activo y el más puro fermento
que prepara a los fuertes para la eternidad.

Yo sé que tú preparas un lugar al Poeta,
en las filas ardientes de tus santas legiones,
donde lo esperan, huésped de la fiesta secreta,
los Tronos, los Querubes y las Dominaciones.

Yo sé que el dolor forma la aristocracia sola,
do no harán mella el diente del mundo y los
infiernos,
sé que es preciso para fabricar mi aureola,
juntar los universos y los siglos eternos.

Mas las joyas perdidas de Ofir y Ankara ,
los ignotos metales, las perlas de la mar,
por tu mano engarzados no podrán igualar
a mi diadema cierta, resplandeciente y clara,
porque no será hecha sino de pura luz,
arrancada a los focos primitivos del ser,
del cual aun esos ojos, que yo sé de mujer,
son menos que un espejo deslustrado y marfuz.

Marfuz es una palabra árabe que significa opaco en
castellano. Estoy contento de mi traducción de Baudelaire,
aunque sé que toda traducción de un poeta lo traiciona.

Dejemos, para acabar, el órgano y la trompetería del francés
por la apacible lira de Fray Luis de León. En la oda *A Felipe
Ruiz*, el agustino español trata de lo deleitoso que será en el

Cielo conocer todas las cosas, porque su hipo y su ansia eran el conocer, de acuerdo a aquel verso de Virgilio que él tradujo: "Feliz el que pueda conocer las causas de todas las cosas".

¿Cuándo será que pueda,
libre desta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin duelo?

La rueda que huye más del suelo es la última esfera celeste, la novena, donde está Dios. Creían que el Cielo tenía nueve esferas que giraban en torno de la Tierra según el sistema de Ptolomeo.

Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Es curioso como este gran filólogo, escriturista y teólogo, lo que más angurria tiene de saber es la Astronomía.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos Osas
de bañarse en el mar siempre medrosas.

La Osa Mayor y la Osa Menor son dos constelaciones del hemisferio norte, como saben, que giran en torno al Polo Norte y no tocan nunca el mar, están por encima del horizonte.

En la oda más larga, *Noche serena*, el poeta celebra las glorias del Cielo en general:

Morada de grandeza,

templo de claridad y de hermosura:
mi alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel, baja, oscura?

Pero no se olvida de su hipo de ciencia, de saberlo todo, lo
que es, lo que será, lo que ha pasado:

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores celestiales,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales:

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de Amor la sigue reluciente y bella;

No sé lo que es, "la luz do el saber llueve". Y sigue el poema:

y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado.

Finalmente la oda *Morada del Cielo*, que leeré toda:

Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces, fértil suelo
producidor eterno de consuelo;

De púrpura y de nieve
florida la cabeza coronado,
a dulces pastos mueve
sin honda ni cayado,

el buen Pastor en ti su hato amado.

Él va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas, do las pace
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
la cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando
de su hato ceñido
con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh son, oh voz! Siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de si el alma pusiese
y toda en ti, oh amor, la convirtiese!

Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
de esta prisión a donde
padece, a tu manada
junta, no ya andará perdida, errada.

Reiterándoles mi gratitud, voy a hacer como los buenos
predicadores que mandan al Cielo a su auditorio al fin de sus

(Aplausos)

Notas

[6])- Probablemente Castellani se refiere a [Franz Werfel](#) (1890-1945) quien en 1941 publicó *Das Lied von Bernardette* – La canción de Berdardette – que es una historia de las apariciones de la Virgen en Lourdes. (Cf. www.epdlp.com consultado el 05/03/2013)

[7])- Louis Billot (1846-1931) - Teólogo jesuita francés. Cardenal desde 1911, renunció a esa dignidad en 1927. Autor de "*El Error del Liberalismo*", señaló claramente la incompatibilidad entre el cristianismo y lo que se entendía en su época por "la revolución" de raíz liberal y derivaciones marxistas. Billot apoyó decididamente el movimiento conservador y monárquico de la *Action Française* de Charles Maurras, posición que lo llevó a un violento conflicto con el Papa Pío XI. Como resultado del mismo y después de entrevistarse con el Papa, el cardenal presentó su dimisión el 13 de Septiembre de 1927. Billot es el único cardenal que renunció a su rango durante el Siglo XX. (Cf. Filippo Rizzi, "*Louis Billot: El Cardenal que renunció a la púrpura*", en [infoCaotica](#) - Consultado el 05/03/2013)

[8])- José Mazar Barnet: ocupó la presidencia del BCRA entre el 15 de mayo de 1958 y el 31 de julio de 1959. En esa etapa, fue presidente de la Nación Arturo Frondizi y ministros de Economía, Emilio Donato Del Carril y Alvaro C. Alsogaray. (Cf. <http://www.bcra.gov.ar/index.asp> - consultado el 05/03/2013).

[9])- Moshé Dayan (1915-1981) - Político y militar israelí. Participó en la Guerra de los Seis Días y la Guerra del Yom Kippur como Ministro de Defensa y Comandante en Jefe del ejército israelí.

[10])- David Ben-Gurion (1886-1973) Dirigente sionista que proclamó oficialmente la independencia del Estado de Israel el 14 de Mayo de 1948. Fue Primer Ministro de Israel en 1948-1954 y nuevamente en 1955-1963.

[11])- Es bastante notoria la diferencia entre el texto bíblico mencionado por Castellani y la traducción actual que figura en la web oficial del Vaticano (traducción argentina, edición 1990) que no habla de partes "dispersadas" sino "exterminadas": (Zacarías 13, 7 y siguientes.)

7 ¡Despierta, espada, contra mi pastor y contra el

hombre que me acompaña! –oráculo del Señor de los ejércitos–. Hierre al pastor y que se dispersen las ovejas, y yo volveré mi mano contra los pequeños.

*8 Entonces, en todo el país –oráculo del Señor– dos tercios serán **exterminados**, perecerán y sólo un tercio quedará en él.*

9 Yo haré pasar ese tercio por el fuego, y los purificaré como se purifica la plata, los probaré como se prueba el oro. El invocará mi Nombre, y yo lo escucharé; yo diré: «¡Este es mi Pueblo!» y él dirá: «¡El Señor es mi Dios!».

El subrayado es nuestro. Cf. [La página web oficial del Vaticano](#) consultada el 02/03/2013. La mencionada versión de la página web del Vaticano fue impulsada por la Conferencia Episcopal Argentina en 1981 y dirigida por los Pbros. Armando Levoratti y Alfredo Trusso. (Cf. www.clerus.org) consultado el 03/03/2013